

EVA FERREIRA



Una HEREDERA NO deseada

Una
HEREDERA
NO deseada

EVA FERREIRA

Todos los derechos reservados. © Eva Ferreira, 2024.

Este libro no puede ser reproducido, en todo o en parte, ni registrado en, ni transmitido por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.

El contenido de este libro es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o son utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene responsabilidad sobre el uso que pueda hacerse de la información contenida en este libro. Las opiniones expresadas en el mismo son del autor y no reflejan necesariamente las del editor.

SINOPSIS:

Lo que más desea Miguel Cesarini en la vida es ser un buen padre para su pequeña, que, a pesar de ser el resultado de un embarazo no deseado, se ha convertido en su tesoro más preciado. Hará todo lo posible para protegerla, incluso dejar su puesto de CEO y mudarse a un pequeño pueblo costero, lejos de todas las personas que hicieron daño a su hija.

Pero la vida está llena de sorpresas, y no solo se reencuentra con la única mujer a la que alguna vez se permitió amar, sino que también se enfrenta a otra niña que, indudablemente, lleva su ADN en sus rasgos. ¿Cómo pudo María Alice ocultarle la verdad? Es lo que él pretende descubrir.

Las consecuencias del pasado chocan con el presente, y el destino está listo para poner todo en su lugar, incluida la pasión que aún enciende sus cuerpos y el amor nunca olvidado en sus corazones. La Isla del Sol es el refugio perfecto para el encuentro de almas gemelas.

ÍNDICE

<u>ÍNDICE</u>
<u>PRÓLOGO</u>
<u>MARÍA ALICE</u>
<u>CAPÍTULO 1</u>
<u>MARÍA ALICE</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>
<u>MARÍA ALICE</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>
<u>MIGUEL</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>
<u>MIGUEL</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>
<u>MARÍA ALICE</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>
<u>MARÍA ALICE</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>
<u>MIGUEL</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>
<u>MIGUEL</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>
<u>MARÍA ALICE</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>
<u>MARÍA ALICE</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>
<u>MIGUEL</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>
<u>MIGUEL</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>
<u>MARÍA ALICE</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>
<u>MARÍA ALICE</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>
<u>MIGUEL</u>
<u>CAPÍTULO 16</u>
<u>MIGUEL</u>
<u>CAPÍTULO 17</u>
<u>MARÍA ALICE</u>
<u>CAPÍTULO 18</u>

MARÍA ALICE
CAPÍTULO 19
MIGUEL
CAPÍTULO 20
MIGUEL
CAPÍTULO 21
MARÍA ALICE
CAPÍTULO 22
MARÍA ALICE
CAPÍTULO 23
MIGUEL
CAPÍTULO 24
MARÍA ALICE
CAPÍTULO 25
MIGUEL
CAPÍTULO 26
MIGUEL
CAPÍTULO 27
MARÍA ALICE
CAPÍTULO 28
MARÍA ALICE
CAPÍTULO 29
MIGUEL
EPÍLOGO
MARÍA ALICE
MIGUEL
LEE TAMBIÉN
PRÓLOGO

PRÓLOGO

MARÍA ALICE

AÑOS ATRÁS...

— Aquí. — Me extendió el voluminoso sobre, cuyo contenido ya me imaginaba, considerando de quién provenía. — Es suficiente para que te deshagas del problema y empieces tu vida bien lejos de aquí.

— No es un problema, es un bebé. Tu nieto.

— ¿De verdad crees que voy a permitir que una chusma como tú tenga algún tipo de vínculo con mi familia? — La risa estridente me causó náuseas. El asco que aquella mujer me provocaba comenzaba a manifestarse físicamente ahora que estaba embarazada.

Embarazada del hijo de ella.

No era tan ingenua como para creer que Miguel se casaría conmigo por causa del bebé, pero era importante contar con su apoyo, especialmente cuando me sentía frágil y vulnerable, sin saber cómo contarle a mi madre.

Pensé que él sería la primera persona en comprenderme, ya que su vida también cambiaría con la llegada de un niño. Éramos demasiado jóvenes y ni siquiera teníamos una relación seria.

La diferencia era que Miguel venía de una familia rica y tenía su futuro asegurado, mientras que yo ayudaba a mi madre a limpiar la mansión donde él pasaba los veranos, para juntar dinero y poder pagar la universidad.

— ¿Chusma? — grité, perdiendo cualquier rastro de compostura, golpeando el sobre con rabia, viéndolo escapar de la mano de aquella señora fría y sin un ápice de empatía. — ¡Pues es con esta chusma con quien tu precioso hijo prefirió pasar el verano, ya que no soporta la presencia de su propia madre!

¿Quién se creía esa señora para hablar así de mí?

Ya sabía que Camille Cesarini no era lo que aparentaba ser ante sus amistades del club campestre, pero no imaginaba que reaccionaría de esa manera al enterarse de que sería abuela. Después de todo, independientemente de mi estatus social, el bebé que crecía en mi vientre también era sangre de su sangre.

— ¡Inmunda! — vociferó, acortando la distancia entre nosotras, sujetándome con fuerza por los hombros, haciéndome gemir de dolor. — ¡Sal de mi casa ahora mismo y nunca vuelvas a aparecer ante mí!

— ¡Suelta a mi hija ahora mismo, loca desquiciada! — Escuché la voz de mi madre y pronto sentí sus brazos envolviéndome, alejándome de la señora Cesarini.

No tenía idea de cómo había descubierto dónde estaba, dado que cuando salí de casa para intentar encontrar a Miguel, mi madre aún estaba atareada con el trabajo en la propiedad de los

Aguilera.

Pero allí estaba ella, defendiéndome como la leona protectora que siempre fue cuando se trataba de sus hijas.

¿Cómo podría mirarla a los ojos después de aquello?

¿Cómo le contaría que, después de todas las peleas que tuvimos y las palabras duras que le arrojé en la cara en momentos de rabia... después de tanto juzgarla por ser madre soltera de tres hijas, cada una de un padre diferente... ¿cómo le diría que estaba embarazada a los diecinueve años? La misma edad que ella tenía cuando me dio a luz.

Corroída por la vergüenza, me aparté de su abrazo y corrí fuera de la propiedad, ignorando la tormenta que había estallado poco después de que fui recibida por la criada de los Cesarini, cuando fui a buscar a Miguel. No tenía un paraguas ni la intención de refugiarme allí hasta que cesara el aguacero.

— ¡María Alice! — Escuché a mamá llamarme y supe que estaba corriendo, así que me detuve.

No valía la pena huir, solo haría que ella acelerara el paso y correría el riesgo de resbalar en la acera, lastimándose por mi culpa.

— Mamá, yo... — No pude decir nada, mi garganta estaba cerrada por el llanto que vino con todo, incluidos los gemidos de lamentación por sentir que mi corazón se estaba rompiendo en ese instante.

En el momento en que me di cuenta de lo estúpida que fui al caer en las palabras dulces de Miguel Cesarini, quien se fue de la Isla del Sol de un momento a otro, sin siquiera avisarme o preocuparse por decir adiós.

— Donde comen cuatro, comen cinco, hija mía — murmuró con cariño, abrazándome otra vez. — Solo prepárate para elegir el segundo nombre de nuestra pequeña María, que del resto nos encargamos. ¿Siempre fue así, no?

Sin poder decir nada todavía, permití que me guiara hasta nuestro viejo Escarabajo naranja, estacionado frente a la mansión de los Cesarini.

En silencio, mamá ajustó mi cinturón de seguridad antes de ocupar su lugar en el asiento del conductor.

— ¿C-cómo sabe que va a ser una niña? — Ya había puesto en marcha el coche rumbo a nuestra casa, cuando finalmente me recuperé de la crisis de llanto.

La pregunta debería haber sido "¿cómo sabe que estoy embarazada?", pero era básicamente lo mismo.

— Solo lo sé. — Su tono sereno y la pequeña sonrisa en el borde de sus labios me reconfortó.

Probablemente las cartas del tarot le revelaron algo. Siempre fue así.

Mis hermanas y yo éramos escépticas en cuanto a esa parte sensitiva de mamá. Aunque respetábamos sus creencias, no las compartíamos. Aun así, nos sorprendía lo mucho que doña María del Rosario parecía saber sobre nosotras, por más que intentáramos ocultarlo o disimularlo.

— Lo siento... — Cubrí mi rostro con las manos en cuanto sentí una nueva oleada de lágrimas queriendo aparecer nuevamente.

— Deberías haberme hablado antes, te habría ahorrado toda esa humillación — refunfuñó, atenta al tráfico nocturno. — ¡Mujer intragable de los infiernos!

Estaba furiosa, lo sabía. Pero no le quitaba la razón.

— Toma el sobre — señaló hacia la bolsa que había dejado en mi regazo cuando me ayudó a subir al coche.

— ¿Qué? — Mi boca se abrió con asombro. — ¿Aceptaste el dinero?

— Lo acepté. — Mamá mantuvo la vista en la carretera, pero sus palabras no dejaron lugar a réplica. — De lo contrario, no nos dejaría en paz. No necesitas a esa familia para criar a tu pequeña María. Me tienes a mí y a tus hermanas.

— ¡No quiero ese dinero!

— Yo tampoco. Ahora abre ese sobre y descubre cuánto cree esa mujer que vale tu hija. Y cada vez que te pase por la cabeza buscar a ese niño de mamá, cuenta cada billete y recupera tu sentido común.

No dije nada más, solo hice lo que ella me ordenó.

Y esa fue la primera y única vez que abrí el sobre.

CAPÍTULO 1

MARÍA ALICE

DÍAS ACTUALES...

— ¡Feliz cumpleaños a ti, en esta fecha querida, muchas felicidades, muchos años de vida!
— canté animada, sentándome en la cama de María Victoria, observándola estirarse con una gran sonrisa en el rostro.

A ella le encantaba cumplir años.

— ¿Lista para pedirle tu deseo al Papá del Cielo? — Ella asintió en silencio mientras le ofrecía el pequeño pastel donde ocho velitas encendidas esperaban ser apagadas.

María Victoria cerró los ojos y juntó las manos en oración, sonriendo y agradeciendo antes de soplar las velitas, que se apagaron de un solo golpe.

— ¿Vas a mantener en secreto tu deseo? — Mi curiosidad pudo más.

— ¡Solo lo contaré cuando se cumpla! — La sonrisa traviesa hizo que mi corazón latiera descontroladamente.

Ella se parecía cada vez más a su padre.

El padre que nunca conoció y de quien yo sabía que ella sentía falta, por más amor que su abuela, tías y yo le diéramos.

María Victoria era una niña maravillosa y comprensiva, demasiado madura para sus recién cumplidos ocho años. Pero, como toda niña en fase de desarrollo, era curiosa sobre todo lo que se salía de lo convencional. Como una pequeña familia de cinco mujeres, donde no había ni abuelo, ni tío, ni padre.

— Entonces cruzaré los dedos para que se cumpla pronto. — Coloqué el pastelito en la mesita al lado de la cama y me acerqué a mi hija, abrazándola. — Hoy es un día muy especial porque hace ocho años llegaste para alegrar mis días. Me encanta ser tu mamá, ¿lo sabías? Estoy muy agradecida con el Papá del Cielo por haber recibido este regalo.

— ¡Aaaah, mamá! No vale hacerme llorar a esta hora — se quejó cariñosa, apretando sus bracitos alrededor de mí. — Aún tengo que ir a la escuela.

— Es cierto. — Dejé escapar una risa emocionada, alejándome para levantarme de la cama.
— Y necesitas bañarte pronto para no llegar tarde.

— ¿Y mis regalos? — Cambió de tema, ya poniéndose de pie.

— Solo durante la cena de esta noche, aguanta firme. — Tomé su toalla del perchero y se la lancé para que la atrapara en el aire. — Tu abuela y tus tías te están esperando para el desayuno. ¡No tardes!

— ¡Nunca tardo! — Abrió la puerta y corrió hacia el baño frente a su cuarto, al otro lado del pasillo.

— ¡Ya te lavaste el cabello ayer! — Le recordé, para que no lo hiciera de nuevo.

María Victoria tenía el cabello largo, rubio y ondulado, y desde que noté lo mucho que se parecería a Miguel, opté por mantener el tono de mi cabello oscuro tan dorado como el suyo. Afortunadamente, heredó de mí los ojos azules y, aunque su padre también tenía un hermoso par de iris zafiro, yo me decía a mí misma que esa era una característica heredada por parte materna.

Al principio, me costó mucho lidiar con el hecho de que mi hija no tendría un padre presente, porque vi a mamá pasar por lo mismo con mis dos hermanas menores.

Con María Flor, aunque su padre la había reconocido y contribuido económicamente, el hecho de que estuviera casado y tuviera una familia oficial siempre fue la mancha que nuestra madre nunca podría limpiar.

Y como si ya no fuera lo suficientemente complicado, con la menor, María Clara, ni siquiera sabía quién era el padre, ya que fue un caso de una noche con un turista extranjero que pronto se marchó a no se sabe qué parte del mundo.

A pesar de todas las dificultades, sin embargo, sabía que un marido o un padre no siempre eran sinónimos de apoyo y protección.

Aunque no tenía recuerdos del doloroso pasado de mamá, porque yo era demasiado pequeña en esa época, ella nunca nos ocultó cuánto sufrió en su matrimonio con mi padre. Un hombre agresivo, que la maltrataba física y psicológicamente, amenazándola si lo dejaba. Su libertad y fin de sufrimiento solo llegaron tras la muerte de él. Viuda, sin empleo y con un bebé en brazos para criar, doña María del Rosario comenzó a trabajar como empleada doméstica y salió adelante a pesar de todas las dificultades que enfrentamos.

— ¿Puedo saber por qué estás ahí parada, mirando al vacío, con esa expresión melancólica? — Hablando de mamá...

Me giré para encontrarla apoyada en el marco de la puerta de la habitación, con los brazos cruzados y el par de ojos afilados leyendo cada uno de mis pensamientos sin que yo tuviera control alguno.

— Esperando a tu nieta salir del baño — respondí, encogiéndome de hombros, mientras me dirigía al escritorio de María Victoria para recoger su mochila. — ¿Puedes llevar el pastelito por mí?

— Claro. — Mamá entró en la habitación y recogió el pastelito al lado de la cama. — ¿Aún no te ha contado qué es lo que tanto pide al soplar las velitas?

Negué con la cabeza mientras salía por la puerta y la esperaba para que me acompañara.

— Dijo que solo lo revelará cuando finalmente se cumpla.

— ¿Alguna idea? — Bajamos las escaleras juntas.

— No tengo ni idea y ni siquiera sé si quiero saberlo. — Avisté a mis hermanas sentadas lado a lado en la mesa y a Zeus acostado a los pies de María Clara. — ¡Buenos días, señoras!

— ¡Buenos días, señora! — Respondieron al unísono.

Todas las mañanas, mamá nos recibía con un desayuno digno de un hotel cinco estrellas. Ella era la primera en levantarse, pues amaba una mesa abundante y rodeada de sus chicas. Zeus, el labrador color caramelo que se unió a la familia hace cinco años, era el único espécimen masculino que convivía con nosotras.

— ¿La traviesa sigue en el baño? — provocó María Flor, en cuanto me uní a ellas después de dejar la mochila de María Victoria sobre el sofá.

— Está intentando romper tu récord para convertirse en la Almeida que más monopoliza el baño compartido — le respondí con evidente ironía.

— ¡Toma, despistada! — María Clara golpeó el hombro de su hermana, avivando el fuego.

— ¡Por la paciencia de Buda! — refunfuñó mamá, sentándose en la cabecera de la mesa, como de costumbre. — Pensé que se calmarían después de convertirse en adultas, pero el espíritu de la escuela priMaría todavía habita en ustedes.

— ¡Mira quién habla, doña María del Rosario! El alma más joven y fiestera del lugar. — Ignoré su gesto de desaprobación ante mi comentario. — Bien dicen que la fruta no cae lejos del árbol.

— De tal palo, tal astilla — reforzó María Clara.

— Si llego a los cuarenta y siete años con la mitad de tu energía, mamá, seré una mujer plenísima — fue el turno de María Flor de contribuir con un argumento.

Realmente, mamá irradiaba su luz y una jovialidad envidiable. Podía fácilmente pasar por nuestra hermana mayor, y siempre que decía ser abuela de María Victoria, la expresión en los rostros de quienes no conocían a nuestra familia era de asombro.

“El secreto es ser feliz”, decía ella, sobre su fuente de belleza y juventud.

— Que lleguen a los cuarenta y siete años, sin derramar la mitad de las lágrimas que yo derramé, mis hijas — murmuró en un tono enigmático que hizo que mis hermanas y yo intercambiáramos miradas cómplices, en silencio.

— ¡Buenos días, señoras! — canturreó María Victoria, bajando las escaleras ya vestida para ir a la escuela. — ¿Vamos a cantar el cumpleaños feliz para mí?

La llegada de mi hija alivió la atmósfera de tensión que se cernía sobre nosotras.

A veces, era como si mamá ya conociera el destino de cada una de nosotras y solo esperara que los acontecimientos se concretaran.

Nunca tuvimos el valor de preguntarle.

CAPÍTULO 2

MARÍA ALICE

AÑOS ATRÁS...

— Churaaaai, curaaaai, the sims of in drai, fels in taaaime... — canturreando Misunderstood, de Bon Jovi, mientras la música resonaba a todo volumen en los auriculares de mi reproductor de mp3, pasaba distraídamente la aspiradora en uno de los muchos cuartos de la mansión Cesarini.

A los diecisiete, después de graduarme de la escuela secundaria, comencé a ayudar a mamá en las limpiezas. La temporada alta en la Isla del Sol, el refugio de los ricos y famosos, era sinónimo de una buena entrada de dinero, ya que el número de mansiones para limpiar aumentaba exponencialmente.

No vivíamos en la parte noble del balneario, pero desde que nos mudamos a la pequeña y lujosa playa, nuestra vida mejoró considerablemente, al punto de que podía soñar con la universidad de turismo y hotelería que siempre había deseado. Eso ocurriría el próximo año, al igual que el curso de inglés, tanto para mí como para mis hermanas.

Mamá quería que fuéramos bilingües, ya que la Isla del Sol recibía muchos turistas extranjeros, lo que aumentaría nuestras posibilidades de conseguir un trabajo bien remunerado.

— Aaaaaah... nanãnanã... lálálálalaaaah... Missandestuuuuuu — seguí cantando, concentrada en no dejar ni una pizca de polvo en la alfombra cara, aunque a mis ojos ya estaba impecable.

Mamá tenía pavor de que alguna patrona se quejara de sus servicios. Siempre muy perfeccionista, el hecho de que nunca nos faltara trabajo se debía precisamente a su excelencia y discreción.

La gente rica también era chismosa, y gracias a ese teléfono sin cable y al boca a boca entre las señoras que frecuentaban el club campestre de la Isla del Sol, ella era una de las empleadas domésticas más recomendadas, al punto de tener que rechazar trabajo debido a su agenda llena.

Ese era el primer verano en que tendríamos la mansión Cesarini en nuestro casting de temporada completa.

Con los años y el aumento del flujo de trabajo, mis hermanas y yo ayudamos a mamá a organizar una agenda siguiendo un esquema de turnos para que pudiera fidelizar a sus clientes y llenar la temporada con anticipación, incluso pudiendo hacer recomendaciones de otras colegas a los veraneantes que no lograban cerrar con ella.

Gracias a esa organización, mamá también tenía algo de tiempo para descansar y disfrutar un poco de la playa con nosotras y, después de mucha insistencia, permitió que yo la ayudara, mientras María Flor y María Clara se quedaban en casa.

Ahora, a los diecinueve, me dividía entre la universidad a distancia y los servicios de

limpieza personalizada. Aún sin poder empezar el curso de inglés, y demasiado cansada para intentar ser autodidacta. Pero feliz de poder ayudar a mamá a pagar el colegio privado donde estudiaban mis hermanas, además de la financiación de la casa que nos permitió liberarnos del alquiler.

— ¡Ay, carajo! — grité de susto, en cuanto choqué con alguien.

El susto fue aún mayor cuando me di cuenta de que no se trataba de mamá ni de la ama de llaves, sino de un chico completamente desnudo, que parecía tan sorprendido como yo, aunque sospechaba que había una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios.

Mirándolo bien, ¡sí! El descarado claramente se estaba divirtiendo con el contratiempo, pues pronto esbozó una sonrisa atrevida mientras apoyaba las manos en las caderas, sin ninguna intención de cubrir sus partes íntimas.

— ¡Cubre eso! — Usé la manguera de la aspiradora para señalar en dirección a su órgano genital y rápidamente desvié la mirada, sintiéndome ligeramente desconcertada.

El sonido de la aspiradora encendida se unía a la voz de Bon Jovi en mis auriculares, dejándome aún más aturdida por el inconveniente.

— ¿No tienes vergüenza? — reprendí de espaldas a él, apagando la aspiradora y luego quitándome los auriculares, colgándolos sobre mi hombro.

— ¿Vergüenza de qué? — Pude oírlo, en un tono despreocupado, sin ningún pudor. — Esta es mi habitación. Tú eres la invasora.

— ¡No soy una invasora! — Volteé el rostro por instinto, enfrentándolo, pero en cuanto noté que no había cubierto su desnudez, cerré los ojos con fuerza y escondí el rostro entre las manos. — Solo estoy limpiando la habitación.

Debería haber salido corriendo de allí, sobre todo al constatar que estaba desnudo, pero ni siquiera podía explicar qué tipo de motivación me mantuvo en esa habitación.

Tal vez fuera el hecho de que el chico era tan guapo como un... ni siquiera podía compararlo con otro hombre debido a mi falta de repertorio y experiencia.

Era más alto de lo normal y tenía un cuerpo tan bien esculpido como esas estatuas de museo, excepto por el tamaño de... ya sabes, lo de allá abajo, que en nada se parecía al David de Miguel Ángel.

— Ya me cubrí, puedes abrir los ojos — avisó en un tono más serio.

Le di un voto de confianza, a pesar de las innumerables advertencias de mamá sobre nunca interactuar bajo ninguna circunstancia con los hombres en las propiedades donde trabajábamos. Especialmente si estaba sola. La regla era clara: pedir permiso y retirarse, yendo al encuentro de ella o de otra trabajadora presente en la casa. Todo para evitar cualquier tipo de acoso o incomodidad con las señoras.

— Soy Miguel. — Me extendió una mano mientras mantenía la otra sujetando su... ya sabes, lo de allá abajo.

— No voy a estrechar tu mano con olor a saco, corriendo el riesgo de tocar un pelo público, ¡qué asco! — Abrí los ojos de par en par, un tanto aterrada, dando pasos hacia atrás, casi tropezando con el motor de la aspiradora, cuya manguera sujetaba con todas mis fuerzas.

Si esa manguera fuera su miembro, seguramente ya estaría aplastado y sin ninguna utilidad.

— ¿Te da asco el pene, querida? — La carcajada estruendosa me ofendió. — Si no te diste cuenta, acabo de salir de la ducha. Estoy limpio y perfumado. Puedes comprobarlo si quieres.

— ¡No seas ridículo! — desestimé, agachándome para recoger la aspiradora por la asa y salir de allí lo antes posible.

Si mamá aparece, ¡va a ser un lío! Ni quiero imaginarlo...

— No seas ridícula tú. Cualquiera diría que nunca has visto a un hombre desnudo antes.

— Eso no es asunto tuyo. — No volví a mirarlo, dirigiéndome hacia la puerta, intentando no enredarme con los cables de la aspiradora.

— ¡Espera! ¿Es tu primera vez?

No sé por qué motivo me sentía tan impulsada a caer en sus provocaciones, pero no podía evitarlo. El guapo rubio de ojos azules y piel bronceada, con aire de surfista y la actitud de quien nació en cuna de oro, despertó un lado mío que yo misma desconocía.

El desafío en su tono de voz era imposible de ignorar.

— ¿Quién está siendo ridículo ahora? — repliqué, arqueando una ceja mientras lo volvía a mirar.

Parte de mí, secretamente, disfrutaba de su atención.

Miguel se acercó a la cama y agarró una almohada, usándola para cubrir parte de su desnudez. Pero no parecía avergonzado en ningún momento, ni siquiera después de que le pedí que se cubriera. Al contrario, se mostraba extrañamente cómodo frente a una espectadora femenina.

— Siento informarte, pero estoy muy por encima de la media. Así que no te hagas ilusiones con otros tipos, ¿eh?

— ¡Convencido! — Puse los ojos en blanco, saliendo de la habitación hacia el pasillo.

— Solo consciente de mi propio sex appeal, ¡bebé! — alcanzó la puerta, claramente divirtiéndose a costa mía.

— ¿Bebé? — desestimé. — Ya entiendo todo. Eres el típico galán que se cree el último pedazo de galleta y dispara a todo lo que se mueve.

— Y tú una santurrona de pacotilla. — Cerró la puerta de un golpe, haciéndome sobresaltar con el estruendo.

Y así fue como conocí a Miguel Cesarini. El padre de mi hija.

CAPÍTULO 3

MIGUEL

DÍAS ACTUALES...

— ¡Aún no puedo creer que cumpliste la promesa de mudarnos a una casa en la playa! — celebró Julinha en cuanto avistó el mar a unas pocas cuerdas de distancia, justo después de que el coche pasó por el portal de bienvenida al balneario de la Isla del Sol.

Era la primera vez que mi hija pisaría ese lugar, portador de los mejores recuerdos de mi juventud, que siempre guardé con mucho cariño y que, de vez en cuando, recordaba con nostalgia.

Después de todo por lo que pasó, era reconfortante verla sonreír de nuevo. Su cumpleaños número ocho sería dentro de pocos días y la promesa de que viviríamos en una hermosa casa en la playa finalmente se concretó.

Solo lamentaba que las circunstancias que me llevaron a tomar tal decisión no fueran tan alegres como la expresión en el lindo rostro de la pequeña que me miraba con expectación.

— No creas que será diversión todo el tiempo, jovencita. El lunes comienzas en la nueva escuela y entonces será tu turno de cumplir la promesa que me hiciste. ¿Lo recuerdas?

Julia asintió con entusiasmo, manteniendo la sonrisa y la emoción.

— Hicimos la promesa de meñique. Cumpliré mi parte, papá.

— Muy bien, querida.

Mientras Saulo, mi chofer y guardaespaldas, conducía por la avenida principal y Julia se mantenía distraída con la novedad del paisaje a su alrededor, centré mi atención en el celular, revisando algunos correos electrónicos y respondiendo a los mensajes más urgentes.

Mudarnos a una pequeña ciudad costera, alejándome de la capital y de la sede de mi empresa de seguridad privada, fue una decisión difícil, pero necesaria. Seguiría siendo el presidente y tomando las decisiones principales, pero ahora contaba con el apoyo de un eficiente CEO contratado y no tendría que pensar en todo solo.

Después de un proceso de divorcio turbulento y un escándalo de traición y maltrato, todo lo que más deseaba era desviar la atención no deseada que la prensa sensacionalista insistía en dirigir hacia mí y mi hija, ignorando el hecho de que ella era solo una niña y estaba sufriendo con toda la repercusión, además de sus propios traumas.

Mi ira afloraba súbitamente cada vez que recordaba los últimos meses, pero bastaba con mirar a Julia y ver su semblante sereno y despreocupado para que el sentido común volviera a tomar el control.

No podía pensar solo con la emoción de un padre. Necesitaba ser racional.

— Todo será diferente ahora, querida — murmuré, sintiendo un nudo formarse en mi garganta, buscando la mano de Julia para envolverla entre las mías, en un gesto protector. — Para mejor.

— Lo sé, papá. ¡Eres mi héroe!

— ¡Guau! Parece una casita de muñecas, solo que es una “casota” — murmuró asombrada en cuanto bajó del coche después de que Saulo le abrió la puerta, ya dentro de nuestra propiedad.

El equipo de seguridad había verificado el perímetro, asegurándose de que ningún paparazzi estuviera al acecho, y recé en silencio para que esa paz se extendiera hasta que nuestra vida entrara en una rutina tranquila y la prensa se olvidara de nuestra existencia.

“Pronto aparecerá un nuevo escándalo para alimentar a esos buitres”, dijo mi abogado al despedirse, después de entregarme todos los documentos del divorcio y la custodia de Julia.

— Fue lo que me pediste, ¿recuerdas? — Me detuve a su lado, observando la propiedad recién adquirida.

A diferencia de la mansión en la que solía pasar los veranos, nuestra nueva casa era pequeña pero acogedora, con un aspecto más familiar y discreto. Tenía dos pisos, el superior estaba dividido en cuatro suites, un tocador y una modesta sala de juegos, y el inferior se dividía entre sala de estar, sala de TV y comedor, cocina, baño social y un tocador, además de una terraza que rodeaba toda la casa. En la parte trasera, había una piscina y una espaciosa zona de barbacoa. Garaje para seis coches y un patio extenso, con un jardín muy bien cuidado.

Recién pintada de blanco, con detalles en un tono vivo de rosa, parecía intencionalmente una casa de muñecas, porque ese era el mayor deseo de mi hija y haría todo lo que estuviera a mi alcance para que nuestro nuevo comienzo fuera en un lugar que le transmitiera tranquilidad y seguridad.

— ¿Podemos entrar? — Sus ojos azules, copias fieles de los míos, me miraban con expectación.

La empresa de mudanzas había traído todas nuestras pertenencias, y el equipo de limpieza personalizada que contraté a través de una agencia se encargó de organizar todo.

Quería estar solo con Julia en nuestro primer día en la nueva casa, para que se sintiera cómoda y explorara todo el lugar sin reservas ni timidez por la presencia de alguien que aún no conocía ni en quien confiaba. Solo entonces hablaríamos sobre la contratación de una ama de llaves.

— ¡Haz los honores, señorita! — Saqué el manojito de llaves de mi bolsillo y se lo entregué, y ella lo aceptó de inmediato.

— ¡Ebaaaa! — Dio unos pequeños saltos, sacudiendo el manojito de llaves, antes de dirigirse a la puerta de entrada.

— Ten cuidado con los escalones — le advertí, siguiéndola a paso lento.

Tan pronto como Julia entró en la casa, tuve la extraña sensación de que alguien me observaba, y al girarme hacia el muro lateral, límite con la propiedad vecina, parpadeé.

Una niña extrañamente familiar espiaba sigilosamente entre el follaje de mi jardín. No pude ver mucho más allá de su cabello dorado, muy parecido al de Julia, pero noté que era pequeña y, al parecer, tan traviesa como mi hija podría ser.

— ¡Vamos, mocosa! Hora de ir a la escuela. — Escuché una voz femenina que venía del otro lado, lo que pareció asustar a la niña curiosa.

Ella dejó su puesto y se alejó del muro.

— Tía, tengo un nombre, ¿sabías? María Victoria, mucho gusto.

— Sí, sé exactamente quién eres, ¡picarona! — No pude ver a la dueña de la voz, ya que el muro era alto. La niña debió haber usado algún apoyo para espiar. — Ahora vamos, o tu madre me regañará si llegas tarde.

Tal vez Julia haga una amiga pronto.

CAPÍTULO 4

MIGUEL

AÑOS ATRÁS...

— ¿Qué hace aquí la hija de la empleada de limpieza? — Escuché a un grupo de chicas susurrando mientras volvía a mi grupo de amigos, después de una visita al baño portátil.

Era viernes por la noche y esa parte del malecón estaba bastante concurrida, ya que era famosa por la animación de los bares y, principalmente, por el luau junto al mar, organizado por un grupo de surfistas pijos que no perdían la oportunidad de divertirse.

Vencido por la curiosidad, me acerqué sigilosamente al grupo para distinguir, entre tantas personas, el objetivo de aquel chisme. Y allí estaba ella. La chica que me sorprendió desnudo en la habitación.

Una sonrisa se dibujó en mis labios mientras inspiraba el aire de una noche fresca, adquiriendo confianza para acercarme, aun sabiendo que ella era arisca.

Su cabello castaño caía en hermosas ondas por su espalda, y ni siquiera la flor de girasol artificial que llevaba como adorno cerca de la oreja la hacía menos atractiva, por más ridícula que pudiera parecerme.

Aún no sabía su nombre, ni la había vuelto a ver después de nuestro primer encuentro totalmente fuera de lo común. Había pasado una semana y, a pesar de haberme quedado en casa durante los días en que el equipo de limpieza hacía su trabajo, no tuve suerte en encontrarla.

Y allí estaba ella, sin el uniforme, hermosa y sensual en un vestido floreado, de longitud por encima de las rodillas, con un tejido liviano que me permitió notar los shorts de lycra que llevaba debajo. Así como la parte superior del bikini que sujetaba sus pechos generosos. Simplemente perfecta.

— El uniforme no te favorece en nada... — murmuré en un susurro casi inaudible, que ni siquiera debería haber externalizado.

Parecía estar buscando a alguien, y esa era exactamente mi oportunidad para intentar acercarme.

— Mira a la empleadita queriendo ser parte del grupo. — Escuché a otra chica del mismo grupo murmurar, y me sorprendí apretando los puños, ligeramente molesto.

¿Cuál era su problema?

Ignorándolas deliberadamente, apuré el paso en cuanto me di cuenta de que ella se alejaba demasiado rápido.

— ¿Buscándome a mí, bebé? — Me coloqué a su lado, haciéndola sobresaltarse. — Acabo de llegar.

Disimuló el susto haciendo una mueca, y me contuve la risa.

— ¿De verdad me vas a reducir a ese apodo genérico que probablemente usas con todas las chicas? — Siguió caminando, sin siquiera mirarme a la cara. — ¡Vete, pijo!

— Oye, oye. ¡No seas tan arisca! — Aceleré el paso, insistiendo en la conversación. — ¿Cómo puedo llamarte entonces, si no me dijiste tu nombre ese día?

Finalmente se detuvo, mirándome por un momento antes de responder.

— María Alice. Ese es mi nombre. — Cruzó los brazos, seria. — Así que basta con esa tontería de “bebé”. Es cursi e inapropiado. Soy una mujer adulta.

María Alice, bonito nombre. Pero en cuanto me distraje, la chica aceleró el paso otra vez.

Quizás debería dejarla en paz, pero no podía evitar el deseo de saber más sobre ella. Así fue desde la mañana en que nos conocimos, y de vez en cuando me encontraba recordando esa ocasión en mis pensamientos.

— ¡Adulta y aburrida! — la provoqué, caminando a su lado en la playa. — A las chicas les encanta que las llamen bebé.

— ¿En serio? Deben ser las que aún necesitan crecer y madurar para entender que merecen mucho más que un apodo infantilizado.

¡Maldita chica difícil!

— No quiero discutir. Cambiemos de tema. ¿Cuántos años tienes, mujer adulta?

— Diecinueve.

— ¡Con humor de ochenta! — No pude resistir.

— ¿Y tú? — Ella contuvo la risa, pero me dio un atisbo de esperanza.

— Veintidós.

María Alice seguía caminando, a pesar de haber iniciado una conversación. No tenía la menor idea de adónde iba o a quién buscaba, pero no quería perder la oportunidad de saber más sobre ella, por lo que me mantuve caminando a su lado.

— ¡Con el comportamiento de una de trece! — replicó a la provocación, sorprendiendo positivamente, al punto de hacerme reír a carcajadas.

— ¡Eres hilarante! Pero confieso que me he estado comportando como un niño travieso. No puedo evitarlo; cuando te veo, es como si un imán me atrajera, y me siento como un niño haciendo de todo para llamar la atención.

Ella se detuvo, volviendo a mirarme con seriedad.

¡Hablé más de la cuenta!

— ¿Por qué?

— ¿Necesita haber un motivo?

Miré a mi alrededor, dándome cuenta de que nos habíamos alejado de la parte más concurrida de la fiesta. Todavía había iluminación en la playa, pero esa era la zona preferida por las parejas que querían estar más a gusto para besarse.

Creo que María Alice ni siquiera se dio cuenta de eso.

— ¿No tienes control sobre tus propias acciones? — Parecía molesta. — ¿Solo actúas por impulso?

— ¡No es nada de eso!

— Entonces tiene que haber un motivo, pero seré muy franca contigo: sea lo que sea, desiste. — Fue directa, acercándose para enfrentarme sin ningún miedo. — No va a pasar. No estoy interesada. En nada. No quiero ser tu amiga, ni tu ligue, ni tu novia. No quiero conocerte mejor. Así que, por favor, detente.

El tono de reprimenda me molestó, porque sonaba como mi madre intentando convencerme de que no debía hacer algo solo porque ella no estaba de acuerdo, y eso me desafiaba a ir en contra de su opinión.

— ¿Por qué? — Repliqué el desafío.

No pretendía ser el tipo de chico molesto que no acepta un no como respuesta. Ni siquiera se me pasaba por la cabeza seguir insistiendo en algo si ella claramente no estaba interesada. Pero mi ego herido quería al menos entender por qué se negaba con tanta vehemencia a ser incluso una amiga.

— ¿Eh?

— Tengo control sobre mis acciones. Puedo ser impulsivo a veces, pero rara vez meto la pata. El hecho de que no sepa el motivo detrás de mi repentino interés en conocerte mejor no significa que no pueda simplemente decidir parar.

— Genial. — Sonrió con desdén. — Entonces para.

— Aún no.

— ¿Qué?

— Solo quiero que me digas por qué. ¿Por qué no estás interesada, ni siquiera en ser mi amiga?

— Seamos francos, ¿realmente quieres ser mi amigo? — María Alice miró a su alrededor, dándose cuenta de que nos habíamos alejado de la fiesta. Quizás temía que pudiera hacer algo en contra de su voluntad, pero mantuvo su actitud desafiante.

— En realidad, solo quería besarte. — Fui completamente honesto, porque era lo único que me quedaba. — ¿Satisfecha?

— ¿Por qué no me sorprende?

— Pero eso fue antes de esta profunda conversación nuestra. Ahora estoy mucho más interesado en conocerte como persona. Tratar de entenderte.

— Eres rico. — Se alejó unos pasos, en dirección al luau.

— ¿Y qué?

— Yo soy pobre.

— ¿Y qué? — Me encogí de hombros, sin entender su lógica. — No te estoy pidiendo dinero prestado. Ni cobrando por mi amistad.

— ¡Eres un idiota! — Me dio la espalda, siguiendo el camino más cercano a la orilla del mar.

— Oye, no soy yo quien está usando el estatus social para imponer una barrera. — Aceleré el paso, volviendo a alcanzarla.

— ¿Crees que no escucho los murmullos? “¿Qué hace aquí la hija de la empleada de limpieza?” o “mira a la empleadita queriendo ser parte del grupo”... — Se detuvo una vez más, mirándome tan seria como antes. — No vine aquí porque quiera encajar en un mundo que no es el mío. Estoy buscando a mis hermanas, que además de ser menores de edad, aún no saben lo peligroso que puede ser creer en las historias de los chicos ricos.

¿Hermanas?

De repente, todo tuvo sentido.

María Alice era una hermana mayor preocupada por sus hermanas menores y temía que lo peor pudiera suceder. Y no sería hipócrita al punto de defender a los chicos ricos que sí podían ser lo suficientemente idiotas como para engañar a las chicas solo para salir ganando.

Yo podía no ser uno de ellos, pero sabía que su preocupación tenía todo el sentido del mundo.

— Te ayudaré a encontrarlas.

CAPÍTULO 5

MARÍA ALICE

AÑOS ATRÁS...

— ¿Qué tienen en la cabeza, eh? ¿Mierda? — reprendí, sujetando la muñeca de María Clara mientras le daba un pellizco en el brazo a María Flor. — ¡Solo tienes diecisiete años! ¡Y la cabeza hueca aquí acaba de cumplir quince!

Con la ayuda de Miguel Cesarini, terminé encontrando a mis hermanas, bebiendo una bebida energética mezclada con vodka junto a un grupo de surfistas cerca de la fogata en el luau.

Si mamá se enterara, estarían castigadas por el resto del verano.

No es que eso las impidiera salir otra vez.

Mamá llegaba del trabajo tan exhausta que se quedaba dormida en la cama tan pronto salía de la ducha.

— Ya puedes dejar de actuar como nuestra madre, ¿vale? — replicó María Clara, tirando del brazo para alejarse. — ¿Es tan difícil que simplemente disfrutes de una fiesta como una joven normal de tu edad? Ni mamá, que es mayor y trabaja como una condenada, consigue ser tan aburrida y antiversión como tú.

Ya estábamos lejos del luau, en la parte más tranquila del malecón, donde los turistas solían llevar a sus hijos a jugar en un parque que funcionaba durante toda la temporada.

Era un ambiente familiar y acogedor, lleno de puestos de golosinas que me recordaban la infancia: algodón de azúcar, palomitas de maíz, cocadas y manzanas caramelizadas.

Ese era mi tipo de lugar favorito.

— ¿Llamas diversión aceptar alcohol de un montón de chicos extraños? — respondí con un tono dolido.

Miré a mis hermanas, esforzándome por no parecer histérica y montar una escena delante de todos.

¿Era yo la única que veía el peligro en el que se estaban metiendo?

— Cuando sean mayores de edad, me encantaría salir con ustedes de fiesta — intenté suavizar la situación, pues mi intención no era pelear con ellas. — Pero por ahora, hay otros tipos de diversión que pueden disfrutar. Respeten la etapa en la que están y disfruten cada momento de ella, sin apresurarse. De lo contrario, cuando sean mayores, se lamentarán porque el tiempo pasó demasiado rápido y no supieron valorarlo.

— ¿Estás hablando por ti misma? — María Flor me miraba con comprensión en sus ojos.

— No recuerdo haberte visto disfrutar de la adolescencia — completó María Clara.

Crucé los brazos y desvié la mirada, sintiéndome incómoda.

Expuesta.

Tenían razón. No disfruté mi adolescencia, porque estaba demasiado ocupada haciendo de niñera y cuidando la casa para que mamá pudiera trabajar sin preocuparse por nosotras. Pero eso no significaba que fuera una época mala. Guardaba los mejores recuerdos de los momentos que pasé jugando con ellas.

En mi caso, apresuré las cosas convirtiéndome en adulta demasiado pronto, pero no fue para adelantar la diversión, sino para asumir responsabilidades.

— Está bien, ¡ya basta de discusiones! — la voz de Miguel acercándose me recordó que nos había acompañado hasta allí.

Lo había olvidado por completo.

— Odio ser el aguafiestas, pero María Alice tiene razón. Fue un error aceptar bebida de esos chicos. — Me volví para verlo acercarse, equilibrando vasos de... — Pero pueden aceptar esta. Solo es batido de fresa, del puesto del señor de allí.

Hasta ese momento, Miguel había sido solo un espectador. Incluso cuando encontramos a mis hermanas bailando alrededor de la fogata, fui yo quien me acerqué para sacarlas de allí. Él solo saludó a los chicos y se despidió enseguida, cuando las agarré del brazo para que nos fuéramos lo antes posible.

Tal vez, si hubiera estado sola, los chicos habrían sido inconvenientes conmigo. Estar acompañada de él me hizo sentir valiente, porque sin saber explicarlo, sentí que Miguel me protegería.

Necesitaba agradecerle.

— ¿Podemos aceptar la bebida de tu amigo? — María Clara no escatimó en sarcasmo al hacer la pregunta.

— Puedo beber la tuya, si no la quieres — respondí, cansada del ambiente tenso.

María Flor no dijo nada, solo aceptó el batido y fue a sentarse en un banco vacío.

— ¡De nada! — provocó Miguel, cuando María Clara también aceptó la bebida y se retiró en silencio para acompañar a su hermana.

Acepté el vaso que me ofreció.

— Gracias — intercedí por las ingratas, mirándolo con cierta vergüenza. — ¿Cuánto te debo por los batidos?

— ¿Acaso soy un vendedor de batidos? — La bonita sonrisa desapareció de sus labios al instante.

— Lo siento, realmente estoy siendo aburrida y antiversión.

— Ya entendí que estás acostumbrada a cuidar y proteger, así que solo relájate un poco y

permítete ser mimada de vez en cuando, ¿sí? — Golpeó su hombro con el mío, disimulando una sonrisa en la comisura de los labios.

— ¿Por ti? — Devolví el gesto, golpeando mi hombro con el suyo.

— ¿Por qué no?

Y así fue como Miguel Cesarini comenzó a ganarse mi corazón.

CAPÍTULO 6

MARÍA ALICE

DÍAS ACTUALES...

— ¿Puedo comer un algodón de azúcar? — María Victoria me miraba con expectación, pero en el fondo sabía que iba a ceder a su petición.

Después de todo, aún era su cumpleaños.

Después de la cena en familia y de abrir todos los regalos que recibió de sus tías y su abuela, salimos para cerrar la noche con broche de oro en el parque del malecón.

Era viernes y, como no tenía clases a la mañana siguiente, permití que mi niña lista se quedara despierta hasta tarde, lo que definitivamente sucedería después de consumir ese puñado de azúcar en forma de algodón de azúcar.

— ¡Solo uno!

Corrió hacia el vendedor en cuanto recibió mi respuesta, haciéndome poner los ojos en blanco antes de seguirla.

— No hace falta correr, el señor no se va a escapar. — Me acerqué a María Victoria, que parecía molesta, al igual que la otra niña que estaba a su lado.

— Este es el último, señoritas — avisó el vendedor. — ¿Quién lo quiere?

Observé a mi hija sin intervenir. Sabía cuánto le gustaba el algodón de azúcar, pero también la conocía lo suficiente como para anticipar lo que sucedería a continuación.

— Puedes quedártelo, ya estoy llena — fue la respuesta de María Victoria a la niña.

— ¿En serio? — Los ojos azules, idénticos a los de mi hija, brillaban de éxtasis. — Nunca he comido un algodón de azúcar antes, ¿es realmente bueno?

— Mamá, ¿podemos regalárselo? — En lugar de responderle a la niña, María Victoria me miró.

— Por supuesto. — Saqué mi bolsito cruzado para tomar el dinero.

— ¿Por qué no esperaste a papá, pequeña impaciente? — escuché una voz grave y masculina que acababa de acercarse, y mi cuerpo se puso en alerta.

— ¿Miguel? — No puede ser...

¡Sí, era él!

Vestido con un conjunto de bermudas y camisa de lino verde oliva, con un par de sandalias de cuero que lo hacían elegante y desenfadado al mismo tiempo, el hombre frente a mí era una versión mejorada y aún más atractiva que la del pasado.

Se parecía mucho al chico de hace casi una década. Muy alto, delgado y musculoso, piel bronceada contrastando con su cabello dorado y esa barba ligera que era una novedad muy bienvenida...

¿Qué? ¿Bienvenida? No, no, no, no, no. No estoy contenta de verlo. ¡Nada contenta! ¿Qué está haciendo en la Isla del Sol otra vez? ¿Tiene otra hija?

— ¡María Alice! — Tardó alrededor de un minuto en reconocermelo, pero sonrió genuinamente. — ¡Vaya, cuánto tiempo!

Su tono no parecía el de alguien que se sintiera incómodo al reencontrarse con una ex aventura del pasado.

Nunca llegamos a ser novios realmente. Ni siquiera hubo una ruptura oficial.

Simplemente se fue sin ningún aviso, antes de saber que yo estaba embarazada.

— Nueve años.

— ¿Estabas contando? — La sonrisa traviesa seguía siendo la misma de aquella época.

— Mamá, el dinero para pagarle al señor, por favor. — Antes de que pudiera decir algo, María Victoria llamó mi atención, tocándome la muñeca.

— Claro, querida. — Aparté la mirada de Miguel, concentrándome en sacar el dinero del bolsito cruzado. — Aquí tienes.

— Lo siento por no haberte esperado, papá. Me emocioné porque quería un algodón de azúcar — murmuró la otra niña, tomando la mano de Miguel.

— No lo vuelvas a hacer, ¿vale? Podrías haberte perdido si nos hubiéramos desencontrado. ¡Casi me da un infarto!

La niña se rió y vi que María Victoria hizo lo mismo.

— Tu papá es gracioso.

— Y tu mamá es muy bonita.

Quien casi tuvo un infarto al escuchar a las dos fui yo.

— Listo, aquí está tu algodón de azúcar, señorita. — El vendedor entregó el palito a la hija de Miguel, que parecía encantada con la golosina.

— ¡Gracias! — Se volvió hacia María Victoria. — ¿Lo compartimos? No creo que pueda comerlo todo sola.

María Victoria buscó aprobación en mi mirada y, aunque estaba sacudida y sorprendida por el inesperado reencuentro con su padre, dejé de lado mis preocupaciones y asentí.

— Yo soy María Victoria. — Extendió la mano hacia la niña. — ¿Cuál es tu nombre?

— Mi nombre es Julia. — Aceptó el saludo con la mano libre. — Pero puedes llamarme

Julinha, si quieres ser mi amiga.

— ¡Claro que sí!

Mi corazón parecía que se iba a salir del pecho mientras observaba a las dos niñas saludarse y sonreír alegremente.

¡Eran tan parecidas! Podrían pasar fácilmente por gemelas bivitelinas.

El tono dorado del cabello, así como la longitud y las ondas de los mechones, eran iguales. La complexión física también era la misma, lo que me hizo preguntarme cuál sería la diferencia de edad entre ellas.

— ¿Cuántos años tiene tu hija? — no pude evitar la curiosidad.

— Cumplirá ocho el próximo viernes — respondió abiertamente, sin ningún tipo de reserva.
— ¿Y la tuya?

— ¡Hoy es mi cumpleaños de ocho años! — respondió la propia María Victoria.

— ¡Felicidades! — Julia tiró de mi hija para abrazarla y casi dejó caer el algodón de azúcar al suelo, pero Miguel fue rápido y logró salvarlo a tiempo.

— Parece que nuestras niñas fueron encargadas en la misma época — comentó con buen humor, sin realmente darse cuenta del detalle más importante.

Si tenían la misma edad, significaba que me había mentido cuando dijo que no estaría con nadie más mientras estuviéramos juntos ese verano.

CAPÍTULO 7

MIGUEL

DÍAS ACTUALES...

— Ella es mi hija — murmuré mientras observaba a las dos niñas divirtiéndose en el carrusel.

Al invitar a Julinha a conocer el parque del malecón, fue inevitable recordar los viejos tiempos, cuando me encontraba con María Alice y nos besábamos en la noria. Ella fue la única chica con la que tuve algunas citas románticas antes de finalmente lograr besarla.

Habían pasado nueve años y desde entonces mi vida se transformó de tantas maneras que ni siquiera consideré tal artimaña del destino.

Pero ahí estábamos, sentados lado a lado en un banco del parque, mientras nuestras hijas nos saludaban desde el juego.

— Ya lo entendí — respondió complaciente.

Negué con un movimiento de cabeza.

— No, no lo entendiste. — Me giré para mirarla, sin poder evitar un tono acusador. — María Victoria. Tu hija, también es mi hija.

En cuestión de segundos, vi cómo el color se desvanecía del rostro de María Alice, mientras sus ojos abiertos se apartaban de los míos y se levantaba repentinamente.

— ¿Crees que salir corriendo te librará de darme una explicación? — Sujeté su muñeca con firmeza, pero sin la intención de hacerle daño.

— ¿De verdad crees que saldría corriendo y dejaría a mi hija en ese carrusel? — Tiró del brazo, rompiendo el contacto, y me miró con la barbilla en alto, con una mirada resignada.

La misma mirada de la que me enamoré cuando era joven.

La chica testaruda y trabajadora, hermana protectora y hija dedicada.

¡Ahora también era una madre leona!

¡Madre de una hija mía!

— No quiero pelear, ni montar una escena en público. Pero creo que necesitamos tener una conversación muy seria...

— ¿No crees que nueve años es demasiado tiempo? — interrumpió furiosa. — Esa conversación expiró hace mucho tiempo, Miguel.

— ¿Por decisión de quién? — mantuve la compostura.

El dolor en sus ojos me golpeó de lleno y de repente me sentí perdido.

— ¡De tu madre! — Sus labios temblaron y estaba al borde de las lágrimas. — Y de ese maldito sobre lleno de dinero que me tiró en la cara.

— ¿Qué demonios estás diciendo? ¿Mi madre? ¿Un sobre de dinero?

— ¿Crees que puedes reclamarme algo cuando tuviste una hija con otra mujer, mientras prometías estar solo conmigo?

Abrí la boca para responder cuando fuimos interrumpidos.

— ¡Papá!

— ¡Mamá!

Me giré para recibir a Julinha, que no tardó en lanzarse a mis brazos, y en cuanto la levanté del suelo y la giré mientras la abrazaba, noté que María Victoria nos observaba, encantada.

¿Quién asumió mi lugar como su padre? me pregunté mientras devolvía a Julinha al suelo.

— ¿Te divertiste mucho?

— ¿Puedo ir otra vez? — pidió efusivamente.

— Por hoy es suficiente. Tienes que bañarte antes de ir a la cama. Ya se está haciendo tarde.

— ¿Podemos volver en mi cumpleaños?

— Claro, querida. Es una excelente idea.

— ¿Vienes también, María Victoria? — mi hija se acercó a... mi otra hija.

No había ninguna duda.

La semejanza entre las niñas era evidente, ya que tanto Julia como María Victoria habían heredado mis rasgos. Pronto, ellas mismas podrían darse cuenta de cuánto se parecían entre sí.

— ¿Puedo venir, mamá? — Buscó la aprobación de María Alice, que evitaba el contacto visual conmigo a toda costa.

— Claro, hija. Pero ahora necesitamos volver a casa, así que despídete de tu nueva amiga, ¿sí?

— Está bien. — Se volvió hacia Julinha. — No tengo un celular, porque soy una niña y mamá dice que solo tendré uno cuando sea adolescente. Pero ella puede guardar el número de tu papá, para que podamos planear tu cumpleaños.

— Excelente idea, querida — respondí, manteniendo la mirada fija en María Alice, que seguía evitando el contacto visual. — ¿Puedes darme tu número, mamá de María Victoria?

La risita de las niñas me hizo sonreír como un idiota.

Acababa de descubrir que era padre de otra niña y, por más confundido y ansioso por respuestas que estaba, ya adoraba ver a mis dos hijas llevándose tan bien.

— Claro — dictó su contacto y lo guardé en mi agenda telefónica. — Tenemos que irnos ahora, buenas noches.

Asentí, tomando la mano de Julinha para que también nos fuéramos a casa.

— Fue un placer verte de nuevo, María Alice. — Le guiñé un ojo, provocándola como en los viejos tiempos. — Hasta la próxima.

— ¿Ya se conocían? — María Victoria alternó la mirada entre su madre y yo, bastante curiosa.

— Sí, querida — tomé la iniciativa, con miedo de que la madre de la niña dijera lo contrario. — Tu madre y yo comimos algunos algodones de azúcar y subimos juntos en la noria varias veces, cuando éramos jóvenes.

— Pero usted no es viejo... ¡ni mamá!

— Solo éramos más jóvenes que hoy. — Dejé escapar una carcajada, sintiéndome extrañamente bien. — Ni tú ni Julinha habían nacido aún.

— Entiendo.

— Vamos, hija. — María Alice la tomó de la mano, alejándose unos pasos. — Tenemos que irnos ahora.

— Está bien. ¡Buenas noches! — La hija hizo un gesto de despedida, siguiendo los pasos de su madre.

— ¡Chao! — Julinha me tomó de la mano, sonriendo emocionada. — Me gustaron mucho, papá...

— ¿De verdad? — Comencé a caminar hacia el paseo marítimo, ya que habíamos llegado a pie.

Nuestra casa estaba a tres cuadras del malecón. Llegaríamos en menos de diez minutos de caminata.

— Las dos se llaman María, es tan genial...

— ¿Y si te dijera que la mamá de María Victoria tiene dos hermanas, que también se llaman María? ¿Y que la abuela de ella también se llama María?

— ¿Eso es verdad? — Julinha abrió los ojos de par en par, su boca abriéndose en sorpresa.

Asentí, notando que María Alice y María Victoria caminaban unos metros delante de nosotros, en la misma dirección que íbamos a seguir.

Estaba tan ansioso por hablar a solas con María Alice. Quería entender qué era esa historia sobre mi madre y un sobre de dinero, aunque ya tenía algunas sospechas que me rondaban la mente, conociendo a mi madre y su pésima índole.

¡Una hija! ¡Maldita sea! ¡Tengo otra hija!

— Si salieras con la mamá de María Victoria, podría llamarme María Julia.

— ¿Qué? — Me detuve de golpe, mirando a Julinha con sorpresa. — ¿De dónde sacaste esa idea, niña?

— Sería muy genial. — Se rió, como si no hubiera dicho nada fuera de lo común, y siguió caminando, tirando de mi mano.

Tragué saliva, sin saber qué responder.

Aunque ahora sabía que María Victoria era mi hija, no sabía nada más sobre la vida de María Alice. Si estaba casada, si había una figura paterna que había ocupado mi lugar durante todos esos años...

Perdido en mis propios pensamientos, no me di cuenta de que mi antiguo amor y mi hija recién descubierta seguían el mismo camino, hasta que finalmente doblamos la esquina de nuestra casa.

— ¡Papá, mira! — Julinha me sacó de mis pensamientos, señalando hacia adelante.

María Alice acababa de abrir la puerta de la propiedad al lado de la nuestra.

¡Cuántas sorpresas en una sola noche!

— Parece que tenemos unas vecinas muy agradables, ¿no crees? — Sonreí a mi hija mientras sacaba el celular del bolsillo para escribir un mensaje.

Miguel: Buenas noches, vecina. Pronto hablaremos.

CAPÍTULO 8

MIGUEL

AÑOS ATRÁS...

— ¡Maldita sea, nena! — gemí sin pudor, tirando del cabello de Marcela, incitándola a chuparme más fuerte y más rápido. — Me voy a correr en tu boca, perra...

No era nuestra primera vez juntos, así que ya sabía exactamente lo que podía y no podía hacer con ella.

Marcela siempre estuvo abierta a todo lo que yo proponía, desde que le quité la virginidad hace tres veranos. Aunque no estaba enamorado de ella, nuestro sexo era increíble y no podía resistirme a sus provocaciones, lo que siempre terminaba en juerga.

La chica era hija de la mejor amiga de mi madre, teníamos la misma edad, y aunque odiaba toda la presión de nuestras familias para que fuéramos oficialmente una pareja, cada vez que ella venía a pasar unos días en nuestra casa de verano, terminábamos desnudos en mi cama.

— ¡No! — Se levantó del suelo y, apoyando las manos en mis hombros, se posicionó para sentarse en mi polla empapada con su saliva. — Quiero que estés dentro de mí...

— ¡Espera, joder! — Giré su cuerpo, tirándola de espaldas contra el colchón. — El condón.

Corrí hasta la mesita de noche para coger un preservativo del cajón. No tardé en ponerle el condón a mi amigo, y pronto estaba sobre Marcela otra vez, listo para meterme en esa conchita hambrienta.

Todavía no sabía que esa sería nuestra última vez. Ni se me pasaba por la cabeza que a la mañana siguiente conocería a la chica que haría que mi corazón latiera más fuerte y que mi polla se comportara dentro de los calzoncillos, porque no sentiría más ganas de estar con ninguna otra que no fuera ella.

En ningún momento se me ocurrió que Marcela, con el incentivo de mi madre y en un intento absurdo de atraparme con un hijo, había perforado todos los paquetes de preservativos de ese cajón.

Y fue en esa última noche juntos que Julinha fue concebida.

— ¿Por qué estás tan raro? — insistió Marcela ante mi negativa de dejarla entrar en mi cuarto otra noche más.

Habían pasado más de dos semanas desde la última vez que habíamos follado, y desde entonces no había tenido interés en ninguna otra que no fuera María Alice, aunque ella aún no hubiera cedido a mis encantos.

No es que yo fuera un mujeriego de marca mayor, pero los veranos siempre eran agitados ya que estaba de vacaciones de la universidad y aprovechaba para divertirme durante los tres meses lejos de mi hábitat natural. En casa, me mantenía enfocado en los estudios y en la pasantía en la empresa familiar.

— Me está gustando una chica, así que es mejor que terminemos lo nuestro — fui sincero, de lo contrario, ella seguiría detrás de mí. Siempre fue así.

— ¿Tú, realmente interesado en alguien? ¡Vamos, Miguel! — La risa forzada me hizo poner los ojos en blanco.

Necesitaba salir de allí rápido o llegaría tarde a la cita con María Alice en el parque del malecón.

— Hablas como si yo fuera un imbécil sin corazón — me encogí de hombros, alejándome para bajar por las escaleras.

— ¿Y no lo eres? — Escuché sus pasos detrás de mí.

Nuestras madres estaban en el country club a esa hora y nuestros padres probablemente en algún burdel de los alrededores.

— Siempre fui sincero contigo y con cualquier otra con la que me involucré. Nunca prometí nada más de lo que estaba dispuesto a cumplir, y salir en serio no es lo mío.

El hecho de estar interesado en María Alice no significaba que quisiera tener una relación seria. Solo quería estar exclusivamente con ella hasta el final del verano.

Pronto tendría que volver a mi ciudad, y la rutina de la universidad y la pasantía me mantendría lo suficientemente ocupado. Una relación a distancia no era lo que yo buscaba para un noviazgo ideal.

Por más involucrado que me sintiera con María Alice, sabía que no sería justo atarla a una relación en la que pasaría la mayor parte del año sin verla.

Además, ella aún estaba bastante reticente a darme una oportunidad. Lo máximo que podía hacer en ese momento era comprometerme a intentar seducirla a ella y solo a ella, sin enredos con otras chicas para saciar mi libido y ego masculino.

— Está bien. No es como si estuviera desesperada por que me follaras — replicó con desdén, intentando afectarme.

Marcela tenía el mal hábito de recurrir a los juegos emocionales, aunque yo fuera inmune a ellos.

— Entonces lo dejamos aquí. Ahora, con tu permiso, tengo un compromiso. — Aceleré el paso para salir de casa, ansioso por encontrarme con María Alice.

¿Cómo lograba verse cada vez más hermosa cada vez que la volvía a encontrar?

Después de estacionar en el malecón, no tardé en verla esperándome, sentada en uno de los bancos frente al parque.

A ella le encantaba ese lugar, ya que evocaba los mejores recuerdos, cuando su madre la llevaba junto con sus hermanas a comer algodón de azúcar y a subirse en la noria. Algo que podría parecer común para muchos, pero que era especial para María Alice.

— Perdona la tardanza — murmuré cerca de su oído, en cuanto me acerqué por detrás del banco donde estaba sentada, tomándola por sorpresa al punto de hacerla sobresaltarse.

— ¡Vaya! ¡Qué susto! — Se levantó, mirándome furiosa, colocando la mano en el lado izquierdo del pecho, lo que captó mi atención hacia el hermoso escote de su blusa ajustada.

— Perdón, no pude resistir. — Me acerqué a ella, inclinándome para sorprenderla de nuevo, esta vez robándole un beso rápido en la mejilla. — Estás preciosa.

Llevaba un short de mezclilla, corto y bien ajustado a su cuerpo perfecto, al igual que la camiseta sin mangas negra, que realzaba sus pechos voluminosos.

— Estoy normal. — Se encogió de hombros, con indiferencia.

El largo cabello castaño estaba recogido en una cola de caballo, debido al calor, lo que me dejó un poco incómodo. Me encantaría enterrar mi mano en su nuca, tirando de los mechones sueltos en el momento en que la besara por primera vez.

— Normalmente encantadora — respondí, sonriendo. — ¡Vamos! Te voy a comprar un algodón de azúcar y luego subiremos a la noria.

— ¡Ya no soy una niña! — refunfuñó de mala gana, pero no se me escapó el brillo de expectativa en su mirada.

— ¡Soy más consciente de eso que nadie, puedes apostar! — Tomé su mano, entrelazando nuestros dedos y alimentándome de una sensación indescriptible.

Parecía tan correcto estar allí, a su lado.

CAPÍTULO 9

MARÍA ALICE

AÑOS ATRÁS...

— ¿Por qué yo? — no pude controlar la curiosidad y fui directo al grano, mirando a Miguel Cesarini, que estaba sentado frente a mí en la pequeña cabina de la noria. — ¿Es por el desafío? ¿Hiciste algún tipo de apuesta con tus amigos ricachones de que la hija de la empleada sería una conquista fácil?

Sabía que estaba siendo una idiota, porque, aparte del día en que nos conocimos, Miguel ya había demostrado ser un buen tipo.

La verdad era que cada vez me resultaba más difícil disimular lo mucho que me sentía atraída por él. Y aunque las alarmas resonaban constantemente en mi mente, mi terquedad hablaba más fuerte y no podía ignorar sus intentos de acercamiento.

— Claramente tienes prejuicios contra la gente rica. — Hizo una mueca. — Y un problema muy serio de baja autoestima.

Su latente sinceridad era algo que me incomodaba y al mismo tiempo me hacía admirarlo.

— Creo que tienes razón — admití, avergonzada.

— No voy a disculparme por tener padres ricos y ser privilegiado — se encogió de hombros. — Sería ridículo, y no puedo mentir diciendo que vivir en el lujo y tener dinero para hacer lo que quiera es algo malo, porque no lo es.

Crucé los brazos, negándome a pedir disculpas también.

— Pero tener dinero no significa que sea un imbécil que se cree superior a quienes no tienen la misma situación económica que mi familia — continuó mirándome con seriedad. — Tú y tu madre son admirables. Mi madre no sabría lavar los platos sin romper la mitad de los vasos, por miedo a estropear sus uñas. ¿Y yo? Yo no hago ni mi propia cama. ¿Qué tan admirable es eso?

Contuve la risa, pero entendí su punto.

— Además, no ha sido nada fácil acercarme a ti. Por lo tanto, si hubiera apostado algo, ya habría perdido.

— ¿Te gusto, entonces?

Miguel no respondió de inmediato, pero se levantó de su lugar para sentarse a mi lado, en el momento en que la noria se detuvo y nuestra cabina quedó en la cima.

La noche estaba fresca, pero de repente sentí una ola de calor invadir mi cuerpo mientras observaba sus iris azules mirándome con tanta intensidad. Tocó mi rostro con una mano y, con la otra, fue directo a la goma que mantenía mi cabello recogido en una cola de caballo, soltándolo

enseguida.

— Te voy a besar ahora, chica testaruda... — inclinó su rostro hacia mí, sin apartar la mirada de la mía ni por un segundo, lento pero decidido, dándome tiempo suficiente para detenerlo.

Pero no lo hice.

En cuanto sus labios rozaron los míos, me permití cerrar los ojos y disfrutar del momento. La noria seguía detenida y, por un segundo, pensé que el mundo entero había dejado de girar, como si el tiempo se hubiera detenido para que viviéramos ese instante infinitamente.

Y ese sutil roce de labios fue el detonante para el encuentro de dos lenguas hambrientas y curiosas una por la otra. Miguel sujetó mi nuca, enredando los dedos en mis mechones, haciéndome soltar un leve gemido.

Me encontré rodeando su cuello con mis brazos, acercando mi cuerpo aún más al suyo. Su sabor era de algodón de azúcar y batido, mezclado con su perfume amaderado y piel cálida, dejándome embriagada.

Era mi primer beso, porque a los diecinueve años, también era la primera vez que rompía mi propia barrera de desconfianza hacia los hombres.

No quería enamorarme, pero cada segundo disfrutando de ese momento, teniendo a Miguel tan cerca, devorándome con ese beso arrollador, hizo imposible evitar que mi corazón flotara y que mis pensamientos vagaran en un sueño tonto, donde nosotros dos sí podríamos ser una pareja y hacer que funcionara.

— La respuesta es sí — susurró Miguel al apartar su boca de la mía para que recuperáramos el aliento. — Me gustas, María Alice.

Miguel aún mantenía mi nuca atrapada y no parecía dispuesto a soltarme pronto.

— ¿Y qué significa eso? — Me mordí el labio inferior, intentando contener una sonrisa convencida.

— No soy el tipo de chico que hace promesas que no puede cumplir. — Nuestro instante mágico terminó tan pronto como la noria volvió a moverse.

El malestar que me causó su respuesta fue inconfundible, e intenté apartarme de su toque, sin éxito.

— No puedo pedirte que seas mi novia, porque sería demasiado injusto — explicó, sosteniendo mi rostro entre sus manos para que no apartara la mirada de la suya. — Pero puedo prometer que durante todo el verano, mientras esté en la Isla del Sol, no estaré con nadie más que contigo.

Tragué saliva, conteniendo la rabia que sentía hacia mí misma en ese momento.

¿Cómo pude olvidar que Miguel Cesarini era solo un turista?

Su familia poseía una de las mansiones más caras y lujosas del balneario, y todos los años

pasaban la temporada en la Isla del Sol, pero luego se iban y no volvían hasta el próximo verano.

— No necesitas prometerme nada, porque no fue eso lo que te pedí — me sorprendí diciéndolo, ignorando el nudo en mi garganta. — Pregunté qué significa para ti que yo te guste. Pero creo que me precipité. No quiero saber la respuesta.

Como si el Universo sintiera cuánto deseaba salir de esa cabina, la noria se detuvo y el operador de la máquina abrió la puerta, permitiéndonos salir.

Miguel se quedó paralizado ante lo que acababa de decir, y fue la oportunidad perfecta para que me alejara, saliendo de la cabina antes de que pudiera volver a detenerme.

— ¡Oye, espera! — lo escuché llamarme, pero lo ignoré y seguí caminando apresuradamente hacia la parada de autobús más cercana. — ¿Por qué estás huyendo?

— ¡No estoy huyendo, solo me estoy yendo!

¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que me lanzara a sus brazos otra vez?

— Pensé que eras diferente a las chicas inmaduras con las que estoy acostumbrado...

Sus palabras tuvieron el poder de hacerme detenerme.

Me volví para mirarlo y esperé a que redujera la distancia entre nosotros, para entonces empujarlo con ambas manos, furiosa por ser llamada inmadura, aunque mi actitud no demostrara lo contrario.

— ¿No puedo darme el lujo de estar molesta por haber creado expectativas? — Solté una bocanada de aire. — ¡No estoy enojada contigo, sino conmigo misma!

Miguel se acercó, ignorando mi mal humor, sujetándose por los hombros.

— Perdona por no poder fingir ser el príncipe azul. Pensé que ser honesto haría que las cosas entre nosotros fueran más reales.

— No te disculpes — pedí, más tranquila. — No has hecho nada malo.

Sus manos deslizaron por mi cabello y solo entonces me di cuenta de que debía estar un desastre.

— Que me gustes significa que, por primera vez, en veintidós años, no quiero andar por ahí besando a cualquier chica solo por besarla. — Comenzó a peinar mi cabello con sus dedos, usando la goma que había retirado antes para atarlo nuevamente, esta vez en un moño. — Significa que estoy interesado en conocer más a la persona que eres, además de dar algunos besos casuales por ahí. Es algo nuevo para mí, María Alice. Y precisamente por eso, no quiero arruinarlo todo con promesas e ilusiones. Significa que quiero estar contigo, un día a la vez, para que descubramos juntos lo que puede pasar si nos damos una oportunidad...

Me lancé a sus brazos, invadiendo su boca con la mía, ignorando dónde estábamos y a cualquiera que pudiera verme y contarle a mamá.

Miguel me envolvió en un abrazo posesivo y protector, besándome con una intensidad que

me dejó mareada, pero le correspondí sin reservas.

Aunque no tenía ninguna garantía de lo que el futuro nos depararía, también quería descubrir a su lado, un día a la vez, lo que estar con él realmente podía significar.

— Yo también gusto de ti, Miguel.

— ¿Y qué significa eso? — Sonrió, acariciando mi labio inferior con su pulgar.

Le devolví la sonrisa, sintiendo mi cuerpo arder de adentro hacia afuera.

— Aún no lo sé. Pero pienso averiguarlo.

CAPÍTULO 10

MARÍA ALICE

DÍAS ACTUALES...

— ¿Qué haces aquí a esta hora? — la voz susurrante de mamá invadió la sala, pero no aparté la mirada de la mesa de centro.

— Siguiendo tu consejo. — Pasé billete por billete, contando la cantidad que saqué del viejo sobre, olvidado durante años en el fondo de un cajón de mi habitación. — Recuperando mi juicio.

— María Alice, ¿qué...

— ¡Él está de vuelta! — revelé aterrorizada, mirando a mamá que se acomodaba en el suelo de la sala, frente a mí, al otro lado de la mesa de centro. — Viviendo en la casa de al lado, ¿puedes creerlo? Y ya sabe que María Victoria es su hija.

— ¡Maldición! — dejó escapar en un susurro. — Esto está realmente sucediendo...

— ¿Qué quieres decir? — Fruncí el ceño, mirándola con desconfianza. — ¿Lo predijiste?

— ¡Yo no predigo nada! Pero vi en las cartas un reencuentro inesperado. El pasado volviendo a llamar a tu puerta para un ajuste de cuentas.

— ¡No hay nada que ajustar! — Apreté el dinero con rabia, arrojándolo sobre la mesa. — ¡Miguel tiene otra hija y probablemente una esposa!

— No hay esposa en la casa de al lado — devolvió mamá, mirándome con convicción. — Así como no hay un marido aquí.

— ¡Eso no cambia nada, mamá! — Comencé a recoger el dinero, guardándolo de nuevo en el maldito sobre.

Tan pronto como me encontrara con Miguel otra vez, le devolvería el dinero.

Ya pasaba de la medianoche y debería estar durmiendo. Descansando para trabajar al día siguiente, ya que la temporada de verano estaba en pleno apogeo y nuestro equipo estaba muy ocupado con la agenda llena.

Desde que abrimos nuestra agencia de limpieza especializada, el trabajo nunca ha escaseado.

Me había comprometido a ayudar con la limpieza de una mansión recién adquirida, cuyos propietarios se mudarían ese fin de semana, y nuestro equipo aún no había terminado la limpieza.

Desde que mamá se jubiló de su trabajo como empleada doméstica y mis hermanas y yo asumimos el negocio con la agencia, de vez en cuando me encontraba asumiendo la responsabilidad de ayudar con la limpieza, mientras María Flor se encargaba de la parte

administrativa y María Clara, junto con mamá, se ocupaban de la formación de nuestras colaboradoras.

Mi trabajo consistía en coordinar los equipos y supervisar el servicio de limpieza para garantizar la satisfacción de nuestros clientes. Era agotador, pero me mantenía ocupada, y trabajar nunca fue un problema para mí; lo amaba.

— Es mejor que te prepares, hija. Mente y corazón. Porque sí, a partir de ahora, todo va a cambiar.

Me levanté, sujetando el sobre conmigo.

Mamá hizo lo mismo y se acercó a mí, tirando de mí para abrazarme.

— No puedo impedirle que sea el padre de nuestra niña — sentenció, refiriéndome a lo que más me molestaba en ese momento. — A pesar de lo que hizo su madre, fue mi decisión no buscar a Miguel para contarle que estaba embarazada. ¿Cómo puedo odiarlo si nunca rechazó realmente a María Victoria?

— ¿Quién dijo que necesitas odiarlo, hija mía? — Se alejó lo suficiente para mirarme a los ojos, secando las lágrimas que dejé caer involuntariamente. — Nunca te lo dije, pero a pesar de todos los abusos que sufrí a manos de tu padre cuando era más joven, jamás fui capaz de odiarlo. ¿Sabes por qué?

Negué con la cabeza, demasiado sorprendida por su revelación.

— Porque él me dio a ti. Mi preciosa hija, mi maravilloso regalo. Y por ti me mantuve firme y fuerte. Lo mismo ocurrió con tus hermanas. A pesar de haber sido engañada por el padre de María Flor, que me trataba como a una princesa y me prometía el mundo, cuando ya tenía esposa e hijos sin que yo lo supiera... mi historia con él me dio a tu hermana. ¿Y el padre de María Clara? ¡Pobre! Ni siquiera sueña que tiene una hija, ya que nuestra aventura fue de solo una noche y nunca regresó a la Isla del Sol. ¿Puedo culparlo? No. Mucho menos odiarlo.

— Eres una mujer increíble, ¿lo sabías? — La atraje hacia otro abrazo. — Y me arrepiento de todas las veces que te juzgué. Cuando quedé embarazada, tú fuiste la primera en apoyarme, sin ningún juicio. Y luego, mis hermanas. Tengo mucha suerte de haber nacido en esta familia.

— Yo soy la bendecida por tener a mis Marías.

— Vamos a dormir. Necesito poner mis pensamientos en orden antes de hablar con Miguel para que podamos entendernos de alguna manera, por el bien de María Victoria.

— Hazlo. No lo busques mientras tengas la cabeza caliente. Controla las emociones para que la razón ocupe el lugar de tu competencia.

— ¿Algo más que deba saber...? — Dudé un poco antes de continuar. — ¿Tus cartas... mostraron algo más?

— Como te dije, el pasado llamando a tu puerta para un ajuste de cuentas. Pero nunca lo olvides, María Alice: tenemos libre albedrío. Y por más que las cartas revelen cualquier cosa, somos nosotros, con nuestras decisiones, quienes realmente definimos nuestro propio destino.

Sentí el cálido lamido en mi mano y sonreí, aún con los ojos cerrados.

Cuando subí a mi habitación, Zeus me acompañó y le permití dormir conmigo esa noche. El labrador color caramelo tenía el poder de calmar mis nervios, y tenerlo como compañía hizo maravillas con las pocas horas de sueño que tenía disponibles.

Programé la alarma para las cinco en punto, y aún no había sonado, pero sabía que no podría dormir más.

— ¡Buenos días, Zeus! — Acaricié su suave pelaje, y no pasó mucho tiempo antes de que el perro más mimoso del mundo se acurrucara aún más, empezando a lamerme el cuello y la barbilla. — Tranquilo, ya me estoy levantando.

Teníamos una rutina matutina bastante organizada, y así como me encantaba caminar por la playa antes de comenzar un día ajetreado de trabajo, a Zeus le encantaba hacerme compañía.

¡Era mi guardaespaldas personal!

— Déjame al menos lavarme la cara y cepillarme los dientes — murmuré, levantándome perezosamente.

Las otras Marías se despertarían en una hora y media, así que mi amigo de cuatro patas y yo saldríamos en silencio, y al regresar, encontraríamos a mamá preparando el desayuno y a mis hermanas arreglándose para otro día de trabajo. Aunque era sábado, sería un día lleno de tareas antes de disfrutar de nuestro momento de descanso.

Me puse un traje de baño y unos shorts de lycra, por si me daban ganas de darme un chapuzón en el mar antes de regresar a casa, lo que eventualmente sucedía. Me calcé las zapatillas para correr y me até el cabello en una cola de caballo, sin olvidar la chaqueta de chándal, ya que al comienzo del recorrido solía sentir un poco de frío hasta que el cuerpo se calentaba con la actividad física.

— ¡Vamos, amiguito!

Zeus me siguió por las escaleras hasta la cocina, para que pudiera beber un poco de agua antes de salir.

El día estaba hermoso afuera, y en cuanto salí por la puerta, supe que el baño en el mar iba a suceder, ya que la temperatura ya era bastante agradable.

— ¡Buenos días, vecina! — Escuché una voz masculina y seductora, resonando directamente desde mi pasado, en cuanto cerré la puerta de casa. — ¿Puedo hacerte compañía?

CAPÍTULO 11

MIGUEL

DÍAS ACTUALES...

— ¡Buenos días, vecina! ¿Puedo hacerte compañía?

Fue una grata sorpresa encontrar a María Alice, acompañada de un bonito labrador color caramelo, saliendo por el portón de su casa justo cuando yo hacía lo mismo.

Saulo ya estaba despierto, ejercitándose en mi gimnasio doméstico, y se encargaría de la seguridad de Julinha mientras yo salía a correr por la orilla del mar, un hábito que adquirí cuando pasaba los veranos en el balneario y que quería retomar ahora que sería mi nuevo hogar.

No tenía la intención de levantarme tan temprano, ya que mis responsabilidades con la empresa ya no eran las mismas, sin embargo, el reencuentro con María Alice la noche anterior y el descubrimiento de ser padre de otra niña me habían dejado insomne e inquieto.

Necesitaba gastar algo de energía.

— ¿Qué es esto? ¿Algún tipo de persecución enfermiza? — replicó, pareciendo molesta con la coincidencia.

— No sabía que vivías aquí, ni que solías levantarte tan temprano para hacer ejercicio...

— Está bien, lo siento — interrumpió, mostrando algo de remordimiento. — Estoy demasiado alterada con tu regreso y...

— Oye, te entiendo mejor que nadie. Podemos simplemente caminar juntos, sin hablar por ahora. ¿Qué te parece?

Ella asintió, exhalando pesadamente, sin decir nada más.

El perro la escoltaba, fiel y atento, lo que me hizo sonreír, pero mantuve mi palabra y no inicié conversación.

Caminamos lado a lado y no tardamos en llegar al malecón, donde María Alice comenzó a correr y yo seguí su ritmo.

El clima estaba fresco, había un poco de viento, pero el sol ya comenzaba a calentarnos, aunque aún estuviera discreto en el horizonte.

Aunque el silencio fue incómodo al principio, pronto el ambiente entre nosotros se volvió más cómodo.

Había tanto que conversar, pero a pesar de haber sido tomado por sorpresa con el reciente descubrimiento, no podía sentir enojo hacia María Alice. Tal vez porque la conocía lo suficiente para entender todas las inseguridades que siempre habían sido parte de ella.

— Voy a parar aquí, necesito jugar con Zeus — avisó, disminuyendo la velocidad hasta

retomar el paso.

— De acuerdo.

María Alice se detuvo frente a un banco, sentándose para luego quitarse los tenis y los calcetines.

— ¿Qué estás haciendo? — Me miró desconfiada, justo cuando me senté a su lado y comencé a descalzarme.

— Acompañándote, por supuesto.

— Miguel...

— Solo relájate, ¿sí? — corté, impaciente. — Aunque estoy ansioso por hablar, respetaré tu tiempo.

— ¡Ven, Zeus! — Se levantó, llevando el par de tenis consigo, caminando descalza por la arena hacia el mar.

Quería correr a su lado, pero me mantuve a unos metros de distancia, dándole espacio para lidiar con su propio torbellino de sentimientos.

La observé recoger una rama de la arena, lanzándola lo más lejos posible para que Zeus corriera a buscarla. Mientras el labrador regresaba a su cuidadora, con la rama en la boca, María Alice sonreía abiertamente, corriendo para alejarse de su amigo de cuatro patas, esperando que él la siguiera.

Saqué el celular del bolsillo de mi bermuda, sentándome en la arena junto al par de tenis. No pude resistir el impulso de filmar la escena ante mí. Desde que nos conocimos, María Alice siempre me sorprendía con su manera de ser, mezclando la niña que llevaba dentro con su cuerpo de mujer irresistible.

Era fascinante de observar.

Su sensualidad siempre fue natural. Un cuerpo esbelto, hecho para el pecado.

Pero ella nunca supo usar su poder de seducción en su propio beneficio.

La María Alice que se miraba al espejo no podía ver en su propio reflejo a la misma mujer que era capaz de dejarme completamente embelesado.

Yo fui el afortunado que tuvo la oportunidad de conocerla, besarla... amarla.

También fui el que tuvo la desgracia de perderla.

Las circunstancias de la vida nos separaron justo cuando estaba dispuesto a enfrentar mis propios miedos para darnos una oportunidad de hacer que funcionara, y tuve que renunciar a ella para apoyar a Marcela, que estaba embarazada de Julinha.

Nunca regresé a la Isla del Sol después del verano increíble e intenso que pasamos juntos, pero ahora, observándola jugar con su perro, finalmente admití para mí mismo cuánto la extrañé en secreto.

— Nunca volví a la Isla del Sol, porque verla de nuevo y saber que no podría tenerla, me habría destruido — murmuré para mí mismo, algo que durante años me resistí a admitir.

— ¿Emocionada por tu primer día de clases? — Ayudé a Julinha con la mochila tan pronto como bajamos del coche, frente a su nueva escuela.

Era el colegio particular más recomendado de la Isla del Sol que, al ser un refugio para personas de alto poder adquisitivo, ofrecía excelentes opciones de instituciones de enseñanza privada.

No fue difícil conseguir una plaza para Julia. Nada que una considerable donación no resolviera.

A Julia le encantaba estudiar. No tendría ningún problema en adaptarse a su nuevo entorno escolar, especialmente ahora que estaba libre de toda la presión psicológica de su madre.

— ¡Mucho, mucho, mucho! — Saltó a mis brazos tan pronto como me agaché frente a ella. — No te preocupes, papá. Haré muchos amigos en la nueva escuela.

— ¡Es imposible que no me preocupe por mi princesa!

— ¡Julinha! — Ambos nos volteamos al escuchar a María Victoria.

Los ojitos de mi hija se agrandaron, al igual que su sonrisa, y corrió para acortar la distancia con su nueva amiga.

— ¡Hola, hola! ¿Tú también estudias aquí? — La emoción de mi hija se triplicó.

— ¡Sí!

— ¡Hoy es mi primer día!

No tardó en acercarse María Alice y, no sé por qué, me sentí como un adolescente intimidado.

"¡Debe ser porque te fuiste al día siguiente, dejándola sola en la playa!" acusó mi subconsciente.

— Buenos días, Miguel. — Su mirada enigmática captó mi atención. — ¿Renunciaste a caminar por la mañana?

Creo que lo que realmente quiso decir fue: "¿Y entonces, cobarde? ¿Quién está huyendo de quién ahora?"

CAPÍTULO 12

MIGUEL

AÑOS ATRÁS...

— ¿A dónde me llevas? — preguntó desconfiada, mientras yo conducía mi coche por el camino de tierra, que estaba algo lleno de baches debido a los días de lluvia de la semana anterior.

Cuanto más tiempo pasaba al lado de María Alice, más ansioso me sentía por nuestro próximo encuentro. Habíamos ido al parque de la orilla más veces de las que podía contar, y nos besábamos apasionadamente dentro de la cabina de la noria, además de caminar juntos por la playa, en el lado opuesto a donde solía ser el luau de los surfistas. Nos bañamos juntos en el mar, rodamos por la arena de la playa, y toda esa conexión me volvía cada vez más dependiente de su presencia.

Todo sucedía demasiado rápido.

Ni siquiera había pasado un mes desde que la vi por primera vez, limpiando mi habitación. Era increíble y a la vez surrealista, porque hasta conocerla, nunca me había interesado tanto en una chica, ni me había apegado tan rápido.

— ¿Alguna vez has ido a Praia da Solidão?

— Aún no he tenido la oportunidad — respondió tímidamente. — No tengo muchos amigos, ¿sabes?

— Sí, lo sé. Pero hoy es el día. Es allí donde te llevo.

— ¿Con qué intenciones, se puede saber? — Cruzó los brazos, mirándome con desconfianza.

Era imposible no reír.

— Las mejores posibles, siempre.

— Seeeeeguro.

— ¿Qué le dijiste a tu mamá? — Cambié de tema intencionadamente.

María Alice había conseguido un día libre y no dejé pasar la oportunidad de tenerla conmigo todo el día, especialmente cuando mis padres no estaban en la Isla del Sol.

¡Tendríamos la casa solo para nosotros!

Pero tampoco podía simplemente llevarla allí e intentar seducirla.

Sabía que todo con ella requería un esfuerzo de mi parte.

Ella no era cualquier chica. Una conquista sin sentido.

María Alice era mucho más de lo que jamás podría merecer.

Pero no podía controlar el deseo abrumador de tenerla conmigo el tiempo que me fuera permitido, aunque mis días en la Isla del Sol estuvieran contados.

Puro egoísmo, pero no me importaba en absoluto.

— Que estaría fuera todo el día, dándome el lujo de pasear y divertirme hasta el último segundo. Y que mañana estaría lista para limpiar diez mansiones, si es necesario. — Su sonrisa genuina y el brillo en sus ojos me impactaron profundamente, y supe que estaba muy jodido.

— ¿Diez mansiones? ¿Eso es humanamente posible?

— Es un decir. También tenemos una vida, no solo limpiamos casas ajenas — rió, dándome una palmada ligera en el hombro. — Pero seguro que estaré mucho más animada de lo habitual.

— ¿Sí? ¿Puedo saber por qué?

— Porque cuando pasamos tiempo juntos, siempre me pongo de buen humor y me siento lista para conquistar el mundo.

— ¡Vaya! — No esperaba una respuesta así.

Se dio cuenta de lo profundo que fue eso y claramente me conmovió.

— Sí. ¡Vaya! — Desvió la mirada hacia la ventana, observando el paisaje en silencio durante el resto del trayecto.

— ¡Es hermoso! — observó todo a su alrededor, tan pronto como bajamos del coche. — Un paraíso...

Abrí el maletero para recoger la nevera portátil y el bolso de María Alice, con su pareo y protector solar.

Aún era temprano y lo había planeado así deliberadamente, considerando que los turistas solían aparecer más por la tarde.

En esa época, en pleno verano, la alta temperatura nos permitía pasear por la orilla del mar sin que el viento frío nos molestara.

El sol ya estaba glorioso, irradiando calor y regalándonos un hermoso día.

— Hermosa eres tú, chica — murmuré al entregarle su bolso.

María Alice me miró, avergonzada, mordiéndose los labios como si estuviera conteniendo algo que podría arruinar el momento.

La ayudé a caminar sobre las rocas, haciendo pequeñas pausas para evitar cualquier contratiempo por la prisa.

Nos llevó unos veinte minutos llegar hasta la arena y encontrar un lugar para extender el

pareo y acomodar nuestras cosas.

— El celular no tiene señal aquí — avisé, al ver que guardaba su aparato en el bolso.

— Le envié un mensaje a María Flor, contándole que estaba contigo. Si no aparezco en casa antes de las diez de la noche, puedes estar seguro de que mamá va a revolver la Isla del Sol de arriba abajo hasta encontrarnos.

— La confianza que demuestras en mí es conmovedora — bromeé, arrodillándome sobre el pareo para abrir la nevera portátil. — Vamos a hacer un brindis.

Ella solo rió, pero se acercó tan pronto como me vio sacar el par de copas que había envuelto en una toalla de cocina para evitar que se rompieran.

— ¿Estás pensando en emborracharme para luego seducirme? — replicó con ironía, aceptando las copas mientras yo usaba el sacacorchos para abrir la botella de moscatel rosé que sabía que era su favorita.

En una de nuestras conversaciones, María Alice me contó que no le gustaba la cerveza ni era muy fan de las bebidas alcohólicas, con la excepción del moscatel rosé que probó en su cumpleaños número dieciocho, y que desde entonces su madre solía comprarlo para celebrar los logros al final de cada mes en la casa de las Marías.

— ¿Eso de que te pones de buen humor cuando pasamos tiempo juntos, es realmente verdad? — Arquee una ceja, mirándola con los ojos entrecerrados.

No tuvo tiempo de responder, porque el corcho saltó de la botella en ese momento y nos distrajimos con la bebida.

Los árboles cercanos nos regalaban una sombra fresca, y tendríamos algunas horas para permanecer allí, disfrutando de la compañía del otro.

— ¿A qué vamos a brindar? — Parecía ansiosa por la respuesta.

— ¿A qué quieres brindar tú? — Le pasé la responsabilidad tan pronto como terminé de llenar las copas.

María Alice permaneció pensativa por un momento, pero no apartó la mirada de la mía ni un instante, hasta que finalmente esbozó una sonrisa, levantando su copa.

— Un brindis por los pequeños placeres de la vida. Porque aunque sean simples, son muy especiales.

— ¡Eso es! — Acerqué mi copa a la suya, brindando suavemente. — Y un brindis por el destino, por sus travesuras.

Frunció el ceño, pareciendo confundida, pero se unió al juego de inmediato.

— Eso es. — Me guiñó un ojo antes de beber un sorbo. — Un brindis por el destino.

El sol ya estaba en su apogeo y la sombra de los árboles cambiaba de dirección, lo que pronto nos obligaría a buscar otro lugar para acomodarnos. La bebida ya se había acabado, al igual que las frutas y los chocolates que llevé para picar. Pronto tendríamos que irnos de nuestro paraíso particular, ya que en cualquier momento otras personas podrían aparecer por allí también.

— ¿Te gustó el paseo?

María Alice estaba apoyada en la canga con los codos y las piernas estiradas hacia adelante, disfrutando de la brisa fresca mientras observaba el mar tranquilo.

Estaba demasiado sexy usando solo mi camiseta, encima del minúsculo bikini que casi me hizo perder la cordura cuando se quitó los shorts de mezclilla y la blusita con la que vino.

— Me encantó. — Su amplia sonrisa confirmaba la afirmación, al desviar finalmente la mirada de la playa para encontrarse con la mía. — Fue romántico y divertido. Podría acostumbrarme a esto, ¿sabes?

— Deberías. — Toqué su delicado rostro y me arrastré más cerca de ella, besando suavemente la punta de su nariz. — No mereces menos que lo mejor. Nunca aceptes menos que lo mejor.

— Miguel... — Su cálida respiración contra la mía fue suficiente para hacerme perder el autocontrol.

Deslizando la mano hasta su nuca, sujeté el cabello de María Alice con determinación y uní mis labios a los suyos, en lo que debería haber sido un beso suave, pero que comenzó con intensidad, exactamente como mi deseo insano.

Por más que no quisiera ir demasiado rápido, pasé toda la mañana reprimiéndome para no lanzarme sobre ella y hacerla mía allí mismo, al aire libre, con la naturaleza como testigo.

Tenía sabor a espumante y chocolate. Sabrosa y adictiva.

Me encantaba saber que fui el primero en besarla. Y mi instinto posesivo gritaba que quería seguir siendo el único, por más que la razón me hiciera entender que no era posible.

— No tienes idea de lo mucho que me vuelves loco, ¿verdad? — Interrumpí el beso, mordisqueando el lóbulo de su oreja, mi mano libre deslizándose por su abdomen debajo de la camiseta ancha. — Estoy tratando de ser un buen chico...

— ¿Por qué? — Besó mi mentón, incitando aún más mi libido.

— No me provoques...

— No estoy provocando. — Su mano alcanzó la mía, guiándola hasta uno de sus senos, invadiendo el tejido del bikini para que sintiera la textura de su piel, alcanzando el pezón. — Te estoy dando permiso.

— ¡Joder! — dejé escapar un gemido, sintiendo mi polla palpar, ansiosa por estar bien dentro de ella.

Pero ese no era el lugar adecuado, aunque era muy tentador.

— Estuve esperando que intentaras seducirme. — Se inclinó sobre mí, haciéndome recostarme sobre la canga, observándola fascinado mientras se sentaba a horcajadas sobre mí, su coño protegido por el bikini rozando con precisión mi erección a través de la bermuda y la ropa interior. — Pero parece que voy a tener que tomar la iniciativa...

CAPÍTULO 13

MARÍA ALICE

AÑOS ANTES...

— De esta manera harás que me corra en ropa interior, como un adolescente fuera de control... — Pude oírlo decir, mientras mantenía los ojos cerrados, concentrada en disfrutar las sensaciones que se extendían por mi cuerpo mientras me balanceaba sobre su erección.

No estaba borracha.

Sabía exactamente lo que estaba haciendo en ese momento, inspirada por mi propio libre albedrío.

Me sentía desinhibida, y no sería hipócrita al negar que el alcohol tenía algo que ver con tal comportamiento, pero estaba completamente consciente de cada acción.

Lo quería.

Deseaba ardientemente entregarme a Miguel.

Cada beso que intercambiamos desde la primera vez era una promesa silenciosa de lo increíble que sería pertenecerle por completo.

Todas mis barreras se habían derrumbado, y solo quería permitirme ser una mujer con deseos que necesitaban ser saciados.

— Esta sensación es tan deliciosa — dejé escapar, deleitándome con el hormigueo en mi intimidad. — Ahhh...

— Eso se llama lujuria. — Incliné la cadera para provocar un impacto mayor. — Abre los ojos, María Alice.

Obedecí a su orden y solo entonces me di cuenta de que aún estábamos en la playa... al aire libre.

— ¿Quieres que te dé un orgasmo? — La pregunta de Miguel me hizo volver a centrar toda mi atención en él, ignorando nuevamente dónde estábamos.

Asentí, sabiendo que mi rostro estaba rojo y no era precisamente de vergüenza.

No había llegado hasta allí para echarme atrás.

Miguel fue ágil al sentarse, manteniéndome en su regazo. Considerando su respiración pesada y lo duro que estaba, sabía que él también se sentía de la misma manera... lleno de deseo por mí.

— Me encantaría follarte aquí en esta playa... — Mordisqueó mi labio inferior, su mano deslizándose hacia la parte inferior de mi bikini, su dedo medio invadiendo mi zona íntima, rozando provocativamente los labios vaginales, haciéndome retorcer ante la oleada de lujuria que

me inundó. — Pero no soy el tipo de chico que lo hace de manera suave, y no tengo ganas de empanar mi polla con arena y terminar irritando tu coño.

— ¡Vaya, qué romántico eres! — Me aparté, sorprendida por sus palabras.

En realidad, estaba avergonzada por haberme insinuado y ser rechazada de esa manera tan poco delicada por parte de Miguel.

— ¡Oye, no me malinterpretes! — Me atrajo de vuelta hacia él, sosteniendo mi rostro con una mano. — Pero es tu primera vez y quiero que la recuerdes con cariño, no con arrepentimiento por haber terminado toda irritada.

— Callado, eres todo un poeta, ¿sabías? — Puse los ojos en blanco, pero me tranquilicé ante su explicación.

— Ven a callar a tu poeta con esa boca deliciosa, ven...

Permití que me besara y, en el instante en que su lengua encontró la mía, olvidé cualquier vergüenza o enfado, pues nuevamente me entregué a los encantos de Miguel.

Profundizamos el beso y envolví mis brazos alrededor de él, volviendo a mover mis caderas, y no tardé en sentir la mano libre de Miguel alcanzar mi trasero, su dedo curioso traspasando el límite del bikini hasta llegar otra vez a mi intimidad.

— Mojadita de deseo por mi culpa... — murmuró en un tono provocador, silenciándome con sus labios de inmediato.

Me encantaba su boca sucia. Todas las obscenidades que decía.

No soñaba con un príncipe encantado haciendo promesas de amor.

Prefería su honestidad cruda y directa, diciéndome cuánto lo enloquecía y mostrándose satisfecho al dejarme embriagada de placer.

— Sigue moviéndote así, gata.

— Miguel...

— Folla con mi dedo hasta que explotes en un orgasmo.

Hice lo que él dijo y, entre besos y movimientos frenéticos de vaivén, sentí cómo mi cuerpo finalmente era consumido por una ola de placer indescriptible.

Gemí alto, sin ningún pudor, permitiéndome desbordar en las sensaciones y emociones que ese orgasmo me proporcionó.

Mi primer orgasmo.

¡Y ya estaba ansiosa por más y más!

— Tan linda, corriéndote en mi mano... — Me miró sonriendo, justo cuando sacó sus dedos de dentro de mí. — Va a ser perfecto cuando te corras en mi polla.

Abrí los ojos de par en par en cuanto él chupó sus propios dedos... los dedos que hace poco estaban dentro de mí. Los dedos que tenían los fluidos de mi placer, que tenían el sabor de mi deseo por él.

— Vamos a tu casa. ¡Ahora!

— ¿Estás segura de que está bien que venga aquí? — pregunté, entrando en la sala de estar en cuanto él abrió la puerta de su casa.

Después de dejar la Playa de la Soledad, Miguel insistió en llevarme a almorzar, y sabía que me estaba dando tiempo para cambiar de idea.

— No es como si nunca hubieras venido antes. — Cerró la puerta, girando la llave con un gesto seguro.

— Venir a hacer la limpieza es diferente. De hecho, estuve aquí ayer mismo. Pero...

— Nada de "peros" — interrumpió, abrazándome por detrás y dejando que su cuerpo se rozara con el mío. — Además, mis padres no están en la Isla del Sol; volvieron a casa para asistir a un evento de fin de año en la empresa. Relájate, preciosa.

Él sabía exactamente el motivo de mi preocupación.

No era un secreto para nadie lo esnob que era la madre de Miguel y cómo trataba a su hijo como si fuera un trofeo.

¿Cuál sería su reacción al descubrir que su niño de oro estaba involucrado, románticamente, con la hija de la mujer que limpia su mansión?

No quería averiguarlo.

— Vamos arriba. ¡Hora del baño! — Me levantó del suelo, tomándome por sorpresa y haciéndome soltar un pequeño grito.

— ¡Miguel! — Hice un poco de drama, pero adoré el momento.

Rodeé su cuello con mis brazos mientras él me sostenía firmemente en sus brazos, subiendo los escalones hacia el piso de arriba, como si yo no pesara nada.

— No tienes que sentir vergüenza conmigo — dijo en cuanto notó mi repentina timidez.

Cerró la puerta del cuarto después de ponerme de pie nuevamente, y miré a mi alrededor, recordando la primera vez que nos encontramos, justo allí.

— Ya te vi desnudo una vez — bromeé, tratando de suavizar el ambiente.

— Y yo ya te hice llegar al orgasmo una vez — devolvió la provocación mientras se quitaba la camiseta, acercándose a mí con pasos lentos. — Podemos simplemente darnos un baño juntos, ni siquiera me quito los calzoncillos y prometo comportarme...

— ¡No quiero que te comportes! — Bajé las manos hasta la cintura de mi short, desabrochándolo y bajando el cierre, decidida.

La carcajada de Miguel me hizo relajarme al instante, y tan pronto como mi short cayó al suelo, él se acercó y me ayudó a deshacerme de la camiseta que llevaba, quedándome solo con las piezas del bikini.

— Me encanta tu determinación. — Acarició mi rostro, deslizando su mano hasta mi nuca, agarrando un mechón de mi cabello. — Pero puedo esperar hasta que te sientas lista.

Apoyé mis manos en su pecho desnudo, acariciándolo lentamente, bajando las manos sin prisa, un poco temblorosa por la osadía, pero aun así dispuesta a llegar hasta el final.

— Estoy lista.

CAPÍTULO 14

MARÍA ALICE

DÍAS ACTUALES...

Tan pronto como las niñas pasaron por la puerta de la escuela, nos saludaron por última vez antes de caminar de la mano hacia el aula.

— Aún no saben que son hermanas y ya son uña y carne — comentó Miguel, mientras seguía observándolas.

Tenía razón y, curiosamente, esa constatación no me molestó en absoluto.

— María Vitória no dejó de hablar de Julia durante todo el fin de semana. Está ansiosa por entregarle el regalo a su nueva amiga en la fiesta del viernes. Fuimos al centro comercial ayer para que pudiera escogerlo.

Ya había organizado mis pensamientos y era consciente de que no podría evitar lo inevitable. Aunque Miguel se hubiera ido la mañana del sábado, mientras jugaba con Zeus en la playa, seguíamos siendo vecinos y, además, los padres de una niña de ocho años que pronto sabría la verdad.

— Julia tampoco deja de hablar del cumpleaños. El poco tiempo que pasó jugando con su... nuestra... — se detuvo de repente, parecía confundido. — Con María Vitória, fue suficiente para que la conquistara por completo.

— ¿Estudiando juntas? — Dejé escapar una risita. — ¡A ver cómo nos las arreglamos!

— ¿Tienes tiempo ahora? — cambió de tema, adoptando una postura más seria. — ¿Podemos tener esa conversación?

Negué con la cabeza lentamente.

— Tengo que estar en la agencia antes de las ocho para coordinar a mi equipo.

— ¿Agencia? ¿Equipo? — Frunció el ceño. — ¿En qué trabajas actualmente?

— Limpieza. — Me encogí de hombros. — Mis hermanas y yo somos socias de una agencia de servicios de limpieza personalizada. Antes limpiaba casas, ahora coordino un equipo de profesionales muy competentes, entrenadas personalmente por mi madre.

— ¡Guau! ¡Qué increíble! — Parecía realmente impresionado.

— ¿Y tú? ¿A qué te dedicas? — La pregunta ideal sería "¿de cuántas empresas eres dueño?", pero opté por la sutileza.

— Actualmente estoy desempleado — reveló sin el menor atisbo de vergüenza. — Soy un padre soltero aprendiendo a manejar las tareas domésticas.

— ¿Te estás burlando de mí? — Mi boca se abrió por la sorpresa, y él empezó a reír a

carcajadas.

— ¡Debería tomar una foto tuya ahora mismo!

— ¡No le veo la gracia! — Crucé los brazos, ligeramente molesta con su repentino buen humor.

— ¿No te parece divertido un padre soltero desempleado?

— Un padre soltero y desempleado no viviría en esa mansión. — Puse los ojos en blanco.
— ¡Vamos, Miguel, no me tomes el pelo!

— Estoy desempleado, no pobre. — Me lanzó un guiño, el muy cretino. — Soy un presidente corporativo en receso, dedicándome exclusivamente al bienestar de mi hija.

Esas palabras me golpearon de lleno.

¿Había dejado el trabajo para ser padre a tiempo completo?

¿Y mientras tanto, yo había pasado nueve años creyendo que Miguel no merecía ser el padre de María Victoria?

— Necesito irme. — Me alejé unos pasos. — Odio llegar tarde.

— Está bien. Ve. — Saludó con la mano. — Hablamos en otro momento.

La falta de insistencia me molestó.

— No pareces muy ansioso por ser el padre de mi hija. — Le di la espalda, conteniendo las ganas de llorar mientras corría hacia mi coche.

Desactivé la alarma y abrí la puerta, pero antes de entrar en el automóvil, sentí que Miguel me agarraba del brazo, girándome para que quedara frente a él.

— ¿Cómo quieres que me comporte, María Alice? — susurró, irritado. — ¿Como un chiquillo inmaduro, armando un escándalo frente a la escuela de nuestras hijas, gritándote para que finalmente seas sincera conmigo y me digas por qué escondiste que sería el padre de tu hija?

— ¡Suéltame! — siseé, odiando ese enfrentamiento.

— ¡Estoy siendo paciente, joder! — Me soltó, apoyando las manos en su cintura, respirando rápida y profundamente, conteniendo su propia irritación. — Han pasado solo unos días desde que descubrí la verdad y no quiero irrumpir como un huracán, desordenando la vida de María Victoria. Sé muy bien lo difícil que puede ser para una niña lidiar con los conflictos de sus padres. Quiero que tanto María Victoria como Julia sepan la verdad, para poder ser un buen padre para ellas. Pero no voy a arrastrarme detrás de ti, ni a presionarte. ¿De qué serviría?

Tragué mi frustración, mirando al hombre que tenía delante.

Miguel siempre fue un hombre de acción, y esa era una de sus facetas que más admiraba, por más que a veces me pusiera de los nervios.

Pero también era el que siempre respetaba mi tiempo y esperaba a que yo me sintiera lista

para dar el primer paso hacia cualquier camino, dispuesto a caminar a mi lado y tomándome de la mano para que no me sintiera sola.

Fue exactamente por eso que me enamoré de él tan perdida y rápidamente.

— Está bien, vamos a hablar — cedí, sabiendo que era necesario. — Voy a llamar a mi hermana y avisarle que necesito la mañana libre.

Él asintió, sacando su móvil del bolsillo.

— Saulo, puedes irte solo a casa. Voy a tomar un aventón.

— ¿Qué fue esa historia del sobre? — Cortó el silencio inquietante.

Aparqué el coche cerca de la Playa de la Soledad, una de las más tranquilas de Isla del Sol, que debido a su acceso complicado, por las rocas, no era tan concurrida como las que tienen estructura comercial.

Ese lugar era muy significativo para nosotros, ya que solíamos pasar horas allí, lejos de todo el caos familiar de los Cesarini y de mis desacuerdos con mamá.

Aún dentro del coche, éramos los únicos allí por el momento. Los turistas solían aparecer por la tarde. Pocos se aventuraban a hacer un picnic, debido a la dificultad de caminar entre las rocas con equipo de camping.

Agradecí mentalmente que Miguel hubiera iniciado la conversación, ya que no sabía muy bien por dónde empezar.

— Cuando fui a tu casa a contarte que estaba embarazada, doña Camille me recibió. Dijo que habías vuelto a la ciudad y que no regresarías. Ella tenía tu móvil. Había leído mis mensajes y respondido como si fueras tú, por eso fui sola a la mansión...

— Típico de ella — despreció, atento.

— Estaba aterrada, todavía no se lo había contado a nadie. Quería que fueras el primero en saberlo, pero dadas las circunstancias, terminé hablándolo con ella. Pensé que doña Camille nos ayudaría a lidiar...

— ¡Nunca fue ese tipo de madre, María Alice!

Asentí, recordando el pasado.

— Debí haberlo imaginado, después del escándalo que hizo cuando nos vio juntos por primera vez.

— Lamento que tuvieras que pasar por eso sola, yo mejor que nadie sabía de lo que era capaz. — Sentí su mano sobre la mía, que sostenía el volante del coche. La mantuvo allí, en apoyo, sin ninguna connotación erótica.

— ¿Era? — Me giré para mirarlo. — No me digas que doña Camille se volvió buena después de que nació Julia.

— Ojalá. Mamá nunca fue la abuela de los sueños. Ni siquiera cuando enfermó y tenía los días contados. Julia no tuvo una abuela presente en su vida, porque tanto la paterna como la materna jamás se preocuparon en estrechar lazos afectivos con su nieta. Ni siquiera la propia madre se interesaba por su hija.

— ¿Cómo? — El dolor en mi pecho fue repentino, dejándome angustiada.

No podía siquiera imaginar cómo sería mi vida sin María Victoria o sin el apoyo de mamá y mis hermanas, que me ayudaron a criarla, educarla y la amaban incondicionalmente.

— No viene al caso ahora — evadió, molesto. — Lo que necesitas saber en este momento es que mi madre falleció hace cinco años, siendo exactamente la misma persona que tuviste la desgracia de conocer.

— Lo siento...

— No lo sientas, María Alice. — Había amargura y rencor en sus ojos. — No se merecía tu compasión. Y gracias a ella, no pude ser un padre presente en la vida de María Victoria.

— Pero eso va a cambiar, ¿verdad? — Apoyé la mano libre sobre la suya, que aún se mantenía sobre mi otra mano, mirándolo con expectativa.

Su sonrisa emocionada anticipó la respuesta verbal, que llegó enseguida.

— Sí, seguro que sí.

CAPÍTULO 15

MIGUEL

DÍAS ACTUALES...

— ¿Por qué dejaste de buscarme? — Finalmente pregunté, temiendo la respuesta.

Por lo que conocía de María Alice y su dificultad para confiar en los hombres, ya podía imaginar el motivo, pero aun así quería escucharlo.

— Mientras tu madre me humillaba, la mía apareció para sacarme de allí. — Mantuvo la mirada fija en nuestras manos, sin mirarme. — Fue ella quien tomó el sobre con el dinero.

— ¿Aceptaste el dinero? — Aparté mi mano de la suya, como si me hubiera dado una descarga eléctrica.

— Como dije, fue mamá quien tomó el sobre. — María Alice finalmente me miró y no parecía para nada arrepentida.

— ¿Qué diferencia hace eso? — El tono no fue amable. La indignación y la decepción estaban claramente reflejadas en mis facciones. — ¿Por cuánto te vendiste, se puede saber?

Ciego de rabia, mis reflejos no fueron lo suficientemente rápidos para evitar que la mano de María Alice me diera una bofetada en la cara.

Aparentemente, no fui el único sorprendido por el gesto, ya que ella abrió los ojos de par en par y abrió la boca, perpleja.

Me quedé sin reacción, observándola en silencio.

Pasaron solo unos segundos, pero parecía que el tiempo se había detenido.

— Sal — murmuró, todavía conmocionada.

— ¿Qué? — parpadeé, saliendo de mis ensoñaciones.

— Sal de mi coche, ahora.

— No seas inmadura.

— ¿Inmadura? — rió con desdén. — Está claro que no me conoces, así que realmente no me importa si eso es lo que piensas de mí. Solo baja.

— María...

— ¡Baja de mi coche ahora, Miguel! — gritó.

— Está bien, está bien. — Levanté las manos en señal de rendición, abrí la puerta y bajé. — Vamos a dar un paseo por la playa mientras nos calmamos y...

Tan pronto como cerré la puerta, María Alice activó las cerraduras y el vidrio eléctrico se

subía mientras arrancaba, sin decir una palabra o dignarse a mirarme.

— ¿Qué... ¡Oye! — La observé irse sin remordimientos, dejándome solo y sin ninguna alternativa para irme. — ¡Hija de puta!

Pasé las manos por el cabello, frustrado e irritado.

¿Cómo llegamos a este punto? ¡Se suponía que era una conversación amigable, joder!

Saqué el móvil del bolsillo y llamé de inmediato a Saulo, pidiéndole que viniera a buscarme.

— Tal vez debería llamarla o enviarle un mensaje...

Parte de mí era demasiado orgullosa para ir tras la mujer que había desordenado mi mente desde que nos reencontramos, especialmente porque aceptó dinero de mi madre y me ocultó que había tenido una hija.

Por otro lado, mi conciencia pesaba.

Tenía otra hija y, aunque lo sabía desde hacía pocos días, no quería perder más tiempo. María Victoria acababa de cumplir ocho años y yo deseaba ser parte de su vida, esforzándome al máximo para compensar los años de ausencia, aunque sabía que ya había perdido mucho.

Me levanté temprano, aunque la noche de sueño había sido inquietante. Y aunque me negaba a admitirlo, la decisión de dar un paseo por la playa no fue exactamente motivada por un repentino deseo de una vida menos sedentaria, ya que siempre me había esforzado en el gimnasio.

No hubo coincidencia. Esa vez, mi vecina y su perro no aparecieron para que les hiciera compañía.

Más tarde, al llevar a Julinha a la escuela, tampoco encontré a María Alice y, según María Victoria, fue su abuela quien la llevó esa mañana de martes.

Aunque todavía me sentía molesto y decepcionado con la madre de mi hija recién descubierta, sabía que no podía postergar el momento de aclarar todo lo que aún estaba pendiente.

Sin embargo, darme cuenta de que María Alice me estaba evitando deliberadamente, hería mi ego y orgullo.

— ¡Me dio una bofetada como si fuera cualquier idiota! — murmuré molesto, lanzando el celular al sofá frente a mí. — Podría al menos tener la decencia de admitir que se pasó de la raya.

— ¿Ahora hablas solo? — Saulo entró en la sala, observando mi conflicto personal sin entender el contexto. — Pareces el chico mimado de hace diez años.

— Oye, soy tu jefe. — Hice una mueca, levantándome para buscar agua en la nevera.

— Y yo soy tu niñera desde hace veinte años, Miguel — replicó, siguiéndome. — No te

veía tan inquieto e irritado desde que le pediste el divorcio a Marcela.

Abrí la nevera, saqué dos botellas de agua mineral y me volví para ofrecer una a Saulo, que estaba apoyado en la encimera de mármol.

Mientras abría la botella y bebía el agua fría, me calmé un poco.

Saulo llevaba conmigo dos décadas, siendo uno de los colaboradores más antiguos de la familia Cesarini. Comenzó como chofer de papá y luego pasó a formar parte del equipo de seguridad.

Cuando entré en la adolescencia y cometí algunos errores, por ser mimado y un rebelde sin causa, papá asignó a Saulo para que se convirtiera en mi sombra, y gracias a él recobré el sentido común y no cometí ninguna tontería que pudiera haber perjudicado mi futuro.

Desafortunadamente, no pudo hacer nada con respecto a Marcela, ya que ninguno de nosotros imaginaba que la buena chica fuera capaz de perforar mis preservativos. Cuando ella contó sobre el embarazo, pareció lo correcto asumir la responsabilidad y casarme con ella.

No cabía en Saulo imaginar que casarme con Marcela sería la peor decisión de mi vida.

— Tengo otra hija — solté de repente, haciendo que casi se atragantara con el agua.

— ¿Cómo sucedió eso? — preguntó después de toser varias veces y recomponerse. — ¿Otra vez Marcela?

— ¡Para nada! — Sacudí la cabeza frenéticamente de un lado a otro, evitando siquiera imaginar una situación tan extraña.

Después de casarme con Marcela, no tardé en darme cuenta de lo mala que había sido mi decisión. No pedí el divorcio de inmediato porque mi hija era lo que más me importaba, por encima de todo.

— ¿Te acuerdas de María Alice? — Él asintió y continué. — ¿La reconociste ayer en la escuela?

— La recuerdo del pasado, pero no de haberla visto ayer. ¿La mujer rubia que acompañaba a la niña?

— Esa misma. María Victoria es el nombre de la niña.

— Supones que es tu hija.

— Exactamente. — Solté un suspiro exasperado, terminando de beber el resto del agua. — También son mis vecinas, viven en la casa de la derecha.

— ¿Cómo te enteraste? ¿Por eso decidiste mudarte aquí? ¿Te mudaste a esta casa a propósito?

— No fue así. La reencontré el viernes y, si te fijas bien en la niña, ¡es igual a mí, Saulo!

Él rió.

— De hecho, ya había notado cuánto se parece la niña a Julia.

— Tienen una semana de diferencia, ¿lo puedes creer? — Pasé las manos por la cara, sintiéndome más ligero al compartir aquello con alguien.

Confiaba más en Saulo que en mi propio padre. Muchas veces había ejercido ese papel en mi vida. Era mucho más que un antiguo empleado; también era un amigo leal.

— ¿Estuviste con ambas al mismo tiempo? — Parecía decepcionado.

— ¡No fue así!

— Pero es lo que parece. — Se encogió de hombros. — ¿Cómo reaccionó María Alice al saber que tienes una hija de la misma edad que la de ella?

— ¿Quieres saber cómo reaccionó al enterarse de que tengo una hija, y no cómo reaccioné yo al saber que ella me ocultó a la niña?

— Está claro que eso te molesta, pero seamos honestos, Miguel, tienes dos hijas, de la misma edad, pero de dos madres diferentes. Eso me intriga mucho más que la razón por la cual María Alice no te contó sobre su embarazo.

— ¡Esa tranquilidad tuya me pone nervioso, de verdad! — Puse los ojos en blanco.

Pero lo que Saulo acababa de señalar realmente me hizo darme cuenta de algo que ya debería haber notado y dejé pasar.

Hasta que recordé las palabras de María Alice la noche en que nos reencontramos.

¿Crees que puedes reclamarme algo cuando tienes una hija con otra mujer, mientras prometiste estar solo conmigo?

CAPÍTULO 16

MIGUEL

AÑOS ANTES...

Bese a María Alice en cuanto el agua de la ducha cayó sobre nuestras cabezas. Ella aún llevaba puesto el diminuto bikini, y yo mantenía mi erección dentro de los calzoncillos, pero la presioné contra su pelvis a medida que el beso se profundizaba.

Le di varias oportunidades para cambiar de opinión y aún estaba listo para frenar si la sentía insegura acerca de lo que estábamos a punto de hacer.

Mi cuerpo estaba en ebullición, ardiendo de lujuria.

Nuestro beso se volvió voraz y no pude resistir el deseo de desnudarla, desatando el lazo de la parte superior del bikini, liberando sus deliciosos pechos para mi total deleite.

— Estás buenísima... — dejé escapar al finalizar el beso, bajando hasta uno de sus pezones para succionarlo mientras acariciaba el otro seno.

— Aah... — el gemido ronco de María Alice avivaba aún más mi libido.

Tuve que recordarme a mí mismo que ella aún era virgen, y que tener sexo en la ducha tendría que quedar para otro momento, al igual que en la playa.

Me alejé, poniendo fin al contacto físico, dejando a María Alice un poco confundida.

— ¡Ducha! — dije en voz alta, más para mí que para ella, mientras tomaba el frasco de gel de baño para ofrecérselo.

Los minutos siguientes fueron de silencio y miradas llenas de promesas.

Aproveché el momento en que María Alice se distrajo lavándose el cabello para quitarme los calzoncillos y terminar de ducharme. Después de eso, no pude mantenerme alejado, necesitando tocarla de nuevo.

— Déjame ayudarte un poco... — Era inevitable que mi erección rozara su hermoso trasero, por encima de sus braguitas del bikini. — Todavía voy a agarrarte durante la ducha y golpearte profundamente dentro de tu coño mientras presiono esos deliciosos pechos contra la pared.

— ¡Bastardo! — Ella se rió, inclinando su cuello hacia atrás, abriéndome el camino para chupar su piel bronceada justo en la nuca, mientras desataba el encaje en la parte inferior del bikini que aún llevaba.

— ¡No lo niego! — Cerré la ducha tan pronto como la dejé completamente desnuda, luego la giré para mirarme. — Pero ahora es el momento de hacer que te corras en mi boca...

— Qué... — Antes de que María Alice pudiera formular alguna pregunta coherente, ya

estaba de rodillas y fui directo a mi punto de interés, mordisqueando su coño afeitado, sumergiendo mi curiosa lengua entre sus labios vaginales. - ¡Oh!

Se reclinó contra el cristal de la ducha, abriendo las piernas para acomodarme mejor mientras yo disfrutaba de su humedad, chupando y tomando cada gota de su placer para mí.

— Me voy a caer... — sentenció con voz temblorosa, pero me mantuve firme en mi propósito de darle otro orgasmo antes de finalmente hacerla mía.

— No voy a permitir que eso pase, solo relájate...

Mi polla palpitaba de expectativa, ansiando el toque de la chica que no salía de mi mente desde el instante en que la vi por primera vez, pero luchaba contra mi propia lujuria en ese momento, para que todo se tratara de ella y de su placer.

— No aguanto más... ¡Ah!!! — gimió, jadeante, retorciéndose con la ola de orgasmo que la inundó.

Me jaló el cabello con fuerza y me encantó.

— ¡Jodida mujer perfecta! — espeté, levantándome para sostenerla en mis brazos. — La próxima vez será con mi polla enterrada dentro de ti...

Levanté a María Alice del suelo y ella envolvió sus piernas alrededor de mi cintura. Ignorando la existencia de la toalla de baño, salí de la ducha y volví al cuarto, llevándola directamente a la cama, acostándola con cuidado, haciendo que abriera sus piernas, apoyando los pies en el colchón, quedando completamente abierta ante mi vista.

— ¿Tienes idea de lo hermosa que eres? — Comencé a masturbarme mientras la observaba mirarme con la respiración entrecortada. — Creo que nunca he estado tan duro como ahora... solo tú eres capaz de dejarme así.

Seguí masturbándome, apretando con fuerza, aumentando el ritmo, pero aún dueño de mi propio control, porque no quería correrme así... no en esa primera vez.

— Hay tantas cosas que deseo hacer contigo... — Dejé de acariciarme, sabiendo que había alcanzado el límite de lo soportable.

Ella no decía nada, embriagada por su propio deseo.

Ansiando por el contacto íntimo, caminé a grandes pasos hasta mi mesita de noche y abrí el cajón para coger el preservativo.

Hábilmente, no tardé más que unos segundos en abrir el envoltorio y colocarme el condón, pudiendo finalmente inclinarme sobre María Alice en la cama, quien me esperaba con expectación.

— Sé gentil... — Besó mis labios con suavidad, y la ternura en sus ojos me hizo tragar saliva.

¡Joder! Ella tiene todo de mí en este momento y no tiene ni idea...

— Te dije que no hago el amor de manera tierna — la provoqué, besándola con calma y lentitud, acomodando mi cuerpo sobre el suyo, haciendo que apoyara la cabeza en el colchón. — Pero siempre hay una primera vez para todo, ¿no?

Ella rió y la sentí relajarse.

Mordí su labio inferior, deslizando mis manos hasta sus caderas, rozando mi polla contra su entrada, tomándome mi tiempo, acercándome lentamente, invadiéndola poco a poco, por miedo a lastimarla.

— ¿Estás segura? — Hice una pausa, rezando a todos los dioses para que no se echara atrás.

María Alice asintió, soltando un gemido que fue mi perdición.

Me incliné sobre ella y capturé sus labios hinchados de tantos besos y, en cuanto su lengua buscó la mía y sentí su entrega total, dejé de contenerme y finalmente me hundí hasta el fondo.

— ¡Aaaah! — No sé quién de los dos gimió primero.

Ella era muy estrecha, lo que me hizo temer haber sido demasiado brusco, pero por otro lado, mi polla estaba en el paraíso de los paraísos.

— ¿Estás bien? — Observé su expresión contorsionada, sabiendo que estaba sintiendo dolor.

No me movería de ahí hasta escuchar su respuesta.

— Perfectamente. — Abrió los ojos, llenos de lágrimas, al mismo tiempo que exhibía una sonrisa radiante. — No pares hasta hacerme venir.

A pesar de lo que dijo, todavía necesitaba una confirmación más convincente, y solo fui capaz de moverme después de que envolviera sus piernas alrededor de mí, inclinando sus caderas para incitarme.

— ¡Tus deseos son órdenes, señorita! — Volví a besarla, entregándome por completo al momento.

Comencé despacio, penetrando sin prisa, nuestras manos entrelazadas, el beso en sincronía y los gemidos hablando entre sí.

Poco a poco, sentí a María Alice más desinhibida y relajada. Con eso, me permití acelerar el ritmo de las embestidas, probando su reacción, que era cada vez más receptiva.

— No quiero hacer el amor suavemente... — murmuró en un intervalo entre besos. — ¡Dame con todo, que lo soporto!

Estimulé su clítoris con mis dedos mientras golpeaba profundamente su coño, olvidando ya que era la primera vez de María Alice.

Ella estaba tan comprometida como yo, y aunque una parte de mí dudaba que pudiera darle otro orgasmo, ya que era su primera vez, finalmente la escuché gritar mi nombre en voz alta

mientras se corría por tercera vez ese día, ahora con Yo dentro de ella.

Fue suficiente para que también alcanzara mi éxtasis.

— ¡Maldita sea, María Alice! — Grité como loco, corriéndome dentro de ella, protegido por el condón.

Apoyé mi frente sobre la de ella, nuestros cuerpos sudorosos, mezclando fluidos. Respirando pesadamente, tratando de recuperar el aliento. La temperatura caliente, de dos cuerpos ardiendo de placer.

Mientras me alejaba para observarla, aún dentro de ella, besé la punta de su nariz en cuanto María Alice finalmente abrió los ojos y sonrió con la hermosa sonrisa de una mujer bien alimentada.

— Me jodiste la mente, ¿lo sabías mujer?

CAPÍTULO 17

MARÍA ALICE

AÑOS ANTES...

— ¿Qué pasó con tu celular? — La voz de mamá me hizo dar un salto del susto.

Con todas las luces apagadas, no la vi sentada en el sofá de nuestra diminuta sala de estar en cuanto entré en casa y cerré la puerta.

— Me quedé sin batería — fingí una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

Sabía que había metido la pata. La batería del celular realmente se descargó y acabé perdiendo la noción del tiempo, porque cuando estaba con Miguel, eso era lo que menos me preocupaba.

— ¿Cómo llegaste a casa a estas horas? — Encendió la lámpara.

No quería contarle a mamá sobre Miguel, porque sabía que me reprendería.

Además de ser él hijo de una de sus patronas, el hecho de que los Cesarini fueran una de las familias más ricas y conocidas en el balneario, seguramente la preocuparía.

Después de haber sido engañada por el padre de María Flor, mamá se volvió cautelosa con las personas ricas y, gran parte de mi desconfianza y reticencia con Miguel al principio, fue por influencia suya.

Tenía miedo de ser usada y abandonada. Como le sucedió a ella.

— ¿Por qué me estás interrogando de esta manera? — Adopté una postura defensiva. — Dije que pasaría todo el día fuera...

— Es casi medianoche. — Su tono era calmado, pero preocupado. — ¿Con quién estabas?

A pesar de no querer hablar sobre mi relación con Miguel, tampoco me gustaba mentirle.

— Mamá... ya llegué — intenté evadir la situación. — Estoy sana y salva. ¿No puedes simplemente dejarlo pasar?

— ¿Qué tipo de madre sería si no me importara? — Se puso de pie, pero no se acercó.

— Perdón, ¿sí? Prometo que no volverá a pasar, tendré más cuidado con la hora y con la batería del celular...

— Pero no me dirás con quién estabas. — Cruzó los brazos, seria, y noté la decepción en su mirada.

— Ya soy adulta. — Tragué saliva, molesta.

— Una adulta que acaba de perder la virginidad — sentenció, dejándome boquiabierta. — ¿No me dirás con quién fue? Pensé que éramos amigas...

— ¿Cómo lo sabes? — Alcé la voz, pero sacudí la cabeza en señal de negativa, enojada porque lograba descifrarme tan bien. — ¡Eso no es asunto tuyo, mamá!

Me alejé, dando algunos pasos hacia mi cuarto.

— Al menos, ¿te protegiste? — Su pregunta me hizo detenerme en seco.

Me di la vuelta para mirarla de nuevo.

— ¿Qué cree usted? — No pude evitar el tono sarcástico. — Ya sé exactamente cuáles son las consecuencias... lo he visto pasar dos veces.

¡Mierda! No debería haber dicho eso... pero era inevitable, dado que la razón de nuestras discusiones siempre era el hecho de que tenía una hija de cada padre, fruto de relaciones fallidas.

— Mi historia no tiene que ser la tuya. — Ignoré el dolor en sus ojos para no sentirme aún más culpable. — Vi un giro en el destino en las cartas y...

— ¡Que se jodan tus cartas, mamá! — grité, negándome a ceder. — Ya te lo he dicho mil veces, no creo en esa mierda mística, ¡así que deja de intentar imponerme tus creencias!

— Escúchame bien, jovencita. — Se acercó tan rápido que casi me hizo retroceder. — ¿Quieres ser la adulta dueña de tu propio destino? Adelante. Pero respétame. Vives bajo mi techo, y mientras sea así, no vas a hacer lo que te dé la gana.

— Dices eso porque sabes que no puedo mantenerme sola. — Solté un suspiro, tratando de controlar mi ira.

— Lo digo porque eres mi hija preciosa, a quien amo más que a mi propia vida. Y tu dolor será mi dolor. Tu sufrimiento será mi sufrimiento.

Estaba al borde de las lágrimas, y yo también, pero mi orgullo era demasiado grande para ceder en esa discusión.

— Detesto esa vibra misteriosa que tienes, ¿sabías?

— Es quien soy. — Sonrió con serenidad, y supe que mañana me sentiría fatal por haberla lastimado.

Ya me estaba sintiendo así.

— Estoy cansada. — Retrocedí. — No quiero decir tonterías porque estoy enojada y sé que me arrepentiré después.

Ya me estaba arrepintiendo.

— Vete a dormir. Mañana no necesitas acompañarme a la casa de los Cesarini. Haré la limpieza sola.

— ¿Por qué? — Fruncí el ceño.

¿Será que sabía todo el tiempo que estaba con Miguel?

— La señora Camille no quiere a una joven tan bonita deambulando por la casa.

— ¡Como si tú fueras vieja y fea!

— Ella es la patrona. Yo sigo las órdenes. Aprovecha para ponerte al día con las actividades de la universidad, sal con tus hermanas, inventa algo que hacer. Solo no llegues tarde otra vez.

— ¿O...?

— ¿De verdad estás dispuesta a hacerte la hija rebelde conmigo, María Alice? — Su tono era desafiante, pero sonrió, sabiendo que yo estaba levantando una bandera de paz.

— No, señora. — Me incliné para darle un beso sonoro en la mejilla. — Buenas noches.

— Odio cuando tratas a mamá de esa manera — escuché a María Clara refunfuñar justo después de que cerré la puerta detrás de mí.

Compartíamos el mismo cuarto, con una cama individual para mí de un lado, y una litera del otro, donde María Clara dormía en la parte de abajo y María Flor en la de arriba.

— Ella no es la bruja malvada de tu historia de princesa encantada — argumentó María Flor, haciéndome sentir aún más culpable por haber perdido la paciencia con mamá, sabiendo que la que estaba equivocada era yo.

— Hablé sin pensar. — Me senté en mi cama, y ellas me miraban llenas de juicio, ya acostadas en sus respectivos lugares.

— ¿Será que realmente fue sin pensar? — insistió María Clara.

— ¡Yo amo a mamá! Solo me irrito con ella de vez en cuando.

— Ella no tiene la culpa de haber sido engañada por papá.

— Ni de haberse quedado embarazada de un turista, incluso usando condón.

— Ni de haber recibido golpes de papá cuando estaba vivo... — asumí en voz alta lo que sabía que ellas estaban pensando. — Lo sé.

— Entonces, trata de no ser tan dura con ella.

— Y pídele disculpas por haber sido una bestia soltando coces sin razón. — María Clara era la guardiana número uno de mamá.

Solté un largo suspiro, levantándome para quitarme la ropa.

Antes de volver a casa, Miguel y yo nos habíamos duchado juntos otra vez.

Sin sexo en la ducha. Pero esperaba con ansias esa experiencia.

— Está bien, lo entendí. Ustedes ganan.

— Siempre ganamos — refunfuñó mi hermana menor.

— Ahora cambiando de tema... — Por el tono de María Flor, ya me imaginaba cuál sería la pregunta. — ¿De verdad tuviste sexo con alguien?

— ¡Oye! ¡Shhhhh! — No quería que mamá escuchara, y las divisiones de la casa eran de madera delgada.

— ¿Sí o no? — insistió mi hermana del medio. — Ni siquiera tienes que dar detalles.

¿De qué serviría mentir? Mamá ya lo sabía y no sería a partir de ahí que empezaría a ocultar la verdad a mis confidentes.

— Sí. — Me tiré en la cama, cubriéndome hasta la cabeza con la sábana.

La luz del cuarto estaba apagada, pero María Flor iluminaba el ambiente con su celular.

— ¿Con quién?

— ¿Dolió?

— ¿Llegaste?

— ¿Era grande?

— Pensé que no tenía que dar detalles... — susurraron tan bajito que ni siquiera pude distinguir quién preguntaba qué.

No tardaron en bajar de sus camas y venir a la mía.

— ¡Claro que sí! Cuéntalo todo.

— ¡Ahora!

CAPÍTULO 18

MARÍA ALICE

DÍAS ACTUALES...

— Mamá, ¿por qué dejaste de llevarme a la escuela? — preguntó María Victoria, delante de su abuela y tías, durante el desayuno.

De inmediato noté las miradas curiosas de María Flor y María Clara sobre mí.

Aún no les había contado sobre el regreso de Miguel. Ni que él ya sabía que era el padre de mi hija. Y mucho menos, que tenía otra hija prácticamente de la misma edad que María Victoria.

— Tu mamá tiene mucho trabajo, querida — intervino doña María del Rosario, sabiendo lo difícil que me resultaba mentir.

El hecho de no haberle dicho nunca a mi pequeña quién era su padre, me hacía aún más reacia a ocultarle la verdad.

Solo tenía ocho años y era tan madura para su edad, pero aun así sabía que era injusto esconderle su origen, especialmente ahora que su padre se había convertido en nuestro vecino.

Necesitaba prepararme para ese momento. No podía posponerlo más.

Tampoco podía seguir evitando a Miguel, sabiendo que la noche siguiente tendríamos que encontrarnos en el parque para el cumpleaños de la pequeña Julia.

Como si no tuviera suficiente conflicto interno, María Victoria y su media hermana ahora estudiaban en la misma clase y, según parecía, eran las nuevas mejores amigas.

— Solo por hoy, querida. Mañana ya podré volver a llevarte. ¿Está bien?

— Está bien, mamá. Es que el papá de Julia preguntó si estabas enferma.

Tragué saliva, pero mis ojos deben haberme delatado, abiertos y sorprendidos, mientras notaba que mis hermanas me miraban fijamente, con mil preguntas silenciosas disparadas con cada parpadeo.

— No te preocupes, y si pregunta, dile que estoy bien y que mañana iremos al parque a celebrar el cumpleaños de tu amiguita.

— ¡Qué bien! — Aplaudió emocionada. — ¿Podemos llevar a Zeus? ¡Julinha quiere conocerlo! No le tiene miedo a los perros.

— No creo que haya problema, querida.

— ¡Eres la mejor mamá del mundo! — La sonrisa que me dio iluminó aún más mi día.

Pero también me hizo pensar en algo que, hasta ese momento, me había negado a cuestionar: ¿Quién será la madre de Julia?

— Qué chisme. Parece una telenovela mexicana — comentó María Clara, en cuanto las puse al tanto sobre el regreso de Miguel a la Isla del Sol.

Mamá ya había salido con María Victoria y, después de una rápida caminata con Zeus en la playa, me di una ducha y corrí a la agencia. Apenas puse un pie dentro y fui abordada por la dupla dinámica que tuvo la audacia de llevarme a nuestra sala de reuniones para interrogarme.

Mis hermanas pensaban que estaba teniendo un romance con el padre de alguna compañera de María Victoria.

De todas formas, tarde o temprano, tendría que actualizarlas de todo.

— ¿Tu corazón latió más fuerte? — Fue María Flor quien tocó el tema. — ¿Todavía te gusta? ¿Cómo te sientes al respecto?

— Él sigue siendo guapo... ¿no? Está incluso más guapo de lo que solía ser. — Fui sincera, porque hasta ese momento, había mantenido el enfoque de su regreso únicamente en María Victoria, ignorando mis propios sentimientos que, sí, estaban resurgiendo otra vez. — Más hombre, ¿sabes? No solo en la apariencia... Miguel ha madurado mucho, al igual que yo. Fue la maternidad lo que me cambió, y creo que la paternidad también lo transformó. Es innegable lo mucho que demuestra ser un excelente padre.

— Sabemos que María Victoria es lo más importante para ti, querida. — María Flor sostuvo ambas de mis manos, acogiéndome mientras me observaba con su mirada cariñosa y empática. — Pero por un momento, deja a un lado tu faceta de madre, y recuerda a María Alice como mujer, aquella que has anulado desde que nació nuestra princesita, ¿de acuerdo? Y deja de lado el hecho de que Miguel también es un padre. Como adultos y solteros, después de años sin verse, ¿cómo te sientes en relación a él, solo como hombre y mujer? De eso es de lo que hablo.

Solté una risita nerviosa.

Durante todos esos años, realmente me anulé como mujer. Primero, para dedicarme completamente a la maternidad, porque puse a María Victoria como prioridad. Segundo, porque temía que, después de juzgar tanto a mi madre por tener una hija con cada padre, terminara repitiendo su historia si permitía que mi corazón se enamorara de nuevo.

Miguel fue el único hombre a quien entregué mi corazón.

El único a quien entregué mi cuerpo.

— Verlo de nuevo me hizo recordar el pasado, cuánto me sentía libre cuando estábamos juntos. Cuánto me permitía ser yo misma. — Sonreí, melancólica. — Lo extrañé. Extrañé a los dos.

— Tú, hermanita... — María Clara se levantó de la silla y se acercó a mí, que estaba sentada al lado de María Flor. Se agachó y puso las manos sobre mis rodillas. — No estuviste sola todos estos años por miedo a enamorarte. Ni por ser madre a tiempo completo. Fue porque aún amas a Miguel. Nunca permitiste que saliera de tu corazón.

Una lágrima rodó por mi rostro sin que pudiera evitarlo.

Era imposible negar las palabras de mi hermana menor.

— Sí. Definitivamente sigo amando a ese Miguel del pasado. Pero sé que ni él ni yo somos los mismos de hace ocho años. — La amargura por nuestro último encuentro salió a flote. — Ese Miguel, a quien no conozco, cree que la chica del pasado fue capaz de aceptar dinero a cambio de esconder la existencia de su hija.

— Ese Miguel puede estar confundido y dolido, hermana. Tanto como tú al descubrir que él tuvo otra hija — argumentó María Clara.

— Tal vez es el momento de que la actual María Alice le dé una oportunidad al actual Miguel, para que se conozcan y resuelvan todas las cuestiones pendientes del pasado. ¿No crees?

Asentí con la cabeza.

— ¿Qué fue eso, eh? — Traté de recomponerme. — ¡Son realmente hijas de nuestra madre! ¿Desde cuándo se convirtieron en consejeras tan sabias?

— ¡Somos hijas de nuestra madre! — respondieron al unísono, riendo y llorando, mientras me abrazaban y me consolaban.

— Las amo, hermanas.

CAPÍTULO 19

MIGUEL

DÍAS ACTUALES...

— ¡Cumpleaños feliz, te deseamos a ti...! — comencé a cantar en cuanto Julinha se sentó a la mesa para el desayuno y Saulo apareció con el pastel que encargué, junto con la vela lila en forma de número ocho. — ¡Muchas felicidades, muchos años de vida!

— ¡Feliz cumpleaños para mí! — Aplaudió efusivamente, sonriendo como solo había empezado a hacerlo desde que nos mudamos a la Isla del Sol, hace una semana. — ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

Saulo no dejaba de reírse, contagiándose con la alegría de Julinha, y tuve que esforzarme para no romper a llorar de la emoción.

Hace un año, tanto Julia como yo pasamos ese día especial inundados de tristeza. Mientras ella lloraba y decía que lo sentía mucho, yo me llenaba de culpa por no haber protegido a mi hija y le prometía que todo estaría bien y que nadie volvería a lastimarla.

— Pide un deseo, princesa — alentó Saulo, cuando ella se preparó para apagar la velita.

— ¿Será que funciona? — Me miró expectante, y yo asentí, transmitiéndole la confianza que necesitaba.

— Si crees en ello, Papá del Cielo te escuchará.

— ¡Yo sí creo! — Cerró los ojos, colocando sus manitas sobre el corazón antes de finalmente soplar la vela. — Ahora solo queda esperar a que suceda. ¿Puedo comer el pastel ahora?

— Claro, pero el tío Saulo y yo también queremos un pedazo.

— ¡Obvio, papá! — Puso los ojos en blanco, pero volvió a sonreír de inmediato. — ¿Puedo llevarle un trozo a María Victoria a la escuela?

— Podemos llevar otro pastel al parque, ¿qué te parece?

— Buena idea, papito. Por eso eres el mejor de los mejores.

Como en todos los días anteriores, María Alice no acompañó a su hija a la escuela, siendo sustituida por la abuela, quien solo me observaba a la distancia mientras esperaba que su nieta pasara por la puerta. Desde que descubrió que estaba en la misma clase que María Victoria, Julinha esperaba a su mejor amiga todos los días. Aprovechando la oportunidad para pasar unos minutos en compañía de mi otra hija, me mantenía al lado de Julia hasta que ambas entraban juntas a clase.

— ¡Buenos días, buenos días! — María Victoria vino hacia nosotras, abrazando a Julia de inmediato. — ¡Feliz cumpleaños, amiga!

— ¡Gracias! — Julia correspondió el abrazo. — ¡Papá y Saulo se comieron todo mi pastel, ¿lo puedes creer? Pero esta noche llevaremos otro y el primer trozo será para ti.

— ¡No tenías que delatarme, querida! — Observé fascinado la interacción entre ellas.

Incluso después de separarse del abrazo, seguían tomadas de la mano.

No puedo esperar para contarles que son hermanas...

— Tío Miguel, ¿puedo llevar a Zeus al cumpleaños de Julinha en el parque? Prometo que se portará bien.

— ¡No soy tu tío! — exclamé sin pensar, sintiendo el impacto de mis palabras apagar la expresión radiante de la niña que también quería que me llamara papá.

— ¡Papá! — regañó Julia, mostrando su perplejidad ante mis palabras.

¡Maldición! ¿Qué he hecho?

— Lo siento... — María Victoria bajó la cabeza, pero vi que sus ojos se llenaban de lágrimas contenidas. — Con permiso, necesito ir al baño.

Antes de que pudiera corregir el malentendido, mi hija salió corriendo por la puerta de la escuela.

— ¿Por qué fue tan malo, señor? — La decepción en los ojos de Julia me hizo sentir el peor de los hombres.

— Yo no...

Julia no se quedó a escuchar mi justificación, corriendo tras su hermana.

Tragué la maldición, pasándome las manos por el cabello, frustrado y perdido. ¡No quería lastimarla! ¡Maldita sea! Mientras ponderaba si debía o no ir tras las niñas para hablar con ellas, una voz conocida se hizo presente.

— Tú, vamos a tomar un café y conversar — no fue una invitación, sino una orden.

Tan pronto como Julia y su hermana desaparecieron de mi vista, la madre de todas las Marias se colocó a mi lado. Me giré para mirar a doña María del Rosario, a quien había visto de lejos durante la semana, dejando a su nieta en la escuela.

Ella aún era joven y hermosa. Su apariencia no reflejaba en nada el sufrimiento que había pasado en la vida. Doña María del Rosario irradiaba una luz propia contagiante, incluso cuando no sonreía, a través de su delicada y gentil expresión.

Ya era así hace ocho años, cuando la conocí, y al observarla con atención, concluí que el tiempo solo le había hecho bien. Tal vez porque su doloroso pasado estaba cada vez más distante.

¿Será que vio y escuchó lo que sucedió hace un momento?

— ¿Quieres elegir el lugar? — Hice un gesto para que me guiara, indicando que la seguiría.

— La cafetería al otro lado de la calle. No voy a tardar. Lo que tengo que decir es rápido, pero no necesitamos llamar la atención frente a la escuela de las niñas.

— Está bien. — Creo que no escuchó.

Caminamos en silencio y, después de elegir la mesa y hacer el pedido, esperé a que ella tomara la iniciativa, ya que no sabía por dónde empezar.

Dudaba que Maria Alice supiera que su madre me buscaría. Por lo que recordaba, doña María del Rosario siempre había sido una leona cuando se trataba de defender a sus hijas.

Antes de decir nada, ella abrió su bolso y sacó un sobre marrón, voluminoso y algo desgastado, colocándolo sobre la mesa y empujándolo hacia mí con una de sus manos.

— Esto pertenece a su familia — el tono severo me hizo sentir ligeramente avergonzado.

No necesitaba abrir el sobre para saber de qué se trataba. Y del error que había cometido.

— Sé que su madre ya no está en este mundo. Pero puede creerme cuando digo que no falta ni un solo billete de la cantidad que ella puso ahí dentro. Nunca, ni en los momentos de mayor dificultad, pensamos en usar ese dinero.

Tragué saliva, mi mirada fija en la de ella que, contrario a lo que esperaba, no me juzgaba.

— Recogí este sobre del suelo, después de que Maria Alice lo arrojara lejos cuando su madre se lo ofreció. La hice contar cada billete, para que mi hija supiera el precio que Camille había puesto a su propia nieta, con la intención de que ella no viniera al mundo.

— ¿Qué? — De repente, mi visión se volvió borrosa. La náusea llegó con fuerza. El estómago se me retorció.

Apoyé la mano en la mesa, justo al lado del sobre, mirándolo como si ese puñado de papeles malditos fuera una bomba a punto de explotar.

— Fue mi decisión quedarme con el dinero, para que su madre no volviera a molestarnos. Si ella creía que Maria Alice no había llevado adelante el embarazo, no tendríamos que preocuparnos.

Estaba demasiado aturdido para pronunciarme.

Siempre supe que mi madre era una mujer amarga y llena de rencor. Que para ella, el estatus de un apellido, así como la cuenta bancaria de las personas, eran lo que definía si valía la pena o no prestar atención a alguien.

¿Pero quitar una vida inocente? ¿Rechazar a un niño con su propia sangre?

Jamás pensé que ella fuera capaz de algo tan cruel...

Justo ella que incentivó a Marcela a quedarse embarazada de mí a toda costa.

— Le dije a Maria Alice que, cuando sintiera la necesidad de buscarte, abriera el sobre y contara el dinero que tu madre le dio para abortar. Por eso lo tomé y, durante todo este tiempo, la única vez que ella lo abrió fue la noche en que se reencontraron en el parque.

— ¿Por qué me estás contando esto? — finalmente conseguí hablar.

— Porque mi hija está demasiado herida para dejar de lado su orgullo. Porque el único hombre que ha amado en la vida, dudó de ella en el instante en que supo la verdad. Incluso con nueve años de retraso, hizo lo que ella tanto temía en aquel entonces, cuando se sentía sola y desamparada, y fue a la mansión de los Cesarini en busca de tu apoyo.

— ¡Si hubiera sabido que estaba embarazada, jamás habría rechazado a nuestro bebé!

— ¿Qué importa eso ahora? Ella lo sabía, y fue precisamente por confiar en ti que no me contó nada, porque quería que el padre de su hija fuera el primero en saberlo. Pero él no estaba allí cuando más lo necesitaba.

— ¡No lo sabía!

— No te culpo por no saberlo en ese entonces. — Se levantó, justo cuando la camarera se acercó con nuestras tazas de café. — Te culpo por no ponerte en su lugar, en cuanto finalmente lo supiste.

— María... — Me quedé en silencio, esperando a que la camarera hiciera su trabajo.

— ¿Podría poner mi café para llevar, por favor? — La abuela de mi hija solicitó a la camarera, que asintió de inmediato, retirándose con su taza poco después. — No quería entrometerme en esta historia, Miguel. Porque tu madre lo hizo, y mira en lo que resultó. Pero cuando se trata de mis Marías, siempre estaré lista para pelear con uñas y dientes.

— ¿Qué quieres que haga?

— ¡No lastimes a mis niñas!

CAPÍTULO 20

MIGUEL

AÑOS ANTES...

— ¡Quien es vivo siempre aparece! — bromeó William, uno de los chicos con los que solía salir de fiesta en la región durante los veranos.

— ¿Qué tal? — saludé a él y a los otros muchachos.

Ya hacía algunos días que no veía a María Alice... desde que tuvimos relaciones, para ser más exacto.

No respondía a mis mensajes, ni había aparecido para la limpieza con su madre, y no sabía cómo ponerme en contacto con ella. La otra noche, cuando la llevé a casa, no permitió que me detuviera frente a su casa para que no corriéramos el riesgo de ser vistos por su madre o sus hermanas.

No sabía dónde vivía, así que solo me quedaba esperar a que ella me contactara.

¿Está huyendo de mí? Fue mi primer pensamiento dos días después de nuestro último encuentro.

Y después de algunos días más, ya no soportaba estar solo en casa. Decidí dar una vuelta por el luau, pero antes pasé por el parque, con la esperanza de encontrarla. En vano.

Mis padres aún no habían regresado a la Isla del Sol, y sospechaba que la pelea entre ellos había sido más fuerte de lo habitual, considerando que a mamá le encantaba refugiarse en la casa de la playa, y papá aprovechaba su ausencia para sus aventuras casuales.

Mientras tanto, yo solo me preocupaba por terminar la universidad para finalmente vivir solo y no ser más testigo del matrimonio fallido que ellos insistían en mantener por las apariencias.

— Marcela está por ahí — avisó William, señalando hacia otro grupo. — Preguntó por ti hace un momento.

— Gracias. — Me encogí de hombros.

Desde que terminé mi relación con Marcela, no nos habíamos vuelto a ver.

Y la verdad, ni me importaba.

Aparte del sexo increíble que teníamos, no había mucho de qué hablar entre nosotros, y odiaba el hecho de que nuestras madres, siendo mejores amigas, alimentaban la ilusión de que algún día acabaríamos casándonos.

¡Totalmente improbable!

No pensaba en casarme. No tan pronto. Y definitivamente, no con ella.

Si era para atarme a una relación fallida como la de mis padres, prefería mantenerme como un soltero convencido.

— Acabo de recordar que tengo un compromiso familiar — mentí sin ningún remordimiento, despidiéndome de los muchachos con un gesto de la mano. — ¡Estoy retrasado!

La verdad era que estaba aburrido.

Ya no parecía tan divertido pasar horas en una fiesta, bebiendo y diciendo tonterías con un montón de chicos que no se preocupaban por nada más que emborracharse y acostarse con alguna chica bonita.

Hasta hace poco, yo era exactamente como ellos.

Pero algo había cambiado.

María Alice, era el nombre de ese cambio.

— ¿Dónde te has metido, chica? — pregunté en voz alta, mientras me acercaba al coche y desactivaba la alarma.

— ¿Huyendo de mí, eh? — La voz de Marcela me hizo sobresaltarme, pues no me había dado cuenta de que se acercaba. — Quien te ha visto y quien te ve, Miguel...

Debería haber abierto la puerta del coche y largarme de allí, pero me giré, recostándome contra el vehículo mientras cruzaba los brazos, rechazando su toque.

— Marcela. No.

— ¿Por qué no? — insistió, con voz melosa y claramente borracha. — Sé que lo deseas...

— ¡No hagas esto! — La sujeté por la cintura para apartarla sin parecer un idiota, mientras ella se lanzaba sobre mí, forzando un contacto que no quería. — Estás borracha.

— Y muriéndome de ganas. Vamos a tu casa, Miguel, para que me folles bien rico...

— ¿Ya conseguiste lo que querías de mí, y ahora vas a por otra?

Mi cuerpo se tensó de inmediato en cuanto escuché la voz de María Alice.

Aprovechando que Marcela se apartó para ver de quién se trataba, me alejé, yendo detrás de la chica que pasó días sin dar señales y ahora creía tener derecho a exigirme algo.

— ¿Qué? No es nada de eso... — Ignorando a Marcela, seguí a María Alice por la playa, justo cuando me dio la espalda. — ¡Oye! ¡Vuelve aquí, celosa! No estaba haciendo nada malo.

— ¿Celosa? ¿Yo? — Rió con desdén, deteniéndose a unos pasos de distancia. — ¿Por qué tendría celos de ti? ¡No somos nada el uno para el otro!

Estábamos a unos metros del luau y, aunque no podían oírnos debido a la música alta, podíamos ser vistos por cualquiera que decidiera prestar un poco más de atención, y eso me incomodaba mucho.

— ¿Ah, sí? ¿No somos nada? — La alcancé, tomándola del brazo para evitar que huyera de mí. — ¿Estás segura de eso?

— No recuerdo que me hayas pedido ser tu novia. — Se encogió de hombros.

Exhalé con fuerza, molesto.

— ¿No recuerdas? — Me incliné sobre ella para susurrar en su oído. — ¿Y de mi polla dentro de tu coño, mientras pedías más, te acuerdas de eso?

— ¡Cretino! — Gritó, furiosa, empujándome en vano, ya que no permití que escapara de mi agarre. — ¡Suéltame, Miguel!

— Vamos a salir de aquí y a hablar. Es lo mínimo que merezco después de que me ignoraras durante días.

— ¡No te ignoré! — replicó, indignada.

— No respondiste mis mensajes ni atendiste mis llamadas.

— ¡Mi móvil se estropeó! — Dejó de forcejear y cambió el tono de voz, ya más tranquila.

— ¿Cómo iba a saberlo? — Controlé mi tono también, pues no quería pelear. Al contrario, ansiaba tener un buen momento con ella. — Tampoco apareciste para la limpieza, y no podía preguntarle a tu madre.

— Doña Camille le dijo que no volviera en los días de limpieza.

Mamá odiaba que mujeres más jóvenes y bonitas frecuentaran nuestra casa, ya que papá no era precisamente un modelo de marido ejemplar, y las consideraba a todas como rivales interesadas, dispuestas a quitarle al hombre que financiaba todos sus lujos.

Marcela era la única excepción, considerando que ambos querían que yo estuviera en una relación con ella.

— ¿Y por qué viniste al luau?

— Tenía la esperanza de encontrarte por aquí. — Desvió la mirada, haciendo que dejara de lado cualquier irritación que había despertado en mí momentos antes.

— ¿Lo ves? — Guié su barbilla con mi pulgar, haciendo que me mirara de nuevo. — Aunque no lo acordamos, ambos estamos aquí y ahora porque queríamos encontrarnos. Por casualidad. Y eso fue exactamente lo que ocurrió.

— ¿Qué? ¿Vas a decir que fue el destino? — Desafió, en un tono incrédulo.

— ¿Por qué no? — Sostuve su rostro entre mis manos. — ¡Estaba loco de ganas de verte!

No le di tiempo para que argumentara y extendiera una discusión que no nos llevaría a ninguna parte. Pegué mi boca a la suya, silenciándola con un beso que fue bien recibido en el instante en que nuestros labios se encontraron.

Si María Alice retrocedía, respetaría su rechazo. Pero las delicadas manos de la chica que

me descontrolaba cada vez que me tocaba, sujetaron las mangas de mi camiseta con tanta fuerza, como si no quisiera soltarse de mí jamás.

— Vamos al coche. — Nada a nuestro alrededor era relevante ahora que la tenía en mis brazos otra vez.

Abrí la puerta trasera, entrando y extendiendo la mano hacia María Alice, dándole la oportunidad de retroceder.

Ella no retrocedió.

CAPÍTULO 21

MARÍA ALICE

AÑOS ANTES...

Los días que pasé sin tener contacto con Miguel me dejaron inquieta y me dieron la certeza de cuánto estaba volviéndome dependiente de su presencia, de sus besos, de su toque íntimo...

Ignorando la preocupación de mamá y dejándome llevar solo por mis sentimientos hacia él, allí estaba yo otra vez, lista para entregarme de nuevo al único chico que había conquistado mi confianza y despertado mi deseo.

— Necesito entrar en ti, María Alice — gimió con urgencia, contra mis labios, mientras nos besábamos como si el mundo estuviera a punto de colapsar. — ¡Mis bolas van a explotar si sigues frotando tu coño contra mi verga de esa manera!

Dejé escapar una risa. El ego femenino hablando más alto, sintiéndome seductora y poderosa por haberlo dejado tan excitado, al punto de que me suplicara.

Todavía era inexperta. Lo poco que había experimentado fue con Miguel, y estaba ansiosa por más. ¡Con él!

Mi braga estaba empapada en menos de cinco minutos después de habernos encerrado dentro del coche.

Miguel aseguró que el tinte de las ventanas no permitiría que nos vieran a esa hora de la noche, considerando la poca iluminación del estacionamiento, y la radio sintonizada en una emisora local nos permitía soltar algunos gemidos sin llamar la atención afuera.

¿Así que sería un famoso "rapidito"?

Por mí, todo bien.

Más que bien, para ser sincera.

— Condón... — recordé lo obvio, ansiosa por tenerlo dentro de mí.

— Sí... ¡joder! Voy a correrme rápido, va a ser un desastre... — murmuró mientras me colocaba de lado en el asiento, para inclinarse hacia la guantera en busca de la cartera, de donde sacó el preservativo. — Prometo compensarte en la próxima ronda.

Mi excitación era tanta que dudaba que él alcanzara el orgasmo solo, pero no dije nada, observándolo bajar los pantalones cortos junto con los calzoncillos, exponiendo su pene sin un ápice de vergüenza.

— ¿Estás loquita por metértelo en la boca, verdad? — provocó mientras deslizaba el preservativo por toda su extensión. — Pero si me la chupas ahora, voy a hacer un desastre aquí. No va a ser bonito.

— ¡Cállate, perverso! — Puse los ojos en blanco, pero no pude contener la risa.

— Ven aquí, preciosa, déjame prepararte para recibirme. — Extendió la mano, de la misma forma que antes, cuando abrió la puerta del coche, y yo una vez más acepté, subiéndome de nuevo en su regazo.

Mi vestido era corto y suelto, la braguita de encaje diminuta, y cuando Miguel metió la mano por debajo del tejido, sentí su dedo deslizándose en mi entrada con mucha facilidad.

— Aaay... — Dejé escapar, moviendo las caderas para encontrar algo de alivio.

— Ya estás lista.

— Sí. — Cerré los ojos, agarrándome de sus hombros mientras me movía para provocarlo.

Su miembro rozaba mi vientre, por debajo del vestido, avivando mi libido que estaba en ebullición. Amaba esos momentos preliminares tanto como tener a Miguel dentro de mí.

De manera un tanto brusca, me asustó al rasgar la ropa interior, pero antes de que pudiera reaccionar, Miguel me levantó para encajar nuestros cuerpos y embistió con fuerza dentro de mí, haciéndome sentarme sobre él con intensidad.

Se precisar de mais alguma coisa, estarei aqui para ajudar!

— ¡Carajo! — Rugió, al mismo tiempo que tiraba de mi cabello por la nuca.

Grité, sorprendida y con placer, algo impactada por la intensidad del momento. No sé si era solo la atracción física, el deseo acumulado por no haberlo visto durante días, o... ¡quién sabe! Mi cuerpo entero se inundó con un placer descomunal y pensé que iba a perder el sentido en cualquier momento.

— No tienes idea de lo loco que me vuelves, María Alice — dijo cuando abrí los ojos, mirándome de una manera intensa y misteriosa que casi me emociona. — Estoy adicto a ti, ¿sabías?

Él también me volvía loca. Yo también estaba adicta a él. Sin embargo, no dije nada porque, además de eso, había tantos sentimientos involucrados y Miguel nunca fue claro conmigo.

Pero no iba a hablar de amor en ese momento.

— Soy toda tuya. — Fue mi manera de confesar que me tenía de todas las formas posibles.

Pero él no dijo lo mismo a cambio.

— ¿Estás bien? — Parecía preocupado, mientras me ayudaba a secar el cabello con una toalla extra. — Creo que fui muy brusco contigo en la ducha.

Después de la rápida en el coche, Miguel me llevó a su casa y acabamos teniendo la segunda ronda en la ducha, durante el baño. Finalmente cumplió su palabra de tenerme dura contra el suelo del box y disfruté cada segundo.

— Solo estoy cansada... y con hambre. Pero necesito irme o mi mamá se va a volver loca conmigo otra vez.

— Ni siquiera hablamos de eso.

— No. Solo tuvimos sexo. — Me encogí de hombros, alejándome para recoger mi vestido. Tendría que regresar a casa sin ropa interior.

— María... — Hizo una pausa, observándome mientras me vestía. — Te prepararé un bocadillo y luego te llevaré a casa, sin excusas esta vez. Quiero saber dónde vives, por si llegamos a perder el contacto de nuevo.

— Aún estoy sin celular. — Terminé de vestirme y me senté en la cama para ponerme las sandalias. — No tengo dinero para comprar uno nuevo ahora, solo para el mes que viene y tú ya ni estarás por aquí...

— ¡Eh! — Se acercó a mí, ya vestido con bermuda y camiseta limpias, arrodillándose y sosteniéndome el rostro entre sus manos. — ¿Por qué estás actuando así de repente? ¿Hice algo mal? Tienes que decirme...

— ¿Esto entre nosotros es solo sexo? — Claramente se sorprendió con la pregunta. — No estoy empezando una discusión. Es que después de que tuvimos sexo la primera vez, estuvimos algunos días sin vernos, y cuando nos reencontramos fue solo para tener sexo, y ahora tengo que irme y...

— No es solo sexo, ¿está bien? — Interrumpió, mirándome con seriedad. — Me gustas, María Alice. Mucho. En serio.

Tragué en seco.

— También me gustas. Más de lo que debería.

Él se rió.

— Genial. — Besó la punta de mi nariz, levantándose y llevándome con él, sosteniéndome por la cintura. — Hace poco que nos conocemos y todo ha pasado tan rápido, pero aún así, sé que nunca he sentido por nadie lo que siento cuando estoy contigo... y cuando estamos lejos también. ¿Eso te deja más tranquila?

Asentí.

Aún no era una propuesta de noviazgo, pero tenía tanta importancia como.

— No pienses en el final de la temporada de verano. Aprovechemos el ahora.

No me gustaba en absoluto esa opción, pero era lo que tenía disponible en ese momento.

— Necesito irme — di el asunto por terminado.

— Te llevo, pero antes... — Se apartó para ir a la cómoda al lado de la cama, de donde sacó un teléfono móvil. — Quédate con mi celular antiguo, lo cambié hace unos dos meses y se quedó olvidado en el cajón.

— ¡Ni pensarlo! — Negué con la cabeza con vehemencia.

— Préstamo, hasta que compres otro. ¿Qué te parece? — Tomó mi mano, haciéndome sostener el aparato. — No puedo quedarme sin hablar contigo.

Lo pensé por un instante y terminé cediendo a mi orgullo, porque tampoco quería perder el contacto, ni pedir prestado el celular de mis curiosas hermanas.

— En cuanto compre otro, te lo devuelvo. — Puse los ojos en blanco, pero lo abracé después. — Gracias. Pero ahora, realmente tengo que irme a casa.

— Vamos, te llevo.

— ¿Pero qué es esto? — El grito de doña Camille me hizo apartarme de Miguel para esconderme detrás de él. — ¿Qué clase de vulgaridad es esta, Miguel Cesarini?

La madre de Miguel acababa de entrar en la habitación y agradecí a todas las divinidades el hecho de que estuviéramos vestidos, independientemente de que la habitación estuviera hecha un desastre y oliendo a sexo.

¡Qué vergüenza!

— No hay ninguna vulgaridad aquí, doña Camille — Miguel actuó con indiferencia, lo que me puso aún más nerviosa. — No necesitas gritar así, ya no soy un niño.

— ¡Maldito mocoso! — vociferó aún más alto. — ¡Un pervertido igual que tu padre! ¿Y quién es la ramera que has traído a mi casa?

— Aquí no hay ninguna ramera. — Me mantuvo detrás de él. — Y ya nos estamos yendo, así que puedes dejar de armar escándalo.

A pesar de defenderme, Miguel mantenía un tono calmado y bajo con su madre.

— ¡Tú, zorrita! — Siguió gritando. — ¿Quién te crees que eres para entrar en mi casa, eh? ¿Tu madre no te enseñó a tener moral? ¿Crees que vas a atraparlo con un embarazo, sinvergüenza descarada?

Debía decir algo, pero estaba paralizada por el shock.

Nunca nadie me había hablado así.

Nunca me habían insultado tanto.

— ¡Para con eso, mamá! — Se giró para sostenerme en sus brazos, caminando lentamente hacia la puerta.

Teníamos que pasar por ella, y eso me asustó.

¿Y si me golpea?

— ¡Conozco a esa! — siseó, siguiéndonos fuera de la habitación, mientras Miguel y yo acelerábamos el paso hacia las escaleras. — ¿La hija de la criada, Miguel? ¡Cómo pudiste rebajarte tanto por una raja, idiota!

— No escuches sus tonterías, vamos a irnos — murmuró, besando la parte superior de mi cabeza.

Tragué el llanto, tratando de no derrumbarme delante de Miguel. Incluso cuando entramos

en el coche, logré contenerme, porque no quería quebrarme frente a él.

Finalmente entendí por qué todos hablaban tan mal de Camille Cesarini.

Era una persona realmente detestable.

— ¡Mierda! Perdóname, no te mereces nada de esto — parecía tan desolado como yo, la diferencia es que él se permitió demostrarlo.

Me lancé a sus brazos, y permanecí en silencio, pero escuché su llanto contenido y esperé a que se recompusiera.

El trayecto hasta mi casa fue silencioso y melancólico.

Antes de bajar, lo abracé una última vez.

— Todo estará bien, no te preocupes.

— Yo debería estar consolándote a ti, María Alice.

— Envíame un mensaje cuando llegues a casa. — Abrí la puerta del coche y me quité el cinturón de seguridad. — Voy a cambiar la tarjeta SIM del celular.

— Perdón...

— Deja de disculparte por el error de otra persona. — Me incliné para besarlo, lo que, sin saberlo, sería la última vez.

— Miguel Cesarini... — escuché decir a mamá, en cuanto entré en casa. — ¿No podía ser alguien con una madre normal? ¿Tenía que involucrarse justo con el hijo de la loca Camille Cesarini?

Estaba sentada en el sofá y su tono no era de reprimenda, a pesar del comentario.

— ¿Será que solo por hoy puede ahorrarse el sermón sobre eso? — Mis ojos se llenaron de lágrimas y fui hacia ella en busca de un abrazo.

— Ey... ¿esa mujer te dijo alguna tontería? — Abrió los brazos para recibirme.

— Ay, mamá...

Poco sabía yo que, en unas semanas, mi vida cambiaría por completo.

CAPÍTULO 22

MARÍA ALICE

DIAS ACTUALES...

— Oye, ¿qué pasó? — Mi corazón se encogió al ver a mi hija entrar por la puerta de casa, con la cabeza gacha.

Busqué la respuesta en mamá, pero su mirada me decía que no había logrado sacar ninguna información de su nieta, lo cual rara vez ocurría, ya que ella era prácticamente la terapeuta de la familia, donde todas nosotras, incluida mi hija, desahogábamos nuestros problemas.

— Estoy cansada, solo eso. — Dejó la mochila sobre el sofá y se acercó a mí, abrazándome por la cintura. — Creo que no quiero ir al parque hoy. Ya le di mis felicitaciones a Julinha en la escuela.

Mamá me señaló que se retiraría y asentí, quedándome a solas con María Victoria.

— Hija... — Me aparté para observarla y sus ojitos llorosos me pusieron en alerta. Me agaché para que quedáramos cara a cara y sujeté su carita entre mis manos. — ¿Puedes confiar en mamá y contarle qué te ha molestado?

— Me da vergüenza... — una lágrima escapó de sus ojos. — No sabía que el señor Miguel se enojaría porque lo llamé tío...

— ¿Señor Miguel? — Mis ojos se abrieron de par en par, pero apenas tuve tiempo de procesar la información, porque María Victoria sucumbió al llanto y se arrojó en mis brazos, sollozando. — Oh, mi amor. Mamá está aquí, querida.

Abracé a María Victoria con toda la protección que podía ofrecerle.

Zeus se levantó de la alfombra y se acercó, angustiado por ver a su persona favorita llorar. Sin saber qué hacer, el labrador rozó su hocico en el rostro de María Victoria, intentando lamerle las lágrimas a mi hija.

No pasó mucho tiempo antes de que yo también sucumbiera a la tristeza, sintiéndome impotente al verla tan herida.

Pero pronto mi impotencia se transformó en ira.

— ¿Qué hizo Miguel, hija?

— No soy chismosa... — murmuró todavía llorosa, aunque un poco más tranquila, apartándose de mí para abrazar a Zeus y calmarlo.

— No se trata de chisme, querida. — Me levanté, resoplando de rabia. — ¿Te gritó?

— No fue exactamente gritar...

— ¡Solo eso me faltaba! — Apoyé las manos en la cintura, tratando de contar mentalmente

hasta diez, en vano.

¿Quién se cree que es para tratar mal a mi hija?

— Oye, ¿qué está pasando aquí? — María Clara se detuvo en la puerta, junto a María Flor.

Acababan de llegar de la agencia.

— Quédense con mi hija, por favor. — Con pasos largos, pasé por ellas sin dar ninguna explicación.

— ¡Oye, hermana! — Escuché a María Flor, pero estaba tan furiosa que no le presté atención.

Abrí la puerta de casa con tanta fuerza que no noté la presencia de alguien tan cerca, haciendo imposible evitar chocar contra el cuerpo de la otra persona.

¡Miguel!

— Tranquila, bonita...

— ¡Bonita es tu cara dura! — Repliqué, aún más irritada al darme cuenta de que el insulto sonó más como un cumplido. — ¡No me toques!

Me esforcé por liberarme de sus manos y casi caí sentada en el suelo, de no haber sido porque él me sujetó firmemente por los brazos.

— Puedo explicarlo...

— Entonces sabes la mierda que hiciste. — Dejé de retorcerme, mirándolo con rabia contenida. — ¡Mi hija está desolada por tu culpa!

Él me soltó, súbitamente impotente.

— ¡No quiero que María Victoria me llame tío, cuando estoy ansioso por que me llame papá! — Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago.

— ¿Estás segura de que está todo bien? — Entrelacé los dedos con mi hija, mientras ella sostenía la correa de Zeus con la otra mano.

A pesar de ser un perro muy dócil, Zeus solo estaba suelto en nuestro patio o durante los minutos de juego en la orilla del mar. Como el parque siempre estaba lleno de niños y adultos, con música y bullicio, juguetes y luces coloridas, prefería no correr el riesgo de perderlo o de que se asustara con tanta información.

— Sí, mamá. — La sonrisa de María Victoria era genuina y reconfortó mi corazón, que había estado apretado desde que se había desmoronado llorando en mis brazos más temprano. — Ya no tengo vergüenza de Miguel.

— Qué bien, mi amor. Porque él quiere hablar contigo y con Julinha para contarles algo muy importante.

— ¡Lo sé! ¡Estoy tan curiosa!

Horas antes, cuando dejé a María Victoria en la sala con sus tías para enfrentar a Miguel, no podía prever que todo ese ambiente tenso se revertiría. Mucho menos después de nuestra discusión en la Playa de la Soledad días antes, cuando simplemente lo abandoné y huí.

Pero por el bien de nuestras hijas, hicimos una tregua.

Era el cumpleaños de Julia y la niña también se había molestado con el episodio en la puerta de la escuela. Sin embargo, Miguel ya había hablado con ella y, cuando nos encontramos frente a mi casa, él estaba yendo a disculparse con María Victoria personalmente.

No lo permití.

No lo quería en mi casa. Nuestro lugar seguro. El hogar donde crié a María Victoria junto con mamá y mis hermanas, con todo el amor y dedicación que ella merecía.

Ningún hombre frecuentaba la casa de las Marías.

Entonces, él escribió una nota y me pidió que se la entregara a María Victoria, con una condición:

— No puedes leer la nota. Esto es entre ella y yo.

— ¿Crees que confío en ti para hacer algo así?

— Sé que no, pero te pido el beneficio de la duda.

Y ahí estábamos, para encontrarnos con Miguel y Julinha, en el parque de la orilla.

Y esa misma noche, les contaríamos a las niñas que eran hermanas.

CAPÍTULO 23

MIGUEL

DÍAS ACTUALES...

Por un momento pensé que lo había arruinado todo. Lastimar a mis hijas era lo último que deseaba en la vida y, ver a María Alice angustiada y furiosa conmigo, aunque estaba jodidamente sexy, me llenó de miedo. Miedo de que no me permitiera acercarme a María Victoria. De no poder contarle la verdad de que yo era su padre.

Después del breve encuentro con María del Rosario, ya estaba lo suficientemente arrepentido por la forma en que traté a la madre de mi hija cuando hablamos en la Playa de la Soledad. Sabiendo la madre que tuve, nunca debería haber dudado de María Alice en lo que respecta a aquel sobre con dinero.

¡Fui un imbécil!

— Están muy guapas, ¿verdad, papá? — la pregunta de Julia me sacó del ensueño mientras observaba a María madre y María hija, así como a Zeus, acercándose a nuestro encuentro en el parque de la orilla. — Parecen princesas de cuentos de hadas.

Habíamos acordado encontrarnos frente al carrusel a las siete de la tarde, y ellas fueron muy puntuales. Julinha y yo estábamos sentados en una de las mesas de la pequeña plaza reservada para la comida, donde los turistas podían comprar diversas golosinas en los food trucks o traer bocadillos de casa para comer allí. Sobre nuestra mesa, había un bonito pastel de chocolate que encargué especialmente para esa ocasión, además de algunos globos inflados con helio, atados a mi muñeca con cintas de colores.

Sería una celebración sencilla, pero con un enorme significado para Julinha, que nunca había tenido una fiesta de cumpleaños antes, pero que esta vez pudo elegir cómo celebrarlo.

— Tú también pareces una princesa de cuentos de hadas. Soy un hombre con suerte, ¿verdad?

Coincidentemente, Julia también llevaba un vestido floral, en negro y dorado, en un modelo muy similar al de María Victoria. Estaba demasiado emocionada por jugar en el parque con su nueva mejor amiga, pero principalmente porque finalmente conocería a Zeus.

Después de nuestra conversación de esta mañana, en la que le expliqué que ya me había disculpado con María Victoria por el malentendido en la escuela, Julia volvió a sonreír, como me encantaba que lo hiciera.

— Ya no habrá bruja malvada en nuestra historia, ¿verdad? — Apretó mi mano, que descansaba sobre la mesa, mirándome con su hermoso par de ojos azules e inocentes.

— Esa historia ya terminó, hija. — Me incliné para besarle la cabeza. — Ahora estamos comenzando una nueva, y tú eres la princesa preciosa. Nadie te hará daño, porque papá estará listo para derrotar a cualquier villano. Bruja o monstruo.

— ¡Entonces eres mi héroe, papá! — Saltó de la silla y se acercó para darme un abrazo que correspondí emocionado.

Todavía le debía mucho a mi hija. Y tal vez nada de lo que hiciera podría compensar los años en los que fui negligente, pero viviría cada día, hasta mi último suspiro, siendo el mejor padre que ella podría tener.

Lo mismo valía para María Victoria. Aunque no sabía de su existencia, quería poder compensar los años de ausencia, y no veía la hora de decirle que podría contar conmigo para todos los momentos, que mientras viviera, tendría al mejor padre.

En lo que dependiera de mí, mis hijas tendrían recuerdos maravillosos, aunque no fuéramos una familia tradicional de anuncios de margarina.

— ¡Buenas noches! — La llegada de mis otras chicas especiales fue anunciada por María Alice.

Estaba deslumbrante con un vestido floral amarillo, que realmente la hacía parecer una princesa, con la diferencia de que el largo del vestido era un poco por encima de la rodilla.

El generoso escote me hizo recordar viejos tiempos y fantasear por unos segundos cómo sería tenerla nuevamente desnuda en mi cama, ardiente y entregada a la pasión que sentíamos el uno por el otro en el pasado.

— Estábamos esperando por ustedes — respondí sin pensar, sintiéndome culpable por tener pensamientos tan inapropiados en presencia de mis dos hijas. — Gracias por venir.

— ¿Puedo recibir un abrazo de la cumpleañera más linda de esta noche? — María Alice abrió los brazos y, por un segundo, me tensé pensando que Julinha se sentiría retraída. — ¡Felicidades por un año más de vida, princesa!

Para mi sorpresa y alegría, Julia esbozó una gran sonrisa y rodeó la mesa, acercándose a María Alice y aceptando de buen grado el gesto cariñoso.

— Estoy muy feliz de que hayan venido. — Rodeó con sus bracitos a María Alice. — ¡Muchas gracias! ¡Trajimos un pastel para que lo compartan con nosotros!

— Menos mal que no cené — bromeó María Alice, emocionándose profundamente. — Aquí, María Victoria y yo elegimos un regalo precioso, y esperamos que te guste.

— ¿Puedo abrirlo ahora? Julinha aceptó la bonita bolsa de papel, donde se destacaba un enorme lazo lila.

— Eh, primero dame un abrazo — protestó María Victoria, que se mantenía atenta a un inquieto labrador, nada contento de estar atado a una correa. — ¡Y ven a conocer a Zeus!

— ¡Es enorme! — Julia se apartó de María Alice para abrazar a su hermana antes de acariciar al perro, que inmediatamente se animó con la atención recibida, lamiendo su mano libre. — Hola, Zeus, soy Julinha, amiga de M.V...

— ¿M.V.? — Fruncí el ceño mientras me levantaba para saludarlas adecuadamente.

— Es mi apodo — explicó María Victoria, acariciando también el pelaje dorado de Zeus.

— ¿Desde cuándo? — intervino María Alice.

— Yo lo inventé — explicó Julia. — Porque hay demasiadas Marías para que me acuerde de todas si vamos a ser amigas.

— ¿Entonces yo soy M.A.?

— ¿Puede ser? — Julia esperó la respuesta con cierta inseguridad.

— Por mí, está bien, siempre y cuando consiga un trozo de pastel de chocolate.

— ¿Qué les parece si nos sentamos? — sugerí, volviendo a la mesa para organizar los platos desechables y las servilletas. — Tendremos que comprar jugo en uno de los puestos, porque olvidé traerlo.

— ¡Voy a abrir mi regalo ahora!

— ¡Después lavaremos las manos! — María Alice sostuvo la correa de Zeus para que María Victoria y Julinha pudieran sentarse y abrir el regalo.

— ¿Nerviosa? — le pregunté en un susurro mientras las niñas se entretenían con el presente.

— Curiosamente, no. — Fue sincera.

— ¡Mira, papá, qué belleza! Es una cajita de música con un carrusel. — Julinha exhibía su regalo y una hermosa sonrisa, emocionada. — ¡Dios mío, me encanta! Gracias, M.V.

Ver a mis hijas abrazarse me hizo sentir un nudo en la garganta.

— Todo va a estar bien. — La mirada de María Alice se encontró con la mía, y su mano sostuvo la mía sobre la mesa. — ¿Nervioso?

— Curiosamente, no.

Después de cantar cumpleaños, comer pastel y beber jugo, María Alice me ayudó a recoger todo y tirarlo en la basura para que pudiéramos disfrutar del parque. Con la presencia de Zeus, no fue posible que los cuatro estuviéramos juntos, pero ella se ofreció a ser la compañía del labrador para que yo pudiera tener un momento con las niñas en las atracciones, además de convertirse en la nueva guardiana de los globos de helio.

— ¿No se cansan? — Miré a mis hijas, sentadas frente a mí en la cabina de la rueda de la fortuna.

Ambas rieron, negando con la cabeza.

Después del carrusel, la casa del terror y otras atracciones cuyo nombre ni siquiera conocía, eligieron la rueda de la fortuna como la última atracción del parque, porque querían terminar la fiesta de cumpleaños jugando con Zeus y los globos junto al mar.

Yo ya estaba agotado, y ellas llenas de energía.

— ¿Ya quieres ir a casa, papá?

— No, solo me preocupa cuánto chocolate han comido y si podrán dormir bien esta noche.

— Tranquilo, señor Miguel. Después de jugar con Zeus, vamos a estar súper cansadas — argumentó María Victoria.

Ni siquiera parecía la niña triste a la que había lastimado esa misma mañana.

— ¿Señor Miguel? — Puse cara de sorpresa, cuidando de no parecer grosero. — ¿Ya tengo cara de abuelo? ¿Qué piensan?

Ellas rieron de nuevo.

— Julinha te llamó señor y a veces yo le digo señora a mamá. Ni siquiera mi abuela María del Rosario parece abuela aún, ¿sabes? Es bastante joven y guapa.

— Es cierto, todavía somos todos jóvenes y guapos. Pero en cuanto bajemos de la rueda de la fortuna, tengo una sorpresa... y entonces sabrás exactamente cómo podrás llamarme de ahora en adelante, ¿de acuerdo, María Victoria?

— ¿Es una sorpresa solo para ella, papá? — Julinha parecía preocupada.

— ¡Es para las dos! La misma sorpresa, pero con regalos diferentes.

— ¡No puedo esperar! — María Victoria aplaudió y Julinha la acompañó.

— Yo tampoco, querida.

CAPÍTULO 24

MARÍA ALICE

DIAS ACTUALES...

— Hace nueve años, estuve en la Isla del Sol por un tiempo y conocí a tu mamá. Ya era tan bonita como ahora, ¿sabes? — Miguel mantenía la mirada fija en las niñas mientras comenzaba a contar nuestra historia. — Y cantaba muy mal.

De común acuerdo, él quedó encargado de ser el portavoz de la “sorpresa”.

Yo estaba allí, sentada a su lado en la arena de la playa, como espectadora y apoyo, en caso de que necesitara ayuda con las niñas.

Parecía lo correcto que fuera de esa manera, pues era Miguel quien necesitaba conectar con María Victoria y manejar la receptividad de Julinha respecto a tener una hermana.

Ya le había quitado tanto.

Ahora pondríamos todo en su lugar.

— Ella sigue cantando mal — reveló María Victoria, y todos nos echamos a reír.

— ¡Culpable! — Levanté las manos en señal de rendición.

— Vinimos varias veces a este parque, la rueda de la fortuna era nuestro juego favorito — continuó Miguel. — Pero no pude quedarme en la Isla del Sol hasta el final del verano, así que tuve que irme antes de tiempo. Quería mucho despedirme de María Alice, pero ocurrieron algunas cosas y no pude.

Hizo una breve pausa y desvió la mirada de las niñas para encontrarse con la mía por un instante.

No habíamos hablado de eso. Todavía quedaban algunas lagunas por llenar, pero en ese momento, María Victoria y Julinha eran la prioridad.

Lo que el destino tuviera preparado para nosotros dos tendría que esperar.

— Antes de conocer a tu mamá — retomó él —, ya conocía a la mamá de Julinha. Era una amiga de la familia.

Hizo otra pausa.

Realmente era delicado.

Apreté su brazo suavemente, como un incentivo para que continuara.

Las niñas estaban atentas, sus miradas fijas en su padre, como si él estuviera leyendo un libro nuevo cuya historia aún no conocían y anhelaran conocer el final.

— Cuando volví a mi ciudad, la mamá de Julinha me contó que estaba embarazada y que

yo sería papá. Y aunque estaba asustado, quería mucho conocer a ese bebé, saber si sería niño o niña, si se parecería a mí. Ya amaba a Julinha antes incluso de que naciera.

Entonces, por eso no volvió...

Inhalé profundamente antes de soltar el aire de mis pulmones, sintiendo que mis ojos ardían, pero controlándome para no llorar frente a las niñas.

— No sabía que aquí en la Isla del Sol había dejado un bebé creciendo en el vientre de María Alice.

Las niñas se miraron con los ojos muy abiertos y las bocas entreabiertas, y contuve la respiración por un instante, esperando lo que vendría a continuación.

— ¿Ese bebé era yo? — María Victoria no tardó en manifestarse. Y la sonrisa tímida en sus labios revelaba la expectativa. — ¿Tú también eres mi papá?

— Sí, querida. Yo también soy tu papá.

Memoricé la escena ante mí, emocionada.

Ni en mis sueños más esperanzadores habría imaginado ese momento.

Ni lo que vino después:

— Entonces, ¿Julinha es mi hermana?

— Entonces, ¿María Victoria es mi hermana?

La pregunta de las niñas fue simultánea, y Miguel buscó mi mirada.

Una ligera sonrisa en sus labios parecía decirme en silencio: finalmente conté la verdad y creo que todo salió bien.

— Sí, ustedes son hermanas — les di la certeza que buscaban.

Desvié la mirada de Miguel y miré a mi hija, cuyos ojos brillaban con lágrimas que estaban a punto de derramarse.

— ¡Eso significa que mi deseo de cumpleaños finalmente se cumplió! — Se giró hacia Julia, sonriendo ampliamente.

— ¡El mío también! — Fue la respuesta de la niña.

Tanto Miguel como yo observamos a nuestras hijas levantarse rápidamente y abrazarse mientras daban pequeños saltos efusivos, lo que agitó a Zeus, quien quería unirse a ellas en la celebración.

Acabé soltando la correa, ya que estábamos en la orilla del mar y a Zeus le encantaba correr por la playa.

— ¿Qué fue lo que pediste, querida? — Me levanté, limpiando el vestido y las piernas de toda la arena que se me había pegado.

Miguel aún permanecía de rodillas, mirando a las niñas un tanto desconcertado por la emoción.

— Pedí un papá y una hermanita — confesó María Victoria, y mi corazón parecía que se iba a salir por la boca.

— ¿Y tú, Julinha?

— Yo pedí una nueva mamá buena y una hermana para ser mi mejor amiga.

— Oh... — me quedé sin palabras.

Miguel volvió a mirarme, tan boquiabierto como yo.

— Si ahora usted es mi papá, ¿quiere decir que podrá salir con mi mamá? — María Victoria se acercó a Miguel, quedando a un palmo de distancia.

— Si tú sales con la mamá de María Victoria, ¿ella puede ser mi nueva mamá también? — Julia se plantó al lado de su hermana.

— Niñas, ¡su papá y yo no somos novios! — Ante el comprensible silencio de Miguel, pensé que era conveniente ayudarlo a salir de esa delicada situación.

— Pero él me pidió salir con usted — argumentó María Victoria. — ¡Y yo voy a dejarlo!

— ¿Cuándo?

— ¡En la nota! — Sacó el pedazo de papel doblado del discreto bolsillo en el forro de su vestido y me lo entregó.

Ignoré a Miguel, que acababa de ponerse de pie, y centré mi atención en las palabras escritas con una bonita caligrafía, bajo la tenue iluminación de los postes en el paseo marítimo.

“Querida María Victoria:

No puedo ser tu tío, porque tengo un secreto: quiero ser el novio de tu mamá.

¿Me das permiso?

No le digas nada por ahora. Es una sorpresa.

Perdóname por lo de esta mañana.

Nos vemos en el parque, y puedes llevar a Zeus.”

— ¿Y entonces? — Fue Julinha quien rompió el silencio ante mi falta de reacción.

— ¿Puedo hablar contigo en privado? — Extendí la mano hacia Julia. — Vamos a dejar que Miguel y María Victoria hablen un ratito, ¿está bien?

— ¿Hice algo mal? — Parecía asustada, y el semblante de Miguel se tornó preocupado.

— ¡Claro que no, querida! — Respondí despreocupadamente. — Pero ya que tu papá envió una nota secreta a tu hermana, yo también quiero compartir un secreto contigo. ¿Aceptas?

— ¡Ay, mamá! Así no vale, me va a matar la curiosidad.

— Eres una pillina. Hablaremos en casa. — Entrecerré los ojos, devolviéndole la nota y continuando mi deliberado desdén hacia Miguel.

— Luego te lo cuento — susurró Julia a su hermana, y Miguel soltó una carcajada.

— Vamos, Julinha. — Le extendí la mano a la niña y nos alejamos, seguidas por Zeus.

Quería que Miguel tuviera un momento a solas con María Victoria, pero también aprovecharía la ocasión para abrir mi corazón con Julia. En cuanto nos detuvimos, me arrodillé en la arena y la sujeté por la cintura, dándole una sonrisa amistosa para que no se preocupara.

Ella se parecía mucho a María Victoria, tanto que me hacía imaginar cómo habría sido si hubiera dado a luz a gemelas. Julia parecía ser una niña dulce y, aunque aún no sabía quién era su madre ni las circunstancias de su relación con Miguel, quería que supiera que jamás intentaría ocupar el lugar que su madre tuvo en la vida de su padre.

— ¿Te gustó saber que María Victoria es tu hermana?

— ¡Mucho! ¡Ahora podrá ser mi mejor amiga para siempre!

— Eso me hace muy feliz, ¿sabes? — ella asintió. — Y quiero que sepas que yo también puedo ser tu amiga. Eres muy bienvenida en mi casa, y me encantaría salir contigo y con María Victoria. Podemos ir al cine y al centro comercial, incluso al salón de belleza...

— ¿En serio? — Sus ojitos brillaban de emoción.

— ¡Claro! Y hacer fiestas de pijamas en mi casa. Estoy segura de que a mi mamá y a mis hermanas les encantarás, y querrán ser tus amigas también. Ellas son muy amables.

— ¡Gracias, M.A.! — Extendió sus bracitos, envolviendo mi cuello en un abrazo. — Prometo ser una gran amiga para todas las Marías. ¡Incluso voy a aprenderme todos los nombres!

Solté una risita, emocionada por su dulzura e inocencia.

— Les encantarán los apodos. — Devolví el abrazo, apartándome para mirarla. — ¿Sabías que mis hermanas y yo tenemos papás diferentes?

Su boquita se abrió en un "oh".

— Nuestra mamá es la misma. Y yo soy la hija mayor. Así que cuando nació María Flor, tenía miedo de que mamá no me amara más, porque tenía otro bebé que cuidar. Y después nació María Clara. Pero aun así, ella siguió amándome, porque también soy muy especial.

— ¡Qué bonito! ¿Entonces las tres son especiales, por eso las ama a todas?

— Exactamente. — Acaricié su mejilla. — Y tanto tú como María Victoria son especiales

para Miguel. Así que está bien que él las ame a las dos ahora. Y María Victoria ya te amaba como mejor amiga, y sé que te amará aún más como hermana. Porque eres muy especial.

— ¿Tú podrías amarme también? — Sus ojos se llenaron de lágrimas, y los míos también.
— ¿Puedo ser especial para ti?

¿Qué te pasó, pequeña?

Por un momento, no pude expresar con palabras lo que mi corazón estaba sintiendo. Pero no necesité mucho tiempo para darle a Julia la respuesta que tanto ansiaba.

— Ya eres especial para mí, querida. Y aunque yo no sea tu mamá, eso no me impide amarte. — Invasión por un poco de melancolía, como si un sexto sentido me avisara de que esa conversación ocultaba algo triste, opté por terminar ahí, y Zeus apareció en el momento justo. — ¡Zeus, ven aquí a darle una lamida a tu nueva mejor amiga!

— Ah, ¿no es adorable? — El semblante de Julia cambió, y se apartó del abrazo para recibir el cariño del labrador.

— ¡Mira, Zeus ya te ama también!

CAPÍTULO 25

MIGUEL

DÍAS ACTUALES...

— ¿De qué crees que estarán hablando? — María Victoria observaba a su madre alejarse con Julia y parecía a punto de correr hacia ellas.

— Julinha dijo que te lo contaría después. — Le tomé las manos pequeñas y delicadas. — Mientras tanto, también podemos hablar, ¿qué te parece?

— ¿De verdad eres mi papá? ¿No dijiste eso solo porque quieres salir con mi mamá?

— Soy tu papá. Y lo supe en cuanto te vi esa noche en el parque. Solo estaba esperando el momento adecuado para decírtelo. Por eso, cuando me llamaste tío Miguel, terminé diciendo eso sin pensar bien. Quería escucharte llamándome papá. ¿Puedes perdonarme?

Ella asintió, comenzando a balancear nuestras manos.

— Estoy feliz de tener un papá tan guapo y genial. ¡Y también gané una hermana! Pedí este deseo durante tres cumpleaños. — Se encogió de hombros, continuando con su charla. — Al final, no tardó tanto en hacerse realidad. Mi tía María Clara ya es adulta y todavía no conoce a su papá... Nunca se lo dije a mamá, pero yo pensaba que mi papá ya se había convertido en estrella, al igual que el de ella.

Tragué en seco, admirado por la perspicacia de la pequeña.

— Si Dios me lo permite, no me convertiré en estrella tan pronto. Quiero verte a ti y a Julinha crecer, y estar presente en todos tus cumpleaños.

Inhalé profundamente, sabiendo que la emoción me haría llorar en cualquier momento.

— Gracias por hacer realidad mi deseo de cumpleaños, papá. — Soltó mis manos, sorprendiéndome al inclinarse para abrazarme. — Promete que no te irás más de la Isla del Sol. Que te quedarás conmigo y con Julinha para siempre. No quiero separarme de ella...

— Lo prometo, mi amor. — La apreté contra mis brazos, cediendo a las lágrimas sin ninguna vergüenza. — Estoy muy feliz de que seas mi hija. Al igual que Julinha, eres el mejor regalo que he recibido en la vida.

— ¡Buenos días, vecina! — saludé a María Alice justo cuando cerraba la puerta de su casa, con Zeus a su lado, sujeto por la correa.

— Buenos días, vecino — murmuró, algo somnolienta. — ¿Qué haces despierto a esta hora? Pensé que aprovecharías tu descanso paterno para dormir un poco más.

Después de toda la comida, juegos y revelaciones de la noche anterior, mis hijas

prácticamente rogaron para que Julia se quedara a dormir en casa de las Marías. Aunque al principio me mostré reacio, cedí a la petición de las niñas cuando María Alice intervino apoyándolas. Ahora que sabían la verdad, querían recuperar el tiempo perdido, y confieso que verlas tan unidas y apegadas me hacía extremadamente feliz.

Terminé regresando a casa solo y pasé la noche inquieto, sin poder dormir bien, preocupado de que Julia pudiera extrañar el nuevo ambiente y me llamara para que la recogiera en cualquier momento.

Pero eso no sucedió.

— Le di el día libre a Saulo y estoy solo en casa. Aburrido. Decidí confiar en la suerte de que tal vez reanudaras tus caminatas matutinas en el horario habitual, ya que no tienes que huir de mí. Parece que el destino me ha favorecido nuevamente.

Ella se encogió de hombros y comenzó a caminar. Me puse a su lado en silencio, disfrutando de su presencia y de la temperatura agradable de esa mañana fresca.

— Recuerda no permitir que tus hijas se atiborren de chocolate por la noche — comentó con buen humor. — Ya pasé la edad de quedarme hasta tarde charlando con mis hermanas. Me siento como si me hubiera pasado un tractor por encima.

No pude evitar reírme.

— ¡Todavía no has llegado a los treinta, mujer! ¿Julia te dio mucho trabajo? Normalmente se duerme temprano. Ayer fue una noche atípica.

— Julia es un encanto de niña. Se bañaron juntas en la bañera de la abuela, que solo no se metió porque no cabrían las tres. Mis hermanas están encantadas con ella. En ningún momento fue incómodo, ni para Julia ni para nosotras. No te preocupes.

— Es imposible no preocuparme — exhalé un suspiro, sintiendo una ola de alivio inundarme por completo.

— Estaban tan felices de descubrir que eran hermanas, que pasaron horas conversando, incluso acostadas en la cama. Creo que ya pasaban de las dos de la madrugada cuando finalmente se rindieron al sueño.

— Gracias por recibir a mi hija en tu casa. Y por tratarla con tanto cariño.

Nos acercábamos al paseo marítimo, donde María Alice solía correr antes de jugar con Zeus en la playa.

— Julia es solo una niña, Miguel — se detuvo, mirándome con seriedad. — Jamás desquitaría en ella cualquier resentimiento que sienta por ti respecto a nuestra historia. No tiene la culpa de nada, ¡y ya le tengo mucho cariño, sin más!

— Todavía tenemos que hablar...

— No sé si estoy lista para eso — interrumpió. — La prioridad ahora son nuestras niñas.

— Siempre.

Sin decir nada más, María Alice silbó a Zeus y luego comenzaron a caminar por el paseo, acelerando el ritmo hasta iniciar una carrera. Esperé un poco antes de seguirlos y no tardé mucho en alcanzarlos.

Fue reconfortante estar en su presencia, aunque el ambiente entre nosotros todavía fuera delicado. Sabía que María Alice necesitaba respuestas para llenar todas las lagunas del pasado, especialmente sobre por qué no me despedí cuando me fui y el origen de Julia.

Y eso significaba que en algún momento tendría que hablar sobre Marcela.

— ¡Vamos, Zeus! — grité como incentivo, justo cuando lancé la rama lejos para que él fuera a buscarla.

Después de terminar nuestra caminata, nos quitamos los zapatos y fuimos hacia la orilla del mar.

María Alice llevaba sus shorts de correr y una camiseta ancha sobre el bikini, y no podía dejar de admirarla, fantaseando despierto cómo sería debajo de esas telas.

Su cabello rubio, tan dorado como el mío, ahora caía suelto, y todo lo que más deseaba en ese momento era enterrar mi mano entre sus mechones, sujetándolos por la nuca mientras la devoraba con un beso lleno de nostalgia.

La quería de vuelta. Esa certeza se volvía cada vez más concreta cada vez que ella sonreía, parpadeaba o incluso respiraba. Me tomó nueve años reunir el valor para regresar a la Isla del Sol, pero solo unos días para que todos mis sentimientos hacia esa mujer despertaran de nuevo.

Por circunstancias familiares, el embarazo de Marcela y todos los problemas conyugales que vinieron después... el complicado divorcio... Anulé todos mis sueños para agradar a personas que nunca se preocuparon realmente por mí, y ¿en qué resultó eso?

Las tres personas que merecían lo mejor de mí fueron las que terminaron sufriendo por todas las decisiones equivocadas que tomé.

— ¿Todo bien? — No vi a María Alice acercarse y solo entonces me di cuenta de que Zeus estaba parado frente a mí, con la rama en la boca, esperando que continuara con el juego.

— Quiero besarte.

Su semblante se endureció de inmediato y entonces me di cuenta de que había dicho en voz alta lo que debería haber sido solo un pensamiento.

— Pero no puedes. — Se agachó para poner la correa en el collar del labrador. — Vamos, Zeus, es hora de volver a casa.

— María...

— Solo déjame ir, Miguel.

Exhalé un suspiro, observándola recoger sus tenis y caminar junto a Zeus en dirección al

paseo marítimo.

— ¡Mierda, Miguel! ¿Tenías que poner el carro delante de los caballos, hombre?

— ¿Por qué no vino tu mamá? — preguntó Julia a María Victoria, justo cuando ella se acomodó al lado de su hermana en el asiento trasero de mi coche.

— Tuvo que ayudar a mis tías en el trabajo — explicó, mientras yo cerraba su cinturón de seguridad antes de tomar el volante.

— ¡Qué pena!

— Pero ella vendrá al picnic con nosotros mañana.

Habían pasado dos semanas desde que nos convertimos en una familia. Aunque María Alice y yo no estuviéramos en una relación, organizamos nuestras rutinas para que las niñas pasaran algún tiempo conmigo, pero también con ella.

No solo gané una segunda hija. María Alice recibió a Julia en su vida con los brazos abiertos.

— Lo sé. Escuché al papá decirle al tío Saulo que está ansioso por que llegue mañana porque extraña mucho a la M.A — confió Julia, dejándome ligeramente avergonzado.

— ¡Vaya, qué niñita chismosa! — Le apreté la mejilla antes de cerrar la puerta trasera y volver a mi asiento de conductor.

— ¡Ay, papá! Somos niñas, pero no somos tontas — argumentó María Victoria, justo cuando entré al coche. — Todos en casa ya saben que estás loquito por mamá.

— ¿De verdad? ¿Y qué piensan las otras Marías sobre eso?

— ¡Dicen que mamá debería dejar de hacerse la difícil y darte una oportunidad!

CAPÍTULO 26

MIGUEL

AÑOS ANTES...

— ¿Qué te pasó por la cabeza para tratar a María Alice de esa manera? — grité en cuanto puse un pie dentro de la casa y vi a mamá sentada en el sofá de la sala, bebiendo una enorme copa de vino.

Me detuve cerca de ella, observándola de pie, haciendo todo lo posible por mantener la calma.

Durante todos esos años de convivencia con sus altibajos emocionales, siempre intenté ponerme en su lugar y no juzgarla, aunque no estuviera de acuerdo con su permisividad respecto a papá y sus infidelidades, con tal de no perder todas las comodidades que el matrimonio le proporcionaba.

Nada de lo que dijera los influenciaba. Papá siempre hacía lo que le convenía, solo cuidando de ser discreto con sus amantes, ya que le preocupaba mantener una buena reputación.

Mientras tanto, mamá desquitaba toda su ira y frustración gastando dinero en tiendas y restaurantes caros, mostrándose con las amigas de la alta sociedad, sintiéndose superior a las personas de menor poder adquisitivo. Pero a pesar de su arrogancia, nunca la había visto hablar con alguien de la forma en que lo hizo con María Alice.

En ese momento, me sentí entre la espada y la pared, porque amaba a mi madre, pero nunca podría ser cómplice de su falta de sentido común y su actitud perversa con la chica que me gustaba.

— Esa chica solo quiere tu dinero. — Me miró con indiferencia, pero no pasó desapercibido que ya estaba alterada por el efecto del alcohol. — Seguro que está buscando la forma de atraptarte con un hijo. ¿Cómo puedes ser tan ciego, muchacho?

— ¿Qué dinero, mamá? — Me pasé las manos por el cabello. — Aún soy estudiante y dependo de la mesada. El que tiene dinero es papá...

— ¡Y tú eres nuestro único heredero! — aumentó el tono cuando me interrumpió.

— No digas tonterías, doña Camille. Ni siquiera la conoces.

— Y ni quiero conocerla. La única que acepto aquí es Marcela Linhares. ¡Con quien deberías formalizar un compromiso serio cuanto antes!

— ¿Estás loca? No amo a Marcela.

— ¿Quién aquí está hablando de amor, Miguel? — Soltó una risa cargada de desprecio. — ¿Crees que me casé con tu padre por amor? ¿Que le di un hijo porque quería ser amada? ¡No seas ingenuo!

— Entonces, ¿es por eso que desconfías de todas las mujeres? — repliqué, herido y sin paciencia para sus palabras dolorosas. — ¿Crees que todas son como tú, que se casan por interés y se embarazan para atrapar a un marido?

— ¡Cállate la boca! — Se levantó tan rápido que mis reflejos no fueron lo suficientemente ágiles para prever su agresión.

Mamá me lanzó la copa de vino, y aunque logré proteger mi rostro del impacto del cristal, no pude evitar que la bebida me mojara, empapando mi cara y corriendo por mi ropa.

El sonido del cristal haciéndose pedazos en el suelo debió despertar un resquicio de razón en mi madre, que soltó un grito mientras me miraba con una expresión de asombro.

— ¡Miguel!

— Con permiso. — Di un paso atrás, dándole la espalda. — Necesito una ducha.

— ¿Dónde demonios metí el maldito celular? — gruñí irritado, apenas salí de la ducha, con una toalla enrollada alrededor de la cintura.

Necesitaba llamar a papá y tener una conversación seria con él.

El estado psicológico de mamá estaba yendo de mal en peor, y no tenía idea de lo que había pasado entre ellos para que ella regresara a la Isla del Sol de esa manera.

Nunca había sido agresiva conmigo, pero no permitiría que eso se convirtiera en un hábito.

— ¡Miguel! — Escuché la voz de Saulo y me sobresalté.

La puerta del cuarto estaba cerrada, lo que significaba que había gritado muy fuerte.

— ¡Joder, Miguel, ven rápido!

Aún sin vestirme, corrí apresuradamente para encontrarlo sosteniendo a mamá en sus brazos, inconsciente.

— Creo que se atiborró de pastillas y las mezcló con alcohol.

¡Mierda!

— ¿Cómo está ella? — le pregunté a Saulo por teléfono.

— Aparentemente, todo ha vuelto a la normalidad, si es que podemos llamar a esto normalidad — respondió en un tono bajo, y entendí que estaba teniendo cuidado de no ser escuchado por mamá. — ¿Y por allá, cómo van las cosas?

Después de esa noche en la que casi sufrió una sobredosis de antidepresivos, pasé días con ella en el hospital, esperando la llegada de mi padre, que nunca ocurrió.

Afortunadamente, los médicos lograron estabilizarla, pero debido a su estado psicológico

alterado, la mantuvieron bajo observación durante una semana entera. Apenas podía cerrar los ojos hasta que la dieron de alta, y cuando sugerí que regresáramos a la ciudad, mamá se negó rotundamente.

La desconfianza me llevó a presionar a papá hasta que me contó todo. Había otra mujer en su vida. Alguien por quien estaba dispuesto a finalmente pedir el divorcio. Pero mamá no aceptó la noticia. Lo agredió, y después de lo que sucedió conmigo, no había razón alguna para que no creyera en sus palabras. Sin embargo, agredirlo no fue la única acción de mamá.

Días después de que papá pidiera el divorcio, ella persiguió a su amante y la atropelló. Luego volvió conduciendo sola a la Isla del Sol. Saulo fue enviado a la casa de playa tan pronto como mi padre descubrió el paradero de mamá, pero llegó con unas horas de diferencia. No sabía lo sucedido, de lo contrario, me lo habría contado.

La mujer sobrevivió, pero quedó bastante herida. Papá estaba manejando todo para que la historia no se filtrara en los medios. Planeaba aprovechar la situación para conseguir el divorcio.

¿Qué tipo de familia es esta? Fue lo que pensé en ese momento, mientras tomaba las llaves del auto y buscaba mi celular.

— Estoy cansado de esta mierda, Saulo — solté, exhalando un largo suspiro. — Papá quiere incapacitar a mamá, internarla en alguna clínica de rehabilitación... no sé qué hacer. De verdad, estoy un poco perdido en este momento.

— ¿Cuándo regresas?

— No lo sé. Todavía es difícil enfrentar a mamá, especialmente ahora que sé todo. También tengo miedo de que en mi ausencia, papá tome alguna decisión que la perjudique. Creo que por ahora lo mejor es que me quede vigilándolo. ¿Puedes encargarte de cuidarla mientras tanto?

— Debería recibir un aumento. Ya he sido niñera de tu padre, de ti, y ahora de doña Camille.

— Lo siento, hombre...

— Deja de disculparte. Solo intentaba relajar un poco la situación.

— ¿Por casualidad encontraste mi celular? Traje el de mamá por error.

— No.

— ¡Joder! Esto es lo último que necesitaba ahora.

— Trata de no preocuparte demasiado. Tus padres ya son bastante adultos para lidiar con toda esta mierda...

— Lo sé. He estado pensando mucho en eso. Voy a colgar ahora, Saulo. Muchas gracias por todo.

— ¿Marcela, qué haces aquí a esta hora?

No la había visto desde la fiesta en la playa donde María Alice nos vio juntos y malinterpretó todo.

Había pasado poco más de un mes desde que me fui de la Isla del Sol. Muchas cosas habían sucedido desde entonces, y estaba preparándome para dar un giro en mi vida. La decisión ya estaba tomada. Las maletas también estaban listas.

Mamá acababa de regresar y había aceptado internarse en una clínica psiquiátrica en el extranjero, siempre y cuando todos pensaran que estaba de vacaciones. En cuanto al divorcio, que lo resolvieran entre ellos; yo no quería tener nada que ver con eso.

Las vacaciones universitarias estaban por terminar, y ya había elegido otra institución para transferir mi carrera. Sabía que papá se enfadaría, pero por primera vez en mi vida, estaba poniéndome a mí mismo en primer lugar.

— Tenemos que hablar en serio, Miguel — dijo mientras entraba sin pedir permiso y me extendía un papel. — Estoy embarazada. Y el hijo es tuyo.

CAPÍTULO 27

MARÍA ALICE

DIAS ACTUALES...

— ¡No seas pesada! — aconsejó María Clara, cuando tomé mi bolso sobre el sofá. — Miguel es un buen tipo y siempre ha estado coladito por ti.

— Al menos háblale — intervino María Flor, siguiéndome hasta la puerta de salida.

— Permítete escucharlo, hija. Lo demás será consecuencia.

— Solo es un picnic en la playa, donde también estarán dos niñas de ocho años. Dejen de fantasear, por favor. — Me giré para enfrentar a las tres Marías que estaban delante de mí.

— ¡Hasta parece, hermana!

— Está bien, basta de animadoras, ¿sí? ¡Me voy! — Hice un gesto de despedida antes de dirigirme al portón de casa.

Las últimas semanas habían sido intensas.

Desde el regreso de Miguel y todo lo que ocurrió a partir de entonces, me había estado dividiendo entre manejar el trabajo en la agencia y ser responsable de dos niñas inteligentes y llenas de energía que, desde que descubrieron que eran hermanas, se habían vuelto inseparables.

No tenía problema alguno con que Julia formara parte de nuestra vida ahora, ya que, además de no tener culpa por lo que pasó en el pasado, adoraba a la niña. Era imposible no encariñarse con una criatura tan dulce y cariñosa. Tendría que ser muy frío y sin corazón para no contagiarse con su ternura.

Tal vez el hecho de que amara ser madre contribuía.

Lo más extraño, sin embargo, era que Julinha nunca mencionaba a su propia madre. Y después de nuestra conversación en la playa, donde ella se ganó completamente mi corazón, sabía que debía abrirme y permitir que Miguel hablara sobre el pasado.

Todavía era muy difícil para mí volver a confiar en alguien que me había dejado atrás sin ninguna responsabilidad afectiva. Alguien que, en el momento en que más necesité su apoyo, no estuvo allí para mí.

Sin embargo, poco a poco me estaba abriendo a la posibilidad. Después de todo, no se borran nueve años de resentimiento en pocas semanas.

— Vamos, María Alice, solo permítete disfrutar el momento — murmuré para mí misma, antes de dirigirme a la casa de Miguel, donde él y nuestras hijas me estaban esperando.

— ¡Vaya! ¡Realmente lograste convertir un simple picnic en un evento! — observé,

impresionada por toda la infraestructura frente a nosotros.

Tan pronto como entramos al coche, Miguel reveló que llevaría a las niñas a conocer la Playa de la Soledad, un lugar muy especial para él. Cuando ellas preguntaron si yo también conocía la playa, el descarado tuvo la osadía de decir que me llevó allí también cuando éramos más jóvenes. ¡Qué tanto jugamos allí!

Pero lo que me dejó boquiabierta fue encontrar dos carpas montadas en el mismo lugar donde estuvimos en el pasado. Había una caja térmica enorme con diferentes opciones de bebidas: jugos, yogures, refrescos y agua... y una botella de moscatel rosé, dentro de un balde lleno de hielo, junto a dos copas de cristal. En la mesa plegable de madera rústica, una variedad de frutas, panes y bocadillos.

— Soy un CEO desempleado, pero todavía tengo algo de dinero. — Me guiñó un ojo. — Puedo permitirme ofrecer a las chicas más especiales de mi vida, momentos inolvidables.

— ¿Esa es tu especialidad?

— Lo intento.

Las niñas, con la ayuda de Saulo, que nos acompañaba en otro coche junto a un equipo de guardaespaldas, corrían eufóricas por la arena hasta mojarse los pies en la orilla.

No había vuelto allí desde Miguel. Y la única vez que estuve tan cerca de esa playa fue justamente el día en que conversamos en el coche y lo dejé solo.

— ¿A qué te dedicas... o te dedicabas? — inicié la conversación, una vez que nos sentamos sobre una manta en la segunda carpa.

— ¿Nunca investigaste sobre mí en internet? Soy un poco famoso.

— Para ser sincera, no. No soy gran fan de estas cosas tecnológicas de redes sociales y...
— Me detuve, considerando si realmente debía decir lo que pensaba.

— ¿Y? — Me miró con expectativa.

Miguel estaba tan guapo en un conjunto de camisa y bermuda de lino en tono crudo. El cabello dorado peinado hacia atrás, despojado y encantador. Los rasgos de la barba de unos días le hacían aún más atractivo. Sin mencionar esos malditos ojos azules que sus hijas habían heredado.

Cada vez que lo veía y notaba cuánto le favoreció el tiempo en apariencia, me sentía más atraída, aunque me esforzaba por no dejarme seducir. Pero no era de hierro. Y él era el único hombre con el que había estado.

Además, no se trataba solo de ser guapo y atractivo. El carisma de Miguel siempre había sido su mayor atractivo. Y ahora, además de todo eso, también era un padre increíble, lo que para una madre preocupada como yo, era la guinda del pastel.

— ¿De qué serviría saber sobre una persona que me descartó de su vida? Sufriría aún más
— fui sincera, porque necesitaba empezar a expresar cómo me sentía, para que entendiera mi

reticencia a permitirle acercarse de nuevo a mí románticamente. — Tenías mi número de teléfono y sabías dónde vivía. Podías haberme buscado, pero elegiste no hacerlo. En cuanto a mí, elegí seguir adelante. Todo lo que sé sobre ti es de la época en que estuvimos juntos.

— Tienes razón. Tiene todo el sentido. — No parecía molesto, lo que me alivió un poco. — Asumí la empresa familiar cuando mi padre se jubiló. Seguridad privada. De alto nivel. Mundial.

— ¿Es peligroso? — De repente, el hecho de que siempre tuviera un guardaespaldas cerca, por más discretos que intentaran ser, me puso un poco nerviosa.

— No soy del tipo que se expone. Soy un director ejecutivo que valora la privacidad. Los guardaespaldas están ahí para evitar la aproximación de la prensa sensacionalista. Pero es temporal.

— ¿Pasó algo? Las niñas... — Miré hacia María Victoria y Julia, que seguían jugando en la arena, ahora construyendo un castillo. Saulo seguía cerca, a la sombra, junto con otros dos hombres.

— Un divorcio turbulento y mucha especulación. — Su tono tranquilo me transmitía seguridad. — Las niñas están seguras, no te preocupes.

— No pidas lo imposible.

— Solo es precaución. No quiero paparazzi fotografiando a mis hijas.

— ¿Eres realmente famoso? — Empecé a sentir curiosidad.

Él rió, pero sin un trazo de humor.

— Vivir en una metrópoli y frecuentar la alta sociedad causa algo de revuelo en la prensa local, pero estaba bromeando. No soy ninguna celebridad, pero recientemente, me convertí en noticia por el divorcio, que involucraba a la hija de otro gran empresario.

— Entonces estuviste casado — concluí, sin poder disimular el tono amargo.

Él sabía que estaba siendo interrogado, pero parecía dispuesto a cooperar.

— Me casé con Marcela poco después de enterarme de que estaba embarazada de Julia, pensé que era lo correcto. Cometí un gran error. Nos separamos un año después, pero ella dificultó mucho el proceso de divorcio y, por Julia, acabé posponiendo todo el conflicto.

— Noté que Julia nunca habla de su madre.

— Apenas la conoce. Y Marcela no tiene intención de formar parte de la vida de Julia. Perdió legalmente la patria potestad sobre nuestra hija por negligencia y alienación parental. Yo soy el único guardián de Julinha.

— Oh... ¡lo siento mucho! — Cubrí mi boca con las manos, horrorizada.

Sabía que no todas las mujeres están hechas para ser madres, y no quería juzgar a la tal Marcela, pero... siendo madre y conociendo a Julia, era imposible no alimentar algún sentimiento

negativo hacia Marcela, incluso sin conocerla.

— Quedó en el pasado. — Me tocó el hombro, reconfortándome. — Julinha está mejor ahora, y no tenía una relación cercana con su madre. Pasaba la mayor parte del tiempo con las niñas o en una escuela de tiempo completo. Cuando descubrí lo que estaba sucediendo, intervení de inmediato. Pero como padre, me siento responsable por no haberme dado cuenta antes. Sé que también fui negligente. Debería haber insistido más ante las amenazas de Marcela.

— Debí haber sido difícil... — No podía consolarlo diciendo que no fue su culpa, porque no era eso lo que Miguel buscaba, ni lo que realmente creía.

Asintió, pero no dijo nada por un momento, como si necesitara recomponerse.

— Sé que piensas que te traicioné en ese entonces, aunque nouviéramos una relación oficial... — tocó el tema que más temía, haciéndome contener la respiración. — Pero la última vez que estuve con Marcela fue un día antes de conocerte, en mi habitación. Desde ese momento, la única chica con la que deseaba estar eras tú, María Alice. Nadie más.

— ¡Papito! — Julinha se acercó corriendo, y guardé las palabras de Miguel para procesarlas con cautela. — Ven a ayudarnos a hacer un puente para el castillo.

— Claro, querida. — Se levantó, despidiéndose con un gesto. — Tendremos tiempo para aclarar todo, pero hoy quiero disfrutar de este hermoso día con nuestras hijas. Permítete hacer lo mismo. ¿Sí?

Mientras observaba a Miguel correr hacia las niñas, ponderé sus palabras y finalmente encajé otra pieza del rompecabezas: tuvimos relaciones menos de un mes después de conocernos. Y María Victoria nació antes de que yo completara las cuarenta semanas de gestación.

CAPÍTULO 28

MARÍA ALICE

DIAS ACTUALES...

Cada vez se hacía más difícil reprimir mis sentimientos por Miguel.

Después de aquel día en la Playa de la Soledad, y en todas las oportunidades que vinieron después, siempre que me abría a la posibilidad de escucharlo, él me entregaba una parte de las piezas que faltaban para que finalmente me librara de cualquier duda sobre el pasado y comenzara a confiar en quién se mostraba ser en el presente.

Supe que Marcela era la chica con quien lo vi en la fiesta en la playa, en nuestra última noche juntos. También supe que ella confesó haber perforado todos los preservativos que él tenía en su mesita de noche.

La chica se dejó llevar por la madre de Miguel y la suya propia, y tramó un plan para intentar quedar embarazada. Yo fui el efecto colateral de su trampa, y tuve suerte de no haber contraído una enfermedad de transmisión sexual.

Pero terminé generando un bebé sin el conocimiento y apoyo del padre.

Además de lidiar con el embarazo inesperado de Marcela, Miguel enfrentó algunos problemas familiares y, habiendo presenciado más de una vez los arrebatos de Camille, siendo su víctima en dos momentos diferentes, no tuve ninguna duda sobre lo que él me contó.

La hospitalización de su madre, el divorcio de sus padres, el embarazo de Marcela y un matrimonio de conveniencia seguido de una separación tormentosa... mientras que yo tuve todo el apoyo y amor de mi madre y hermanas durante el embarazo de María Victoria y en los años que siguieron, Miguel experimentó el infierno causado por su propia familia.

Fue Camille quien tomó intencionalmente su teléfono. Se hizo pasar por su hijo cuando respondió mis mensajes, pidiéndome que lo encontrara en la casa de la playa.

— Mamá sabía que para mí, tú no eras solo una conquista de verano — reveló Miguel en una de nuestras conversaciones —. Lamento haber dudado, aunque solo fuera por un momento, cuando me contaste sobre el maldito sobre. Crecí rodeado de personas que tenían el dinero como prioridad, y me dejé llevar por la idea de que tus sentimientos por mí no eran reales... como si necesitara justificar el hecho de que no te busqué ni siquiera para despedirme. También soy responsable de haberme perdido los primeros años de vida de María Victoria, y de corazón, no te culpo por haber protegido a ti misma y a nuestra hija. Desafortunadamente, Julinha no tuvo la misma suerte, aunque yo haya asumido su paternidad.

La revelación de que Julinha fue maltratada por una de las niñeras fue lo que más me dolió. Una niña inocente, dejada de lado por una madre que, a pesar de haber hecho lo que hizo para quedar embarazada, alegó no sentirse preparada para asumir las responsabilidades que una niña traía consigo.

Las abuelas que tanto incentivaron a Marcela a tener un bebé con Miguel, no mostraron el menor interés en su nieta después de que Julia nació.

— Mi padre tardó meses en conocerla. Julinha ni siquiera recuerda a su abuelo —reveló Miguel.

— ¿Y qué hay del padre de Marcela?

— Entiende, querida: esas personas son todos iguales — su tono herido me golpeó de lleno. — Julinha pasó de ser una heredera planeada a una no deseada en cuestión de meses. La irresponsabilidad afectiva de todos ellos me hizo tomar la decisión de cortar lazos, definitivamente.

— ¿Por qué elegiste la Isla del Sol como tu lugar para empezar de nuevo? — Estábamos en otro picnic en la Playa de la Soledad, cuando tuvimos nuestra última conversación.

Las niñas dormían tranquilamente bajo una de las carpas, mientras Miguel y yo estábamos más cerca del mar, sentados sobre una toalla de baño después de darnos algunos chapuzones.

Nacía allí una tradición. Al menos una vez al mes, la playa solitaria se convertía en nuestro refugio.

Los guardaespaldas ya no eran necesarios y hasta Saulo finalmente pudo disfrutar de sus vacaciones vencidas.

— Hay algo que aún no te he contado sobre esa época, María Alice.

— ¿Qué es?

— Tenía todo listo para volver a la Isla del Sol. Había transferido mi curso a una universidad en la ciudad vecina al balneario. No tenía el maldito celular, y no me sabía tu número de memoria, pero quería darte una sorpresa.

— Tú...

— Si Marcela no hubiera aparecido esa noche y me hubiera revelado que estaba embarazada... — Hizo una pausa, sujetándome por la nuca y apoyando su frente contra la mía. — Al día siguiente habría estado tocando a la puerta de tu casa para decirte que había vuelto para quedarme.

— ¿Por qué elegiste la Isla del Sol como tu lugar para empezar de nuevo? — repetí la pregunta, mis labios temblando, y no era por la brisa de la tarde.

— Porque aquí viví los mejores momentos de mi vida. Y quería que mi hija tuviera la misma oportunidad. No puedo mentir y decir que fue por alimentar esperanzas de reencontrarte, pero todos los mejores momentos que tuve en la Isla del Sol sucedieron cuando estabas conmigo.

— Necesito una garantía... — confesé, con los ojos cerrados, mi mayor miedo. — Me estoy encariñando con Julia, acostumbrándome a nuestros momentos en familia. María Victoria los ama tanto... y yo también. No voy a soportar ser abandonada de nuevo.

— No tengo la menor intención de irme de la Isla del Sol. — Miguel depositó un casto

beso en mi frente. — No mientras este sea el hogar de María Victoria. No mientras Julia quiera quedarse. Y ambos sabemos que ellas aman este lugar. Y aunque no me des la segunda oportunidad que tanto anhelo... tendrás que soportar a este papá guapo aquí, hasta que mi cabello empiece a ponerse gris.

— O hasta que pierdas todo el cabello de la cabeza — lo provoqué, conteniendo la risa, aunque estaba llorando, emocionada. — ¿Quién sabe?

— No voy a ir a ningún lugar sin mi familia, María Alice — reafirmó, mientras secaba mis lágrimas con sus pulgares. — Y para mí, ya eres parte de ella. Sea como la madre de mi hija, o como la mujer que deseo tener como compañera para el resto de nuestras vidas.

— Hace tan poco que nos reencontramos...

— Hace nueve años que te amo — interrumpió. — Y ya he perdido demasiado tiempo para decirte esto. La única certeza que tenemos en la vida es que un día moriremos. Y no quiero morir con el arrepentimiento de nunca haber intentado que lo nuestro funcionara. La elección está en tus manos, María Alice.

— ¡Ni siquiera puedo creer que este *date* finalmente va a suceder! — María Flor parecía más emocionada que yo, mientras terminaba de ayudarme con el maquillaje.

— ¿Qué es un *date*? — Julinha frunció el ceño, mirándome a través del reflejo en el espejo.

— Es un encuentro de novios — respondió María Victoria, sentada en mi cama al lado de su hermana.

— ¿Cómo lo sabes, niña? — refunfuñé a regañadientes.

Habían transformado mi encuentro con Miguel en un baile de graduación de esas películas de secundaria americanas. Si mamá apareciera filmándome con el celular, me daría un ataque.

Como si mi nerviosismo no fuera suficiente... ¡ellas no estaban ayudando en nada a que me relajara!

— Ya escuché a la tía Florzinha hablando de eso con la tía Clara.

— Niña, si tu abuela te escucha decir nuestros nombres sin usar el María... — provocó María Clara, entrando en la habitación.

— ¿Tú y papá finalmente van a dejar de jugar al tira y afloja, M.A.? — la pregunta de Julinha hizo que todas guardáramos un silencio sepulcral, hasta que finalmente estallamos en carcajadas.

— ¡Ya era hora! — Mamá apareció en la habitación, sosteniendo el celular, y yo puse los ojos en blanco, imaginando la caminata de la vergüenza.

— Por el amor de todas las divinidades, ¡mamá! ¿No me vas a filmar, verdad?

— No seas cursi, María Alice. — Saludó a las niñas. — ¡Vengan todas aquí, vamos a reunirnos y sacarnos una selfie para que la abuela la suba a Instagram!

CAPÍTULO 29

MIGUEL

— ¡Joder, mujer! Estás jodidamente sexy... — se suponía que debía ser un pensamiento, pero al parecer, mi cuerpo y mente no tenían autocontrol cuando se trataba de María Alice.

Aparentemente, ella tenía una vasta colección de vestidos florales, porque ese que llevaba puesto aún no lo había visto. Más ajustado al cuerpo, encajaba como un guante, resaltando sus curvas y el tentador escote, haciendo que mis hormonas se dispararan.

Aunque no era un adolescente salido, llevaba mucho tiempo sin sexo y, desde que reencontré a la mujer frente a mí, ella se había convertido en mi fantasía más obscena a la hora de buscar alivio con mis propias manos.

— Te ves aún más radiante de azul — intenté corregir, acercándome a ella para abrir la puerta del coche.

Nuestras hijas tendrían otra noche divertida de fiesta de pijamas en casa de las Marías, mientras que María Alice y yo tendríamos un momento a solas, finalmente.

— ¿Sabías que mi madre tiene un perfil en Instagram? — parpadeó, ignorando mis elogios. — Me siento tan anticuada, y eso que siempre me he considerado una madre moderna...

Nuevamente, fui movido por el impulso y la besé, sin previo aviso.

¡Así de simple!

Sujeté su nuca, como me encantaba hacer y moría de ganas por hacerlo, y la acerqué a mí, poniendo mi boca sobre la suya, sin ninguna protesta de su parte.

Llevábamos meses en ese "ni sí ni no", según las propias hermanas de María Alice, y procuré ser paciente, respetando su momento, esperando que ella se sintiera lista para intentarlo.

Ese encuentro sería nuestro primer intento y, yo deseaba que la noche fuera solo sobre nosotros dos.

Teníamos hijas lindas y saludables, éramos buenos padres, y el apoyo de las Marías significaba todo lo más importante en mi nuevo comienzo en la Isla del Sol... pero al menos por unas horas, quería dejar toda la rutina a un lado y concentrarme en la mujer que amaba y deseaba ansiosamente tener de nuevo en mis brazos... en mi cama.

María Alice rodeó mi cuello con los brazos y mi mano libre se deslizó hacia su trasero, empujándola para que nuestros cuerpos se ajustaran lo más posible.

Aún ni habíamos entrado en el coche para la tan esperada cita y mi cerebro ya se había derretido por completo, haciéndome olvidar incluso el nombre del restaurante en el que hice la reserva.

— Tengo hambre de otra cosa en este momento — murmuró ella, con la voz cargada de excitación. — ¿Podemos saltarnos la cena romántica e ir directo al postre?

— Acabas de leer mis pensamientos...

Entramos en mi casa y, en cuanto cerré la puerta, tiré de la mano de María Alice, acercándola para tener el máximo contacto y la besé de nuevo.

Después de deshacerse de los zapatos, saltó sobre mí y la sostuve por su delicioso trasero mientras rodeaba mis caderas con sus brazos.

Era fascinante cómo nuestra química seguía siendo la misma... ¡no! ¡Más intensa!

Me detuve frente al comedor y la coloqué sentada sobre la mesa, manteniendo sus piernas alrededor de mí, pero ajustándola de manera que mi erección presionara contra su pelvis, provocándola, incitándola.

— Te extrañé tanto, Miguel. — Mordisqueó mi labio inferior, mientras sus manos recorrían mi espalda ancha. — Extrañaba tus besos, tu toque, tenerte dentro de mí...

¡Maldita sea!

María Alice era todo lo que necesitaba para que mi felicidad fuera completa. Si despertara de repente y descubriera que todo no fue más que un sueño... sería mi fin.

— Vamos a la cama...

— ¡No! — Apretó mis brazos, fijando su mirada en la mía. — ¡Te quiero aquí y ahora!

— ¡Tú mandas, mujer! — Me apresuré a quitarme la camisa, tirándola sobre una silla y, enseguida, comencé a bajar el cierre lateral de su vestido. — No vamos a arruinar tu ropa, porque aún quiero llevarte a un lugar esta noche.

— Soy toda tuya...

— Espero que estés segura de esto, María Alice — la ayudé a quitarse el vestido, colocándolo en la silla junto con mi camisa. — No sé si podré soportarlo si cambias de idea.

Fue su turno de callarme con un beso, y mientras nuestras lenguas se entrelazaban, me deshice de su sujetador, acariciando sus pechos perfectos, pellizcando sus pezones para provocarla.

— Hace tanto tiempo que no me siento tan mujer...

Bajé mis labios para chupar su pezón duro y la escuché gemir mientras su cuerpo se retorció en busca de contacto con el mío.

No me detuve mucho allí, la recosté de espaldas sobre la mesa de madera maciza, repartiendo besos por su piel hasta llegar a su diminuta braguita, rasgándola sin ninguna ceremonia, haciendo que riera mientras apoyaba las piernas sobre mis hombros.

— Es hora de probar mi postre — la provoqué, pasando la lengua por toda su húmeda vagina, haciendo que María Alice abriera aún más las piernas, y su gemido alto sonara como música para mis oídos.

Jugué con su clítoris mientras mi lengua la penetraba con devoción.

Estaba tan mojada y lista para recibirme que, en cuanto alcanzó el orgasmo, bajé mi bermuda, liberando mi sediento miembro para enterrarlo dentro de ella y embestí con fuerza, casi corriéndome como un chico inexperto.

— ¡Dios mío! — Todo mi cuerpo hormigueó en una ola de placer intenso.

— Sigue — gritó, aún bajo el efecto del primer orgasmo. — ¡No pares, hasta hacerme correrme otra vez!

Recuperándome del impacto inicial, comencé a moverme sin prisa, hasta alcanzar un ritmo más intenso.

Sabía que no iba a durar mucho, pero ese momento no se trataba de rendimiento, sino de la reconexión de nuestros cuerpos ante el amor que aún sentíamos el uno por el otro.

— Podríamos haber venido aquí otra noche, incluso con las niñas — comentó así que volví al banco donde ella estaba sentada, esperándome comprar los boletos para la noria.

Negué con un gesto de cabeza, mientras le ofrecía el algodón de azúcar azul, del mismo tono que su vestido.

— Tenía que ser hoy. Solo nosotros dos. ¿Vamos?

Ya había perdido la reserva en el restaurante, y todo el romanticismo que planeé para nuestra primera cita fue reemplazado por momentos de pasión desenfrenada sobre la mesa y durante un largo baño en mi suite.

¿Cómo explicaría a nuestras hijas y a las Marias que pospuse la propuesta de matrimonio porque la cabeza de abajo habló más alto que la de arriba?

¡Ni pensarlo!

— Aquí estamos otra vez, en una hermosa noche de verano, solos en la cabina de una noria... ¿Recuerdas nuestro primer beso?

— Como si hubiera sucedido hoy — asintió, dándome su sonrisa más hermosa.

— Seguramente la noche de hoy también quedará grabada en nuestras memorias.

— Seguramente — su tono malicioso me hizo abrir los ojos de par en par.

— ¡No por lo que estás pensando, traviesa! — Saqué del bolsillo el anillo que casi perdí horas antes, mientras teníamos sexo en el comedor, y aunque la cabina era estrecha para un tipo

grande como yo, logré arrodillarme. — ¿Aceptas casarte conmigo?

Juro que había preparado todo un discurso romántico, pero mi mente me jugó una mala pasada ante los nervios.

La mirada de María Alice cayó sobre el delicado anillo de oro blanco, adornado con brillantes alrededor.

— ¿Estás seguro? ¿No quieres que salgamos por un tiempo antes? — Al borde de las lágrimas, finalmente me miró, y creo que mi corazón dejó de latir por unos segundos ínfimos.

— ¿De verdad crees que lo pediría si no estuviera seguro? — Puse los ojos en blanco.

— ¡Sí! ¡Acepto! — Entre lágrimas y una risa histérica, finalmente me extendió la mano derecha. — Tenemos que contárselo a las niñas...

Volví a mi asiento y, después de sentarme, la atraje a mi regazo.

— ¿Quién crees que me ayudó a elegir el anillo, mi amor?

EPÍLOGO

MARÍA ALICE

SIETE AÑOS DESPUÉS...

— ¡João Miguel! — sugirió Julia.

— ¡João Vitor! — sugirió María Alice, haciéndome poner los ojos en blanco.

— ¡João Pedro! — María Flor se unió a la encuesta.

— ¡João Augusto! — fue el turno de María Clara de opinar.

— ¿Por qué están tan seguras de que será un niño? — Miguel entró en la casa, sosteniendo a nuestras niñas, una en cada brazo.

La paternidad era definitivamente más efectiva que sus ejercicios en el gimnasio. Y yo no estaba quejándome, ¡todo lo contrario! Me bastaba con posar mis ojos sobre el hombre y mi libido se disparaba. Especialmente con las hormonas del embarazo en completa ebullición.

La familia estaba en pleno en la Isla del Sol para celebrar con nosotros el quinceañero de María Alice y Julinha, quienes, desde que descubrieron que eran hermanas, nunca más celebraron sus cumpleaños por separado.

Pensé que la adolescencia las haría más individualistas, pero me equivoqué. Eran “uña y carne”, decía Miguel cuando defendían y encubrían a la otra: ¡siempre!

Lo bueno era que, a pesar de tener personalidades distintas, mis hijas tenían gustos similares y, junto con su abuela y tías, asumieron la organización de la fiesta, dejándome a mí la misión de solo aparecer linda y muy embarazada en el salón, junto a las hermanitas menores, quienes, con cinco años de edad, ya nos daban un adelanto de cuán diferentes serían una de la otra, a pesar de ser gemelas idénticas.

— Porque el stock de Marías ya está sin opciones de nombres — respondí, abriendo los brazos para recibir a mis pequeñas en cuanto Miguel se acercó. — ¿Recuerdan lo difícil que fue llegar a María Rosa y María Sol? Ya no tengo más ideas.

— ¡Yo tampoco! — dijeron María Flor y María Clara al unísono.

Sentándose a mi lado en el sofá de nuestra amplia sala, Miguel me entregó a María Rosa, colocándola sentada en mi pierna derecha, y luego acomodó a María Sol en mi pierna izquierda.

Recibí a las niñas con un abrazo y besé la parte superior de sus cabezas, donde un puñado de rizos dorados escapaban de sus desordenadas coletas.

— Buenos días, princesitas de mamá. ¿Durmieron bien?

Aún era temprano y estábamos esperando a mamá, que venía de la panadería con mis cuñados y sobrinos, para el desayuno. Mientras tanto, nuestra ama de llaves supervisaba al

equipo de cocina con los preparativos. Recibir a tantos parientes en casa era prácticamente un evento.

A Miguel y a mí nos encantaba tener nuestra casa llena.

— Tengo hambre — respondió María Sol.

— Quiero ir a la playa — fue la respuesta de María Rosa.

— Vamos tomar café primero, y luego ponernos bastante protector solar. Mientras tanto, vayan a jugar con Zeus.

Al escuchar su nombre, nuestro viejo amigo se levantó de su cojín favorito para recibir la atención y el cariño de sus traviesas compañeritas.

Ellas se bajaron de mi regazo para sentarse en la alfombra mullida, entreteniéndose mientras llenaban a Zeus de besitos.

— Gracias por ayudarme con ellas — le susurré a Miguel, acurrucándome en sus brazos, que me recibieron de buen grado.

— Ayudé a hacerlas, es mi responsabilidad cuidarlas también. — Besó la parte superior de mi cabeza. — Además, sabes cuánto amo estar con nuestras niñas.

— ¡Lo sé, sí!

— ¿Cómo está nuestro pequeño? — Acarició la protuberancia de mi vientre, que comenzaba a destacarse.

Estaba entrando en la décima séptima semana.

— Tranquilo por ahora. ¿Tú también crees que esta vez será un niño?

— Niño o niña, ya tiene todo mi amor.

— Será un niño. — La voz de mamá anunció su entrada.

Mis cuñados venían justo detrás de ella, acompañados de los niños.

Sonreí, confiando en lo que mamá decía.

Ella nunca se equivocaba en sus predicciones, y ya hacía tiempo que había empezado a creer en su misticismo.

— ¿Quieres elegir el nombre de tu niño? — Sostuve el rostro de Miguel entre mis manos, esperando su respuesta.

Su hermoso par de ojos azules no mentían: estaba radiante con la idea.

— ¿João Guilherme?

MIGUEL

ALGUNOS MESES DESPUÉS...

— Bienvenido al mundo, hijo mío. — Sostuve al pequeño en mis brazos en cuanto la obstetra me lo entregó.

Besé la parte superior de su cabecita antes de llevarlo hasta María Alice, para que finalmente lo conociera y lo sostuviera en sus brazos.

Desde que ella quedó embarazada de nuestras gemelas, me prometí a mí mismo que estaría presente en cada etapa de la gestación.

Ningún dinero en el mundo podía reemplazar los momentos más sublimes que no tienen vuelta atrás, por lo tanto, no fue difícil decidir entregarle oficialmente el cargo de CEO en mi empresa a otra persona. Seguí siendo el mayor accionista, pero pasé a administrar mis negocios desde casa. Nunca más permití que el trabajo me robara el valioso tiempo con mi familia.

Ser un buen padre se convirtió en mi prioridad desde que rescaté a Julia de su madre narcisista y se intensificó cuando descubrí a María Victoria. Ahora que ya estaban crecidas, me sentía agradecido por la segunda oportunidad que tuve con cada una, ya que nuestro vínculo se fortalecía cada vez más.

María Rosa y María Sol recibieron de mí lo mejor que podía ser, y con la llegada de João Guilherme, me sentía aún más completo.

— Ven con mamá, mi amor. — María Alice recibió a nuestro hijo en sus brazos, desbordando en lágrimas de emoción. — Es tan hermoso, aunque esté todo arrugadito, ¿verdad?

— Es perfecto, porque es fruto de nuestro amor. — Besé la parte superior de su cabeza, observando fascinado a mis dos amores teniendo su momento único y especial. — Felicidades, cariño. Fuiste increíble, como siempre.

— Gracias por todo, Miguel. Por haber vuelto a la Isla del Sol, y sobre todo, por haberme dado cinco hijos hermosos.

— Soy yo quien te agradece, por haberme dado el honor de ser tu compañero para toda la vida.

— Te amo.

— Para siempre.

LEE TAMBIÉN



UN BEBÉ SORPRESA PARA EL MAGNATE GRIEGO

Él la contrató para ser su acompañante de lujo por solo una noche, pero no puede sacarla de su mente. Ella entregó su virginidad a un seductor desconocido que resultó ser un verdadero sinvergüenza al confundirla con una prostituta.

¡Alana Barcelos está aterrorizada!

Al descubrir su inesperado embarazo a los 19 años, la joven estudiante debe decidir si le cuenta o no la noticia al padre de su bebé.

El problema es que no es un hombre accesible. El magnate griego, propietario de un equipo de fútbol, siempre está viajando por el mundo por negocios. Y, como si no fuera lo suficientemente complicado, acaba de anunciar su compromiso con su amiga de la infancia, quien está esperando el primer hijo de la pareja.

¡Orion Galanis está en problemas!

De soltero empedernido y deseado, a los 36 años, el matrimonio no es una palabra frecuente en su vocabulario. Sin embargo, una deuda de honor y un sentimiento de culpa lo hacen asumir una responsabilidad que no le corresponde.

Y, como si no fuera lo suficientemente complicado, la joven seductora que lo cautivó con tanta pasión en su encuentro aparece embarazada... y hay una enorme posibilidad de que ese bebé sea su legítimo heredero.

PRÓLOGO

ALANA

DÍAS ACTUALES...

— ¿Cómo pasó esto? — preguntó mi madrina mientras miraba el test por enésima vez.

No la juzgué por su sorpresa y menos por su terror. Hice exactamente lo mismo cuando abrí el sobre y sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

Embarazada. Con diecinueve años, soltera y sin pareja que pudiera apoyarme en los momentos más desesperados.

Esperando el hijo de un idiota desconocido que me trató como a una prostituta después de quitarme la virginidad en una noche increíblemente placentera, de la cual no me había arrepentido incluso después de haberme ofendido, pero lamenté miserablemente tan pronto como sospeché las consecuencias de ese sexo casual.

Embarazada y sin dinero. Desempleada y viviendo de favor en casa de mi madrina, quien finalmente desvió su atención del test y me miró con un rostro más sereno y compasivo.

Ella sentía pena por mí.

¡Yo sentía pena por mí misma!

— No necesito explicar cómo pasó, ¿verdad, tía? — Intenté un tono burlón, pero fallé estrepitosamente y la vi poner los ojos en blanco y luego dejar escapar un largo suspiro.

— Eres lo suficientemente mayor para una respuesta como esa, ¿no crees? Nadie sale a caminar por la calle y de repente tropieza, cae con el coño encima de un palo y ¡puf, se queda embarazada por accidente!

Sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas. Si la situación no hubiera sido tan caótica, seguramente me habría reído de su grosera respuesta, pero lo que acababa de decir hizo que el shock de la realidad viniera con fuerza.

— ¿Qué mala suerte tengo, tía? — Mis labios temblaron, pero traté de no ceder al llanto.
— Era mi primera vez... ¡y usamos condón!

Doña Maristela se acercó, sentándose a mi lado en el sofá de su diminuta sala, donde me

había hundido desde que llegué para compartir con ella la noticia que cambiaría mi vida en tantos sentidos.

— ¡Oh, niña! — Me tomó entre sus brazos, abrazándome con cariño. — ¿Ya se lo has dicho?

Sobre la Autora

EVA FERREIRA

Nació el 5 de abril de 1989. Aries con ascendente en Sagitario, su personalidad tiene todos los altibajos de los signos de fuego.

Ama leer libros de fantasía, pero le gusta aventurarse en todos los géneros, depende mucho de la vibra en la que esté en el momento. Sin embargo, una historia de amor es esencial para ella.

Tiene una relación seria con los dramas asiáticos y le encanta escuchar k-pop, siempre en busca de la mejor banda sonora para inspirarse en su escritura. Está completamente enamorada de sus gatas Saori, Luna y Bulma ♥

Le gusta mucho conversar con los lectores en las redes sociales, especialmente en Instagram, así que puedes estar seguro de que si le envías un mensaje directo o comentas alguna publicación, ¡ella responderá tu mensaje!

Incluso, después de tu lectura, puedes enviarle un mensaje contándole lo que te pareció la historia o para aclarar cualquier duda.

<https://www.instagram.com/evaferreira.author/>